

FRANCISCO DE P. JORDAN, EDITOR

JAIME EL BARBUDO
O
LA SIERRA DE CLEVILLENTÉ

POR

D. GREGORIO PEREZ DE MIRANDA

CADIZ
TIPOGRAFIA DE D. FRANCISCO DE P. JORDAN
E. De las Marinas, 5 y 7





SXIX
2019

FRANCISCO DE P. JORDAN, EDITOR.

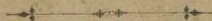
JAIME EL BARBUDDO

ó

LA SIERRA DE CLEVILLENTE.

POR

D. GREGORIO PEREZ DE MIRANDA.



CÁDIZ.

TIPOGRAFÍA DE D. FRANCISCO DE P. JORDAN,
E. de las Marinas, 5 y 7.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

FRANCISCO DE P. JORDAN, EDITOR.

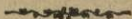
JAIME EL BARBUDO

6

LA SIERRA DE CLEVILLENTE.

POR

D. Gregorio Perez de Miranda.



CADIZ.

TALLERES TIPOGRAFICOS DEL EDITOR,
Enrique de las Marinas, 5 y 7.

del campo, ni mas bóveda que la del cielo, tenia que dar grandes voces, y las gotas de sudor corrían abundantemente por su rostro. Al acabar preguntóle Jaime cuanto podria valer aquella arenga, á lo cual satisfizo que acababan de agradecerse la con seis pesos bien ensayados. Pues no crea el Padre, opuso el Barbudo, que carezcamos por acá de tan sabroso alimento; y llamando á Crispin, uno de los mas ladinos de su cuadrilla, mandóle echar otro relato que hiciese puntas con el primero. Obedeció el mozo con tal desembarazo y soltura, que no parecia sino que desde sacristan ó monaguillo hubiese ido siguiendo la carrera. Mientras aplaudian todos la buena gracia, volvióse el Barbudo á su reverencia pidiéndole que tasase como conocedor lo que poco mas ó menos podia valer aquella plática. Reputóla, no pudiendo pasar por otro punto, por muy digna de tan compungido auditorio, pero escusóse como mejor supo del arriesgado encargo de ponerle precio. Tampoco es menester, replicó Jaime, pues nombrando á dos peritos salimos muy fácilmente del paso. Tasaron estos la arenga de maese Crispin en ocho pesos, y el inflexible Barbudo mandó al religioso que inmediatamente la pagara, con lo cual, no solo tuvo que aliojar la limosna de Orihuela, sino desprenderse tambien de lo poco

que llevaba para los indispensables gastos del viaje. Y no fué esto lo peor, sino que reparando en el Moñudo, y noticioso (porque todo lo sabe), de las bravatas que solía echar contra sus empresas, dióle el castigo que os he dicho, á fin de aplacar algun tanto los desordenados ímpetus de su cólera. (1)

—Voto á tal, licenciado, desertor, ó lo que eres, —respondió Roque, que primero querria darme un navajazo que coserme la boca para no maldecir cada dia á esos canallas. Ellos tuvieron la culpa de que mi antiguo amo se fuese á vivir á otro reino y me quedase yo en la calle sin mas recurso que seguir con mi látigo el fastidioso compás de los cascabeles. Ya sé que el Barbudo tiene muchos espías, y aún puede ser que en esta sala... pero vuélvame la fortuna que me quita, y publicaré donde quiera la especie de generosidad de que se precia.

(1) Este pasaje es verdadero. Respetó al estado eclesiástico, aunque muchas veces no dejaba de despojar á sus individuos. Reconviniéronle de no haber sido mas generoso con el predicador de Helche, á lo cual contestó que las continuas quejas de su cuadrilla no le dejaron obrar de otra manera. «La desgracia estuvo, añadió Jaime, en que el buen religioso confesó francamente todo el dinero que llevaba, pues el único bien que entonces pude hacerle, consistia en no permitir que apelasen al registro.»

—¿Y no me direis, señores,—preguntó á la sazón el jóven forastero,—si anda todavía por esos campos la cuadrilla de que hablásteis?

—De manera,—respondió el soldado,—que se puede decir de ella lo que se cuenta de las brujas, que tan pronto aparece como desaparece, amaneciendo en Clevillente y anocheciendo en Sierra Morena ó en los montes de Cullera. Si usted, señor galan, lleva algo de incitativo en la maleta, bueno será que lo deje guardadito aquí en la venta hasta que pase alguna partida de tropa, pues de lo contrario, el Barbudo tiene las narices largas y olfateará el tesoro aunque se halle á treinta leguas.

—No lo decia por esto,—respondió el jóven,—sino porque siempre es bueno informarse de como están los caminos.

—Nada, repuso Roque: véngase V. conmigo, si es que se dirige hácia Murcia, y no tenga el menor recelo.

—Recelo ninguno,—dijo el jóven,—pero la verdad, mas quisiera concluir mi viaje sin tropiezo, que tener que sacar mis habilidades á plaza como el buen predicador de Orihuela.

—¡Vive Dios!—exclamó Roque,—que si atiende V. á lo que dice ese renegado, nunca le faltará miedo en el cuerpo y algo de brio en las piernas.

—Miedo bien puede ser,—interrumpió el desertor,—pero brio en las piernas lo dudo, pues casualmente eché una ojeada al rocin que lo trajo, y es tan flaco y pasicorto que no resistiera un mediano trote.

—Estrañara yo,—dijo el ventero,—que una bestia de cuatro patas se escapara de tu registro. Noramala tienes esa afición diabólica á tal especie de ganado. Lléveme el diablo si no has servido en caballería.

—En caballería no,—interrumpió el anciano—pero si mal no me acuerdo, lo he visto por estas tierras con el uniforme del resguardo.

—Como no tuviese mas alma cuando servia que despues de haber salido del ejército, maldito sea el francés que habrá andado con muletas por su causa.

—Por vida tuya, oh Roque,—gritó el soldado,—que antes de ver lo que dices te muerdas tres veces la lengua.

—¡Calle! si creerás hacerme miedo! Mira bien á quien te diriges, ó cerciórte primero de si el Barbudo anda muy lejos.

—¡Qué significa esa indirecta, señor valiente?

—Que para enterrarte en vida no tengo mas que apretar estos pulgares, en vez de la recia sogá á que huele tu gaznate.

Asióle en efecto de la garganta, y sin duda lo pasara mal el soldado fanfarron si no se interpusieran el ventero y los demás allí presentes. Separáronlos como pudieron, despues de lo cual sentáronse todos en una mesa muy larga y comieron lo mas sabroso que ofrecia la escasa provision de aquella venta.

No obstante, el jóven forastero apenas tuvo apetito: bien fuese poco agradable el objeto de su viaje, bien lo atemorizasen las noticias recogidas en la conversacion anterior, andaba meditabundo y caviloso como repasando en su mente algo de desapacible é incierto. Así es, que primero que nadie pidió al amo de la venta que lo acompañase al aposento que le destinaba. No dejaron de preguntarle si lo queria con cama limpia y puerta para cerrarse, y habiendo contestado afirmativamente, recogió un lio donde iba su equipaje y echó á andar tras del ventero por las escaleras de aquel gótico edificio. Al llegar arriba atravesó una galería, un corredor de bastante extension, y por último una sala correspondiente por su tamaño á las demás piezas que hasta entonces habia visto.

En el extremo opuesto abrió su conductor una puerta, y hallóse el caminante dentro de la estancia que se le destinaba.

—¿Se le ofrece á V. algo, díjole el ventero echando una ojeada á su lio y poniendo la luz sobre una maldita mesa de tijera.

—Nada, señor huesped,—respondió el jóven.

Con lo que haciéndole el otro una cómica reverencia, entrególe la llave dejándole en una soledad espantosa.

○ Percibió el pasajero el eco de sus pisadas perdiéndose al través de aquella habitacion inmensa y solitaria, y á medida que se iba retirando experimentaba los efectos de un terror desconocido. Quiso llamarlo, pero un resto de amor propio, exaltado por el aspecto burlon y maldiciente del ventero, detuvo en sus labios la palabra, é hízole tomar la resolucion varonil de mostrarse superior á tan ridículos temores.

II.

LANCE NOCTURNO.

Lo primero que hizo al verse solo fué cerrar bien el cuarto y reconocer las paredes. Pareciéndole que todo estaba corriente, miró la cama, observó la sutileza de los colchones, la delgadez de las tablas y la flaca resistencia de los bancos, circunstancias que la hacían prima hermana de un par de sillas no menos añejas y perniquebradas. Sujetaban la ventana mohosas barras de hierro, y la robusta puerta un candado que recordaba el origen de la cerrajería. Pero lo que campeaba mas en aquella estancia, lo que constituía todo su lujo y su ornato, eran unas estampas del hijo pródigo pegadas á la pared con engrudo, y una especie de dosel de donde pendían las colgaduras de la cama formadas por luengas

tiras de seda verde, que bien habrían hecho su servicio en los tiempos en que habitaron la casa los señores feudales de aquel territorio.

Cerciorado el forastero de que presentaba todo aquello cierto aspecto de seguridad, apagó la luz y tendióse en el lecho para gozar algún descanso. Al pronto no le fué fácil conseguirlo, por cuanto la conversacion sostenida en la cocina no le dejaba ver mas que ladrones y fantasmas.

Luchó largo rato con estas quimeras, y al fin pudo gustar las dulzuras de un sueño, aunque intranquilo, mas benéfico siempre que la porfiada agitacion de su desvelado espíritu.

Era tal la fuerza con que se habia grabado en su mente la imagen del peligro, que pensó hallarse ya entre los salteadores de la sierra, corriendo el riesgo de ser muerto ó apaleado por lo menos.

Sobre todo, las facciones del Barbudo, tal cual las concibiera su atemorizada fantasía, se presentaban á sus ojos á cada instante, ya para intimarle *la bolsa ó la vida*, ya para regalar á sus miembros con gentil y donosa azotaina.

Llevado por el mágico movimiento de su sueño terrorífico, atravesaba rápidamente los valles, subia á los montes, sumergíase en subterráneas cuevas, y notaba en todas partes desoladoras es-

cenizas de clínica algazara, de violentos robos, de crueles asesinatos. Aquí asaban á fuego lento á un pasajero de extraordinaria gordura, allá colgaban de alto pino á un jóven de largas piernas, acullá sumergian en un pozo á un padre de San Bernardo; todo era, en fin, para el infeliz que soñaba, angustiosos encuentros, desesperados lances y desesperanzados apuros.

Tal vez se mezclaban revueltos entre todo esto los robustos palos de alta horca, ó el torvo gesto de un verdugo y las fervorosas amonestaciones del religioso auxiliante, como los sombríos episodios de un sueño lúgubre, y los negros marcos que corresponden á un cuadro de asesinatos y latrocinios.

No hay que decir si arrebatado de la vehemencia de tan negra fantasmagoría temblaba el espantadizo jóven en el reducido campo de aquel lecho, pues los movimientos convulsivos y el sudor que corria por su frente, eran evidentes indicios de la angustia y la turbacion de su ánimo. Parecióle en esto que le tiraba alguno de los piés, describiendo con la otra mano el polvoroso cortinaje, cosa que le hizo despertar sobresaltado, en la incertidumbre de si la verdad que le esperaba era mas horrorosa que la mentira que hasta entonces le afligia.

Sea como fuere, al despabilar la soñolienta vista vió la luz encendida, y á su reflejo un hombre, especie de gañan, de regular estatura y recio de miembros, que lo miraba de hito en hito desde la extremidad de la estancia.

El infeliz cerró los ojos para apartar de sí aquella vision, creyéndola efecto de su delirante fantasía. Al volverlos á abrir, aún hubo de fijarlos en la sombría fantasma, y persuadido de que no podia ya ser efecto de ningun sueño engañador, púsose á temblar como un azogado, aguardando el éxito de aquella aparicion imprevista.

Por lo que toca á aquel hombre misterioso, continuaba clavando en el pasajero unos ojos mas penetrantes que los del águila, cual si quisiese fascinarle con ellos ú observar para su recreo su turbacion y su espanto.

Al notar, empero, el crujido de sus dientes, el convulsivo movimiento de sus labios, las espantadizas ojeadas, el general trastorno, en fin, que embargaba sus potencias, tendió hácia él la robusta diestra y dirigióle con cierta superioridad las siguientes razones:

—Tranquilízate, inesperto mozo: el que ha sabido penetrar en este cuarto al través de compactas paredes y dobles cerraduras, tiene sobrado poder para deleitarse en hacer mal á un man-

cebo tímido y barbilindo como tú eres...

—¡Señor!—pronunció con labio balbuciente el pasajero.

—No me interrumpas,—prosiguió el terrible incógnito atajando su exclamacion plañidera,—no me interrumpas, Santiago; y déjame desempeñar el objeto que me trae, sin permitirte la mas leve observacion hasta que yo te lo indique.

Pasmado el mozo de que supiera su nombre aquel desconocido, y se entrase sin adivinar por donde en tan apartada estancia, tomó el partido de guardar absoluto silencio, aunque no dejaba de ofrecer en voz baja cantidad de promesas, ex-votos y romerías á todas las imágenes y monasterios célebres de su pueblo como le librasen de tan peligrosa aventura.

—Ya sé que afeitas en casa del cirujano Russell, el cual te ha confiado ciertos títulos y documentos para que los lleves al Conde de la Carolina, residente ahora en la ciudad de Murcia. Pues bien; dime donde los tienes y entrégamelos sin replicarme.

—¡Señor!—exclamó el jóven incorporándose;—no me atrevo á negar que es muy cierto cuanto usted dice; pero si soy tan sandio y poco cauto que le entregue lo que pide, pierdo á la vez y para siempre mi carrera y mi fortuna.

—¡Bah!—respondió el incógnito;—valiente carrera la de reemplazar algun dia á un cirujano envenenador y ladron; y bella fortuna la de rasurar las barbas, remojar quijadas ó igualar cerquillos. Si me dijeras, voto á mí, que te habian de negar por eso el capelo de cardenal ó algun pingüe canonicato, ya entiendo; pero dejar de ser un pestífero barbero sin guitarra, seguidillas, ni descanso, no me parece gran pérdida.

—No obstante, estas esperanzas satisfacian toda mi ambicion, y eran, por consiguiente, la mas grata recompensa que pudieran ofrecirme.

—Muy bien; pero entrégame los papeles, y yo sé que algun dia me darás las gracias; digo, si es que te vieres en la precision de enderezar tu rumbo por otros mares.

—¿Con que nada os mueve la inesperienza de mi edad, la esperanza de mi vida, ni la idea de que he de perder con los papeles mi crédito, mi reputacion y mi fortuna?

—Nada, absolutamente nada,—respondió el incógnito con la mayor sequedad;—acaso te perdonaré la vida en gracia de esas sandeces que me cuentas; pero aún eso depende de la prontitud con que satisfagas mis deseos.

—¡Ah! No permita Dios,—respondió temblando el mozo,—que por mi terquedad ó mi pereza

agravase tal delito la conciencia de un hombre honrado. Ahí los tiene V.,—añadió dando un suspiro;—en ese lio se encuentran, lléveselos donde quiera, aunque vaya con ellos todo el bien que fundadamente esperaba al entregarlos.

Esto dijo con lágrimas en los ojos y tales muestras de sentimiento, que excitaron la compasión del misterioso personaje que tenia allí delante. Miróle con bondadoso ademán, y después de un breve rato, bajando algún tanto la voz y apoyando la vigorosa mano sobre su hombro, hablóle con cierta confianza en los términos siguientes:

—Escucha, Santiago: eres mozo y debes pensar en tu suerte; de consiguiente, no me ofenden esas lágrimas, antes bien me dan á conocer la rectitud y el arreglo con que piensas. Quisiera favorecerte, y bastará para ello que te prestes á mis órdenes. Mirame bien: sin cortedad, sin recelo... ¿me conoces?

Fijó Santiago la vista en la cara del incógnito, y detúvose un momento en contemplar sus facciones. Echábase de ver en ellas cierta regularidad y travesura; brillaban extraordinariamente sus ojos, y favorecía los movimientos de su cuerpo un suelto y nobilísimo despejo. Había en aquella persona ciertos rasgos de bondad sin que se le pudiera llamar bondadosa, indicios de tole-

rancia sin que pudiera pasar por tolerante, y no pocos resabios de atenta sin que se la pudiese reputar por fina ó bien educada.

Su traje era el que usaban los mas gallardos bandidos de la Sierra; los follados zaragüelles, parecidos en la hechura y el color á los airosos faldellines de los montañeses de Escocia, apenas pasaban de la mitad del muslo; medias azules subian hasta lo alto de las piernas, y llevaba á los piés unas alpargatas sujetas por medio de innumerables cintas que le llegaban cruzando á la pantorrilla.

Resplandecíanle sobre el pecho gran cantidad de cadenas de plata, relicarios y medallas, y sonorosamente colgábanle en el ceñido chaleco botones de dorada filigrana.

Cubríale la cabeza alto pañuelo oscuro, sujetaba el corbatin una brillante sortija, rica faja carmesí envolvía su cintura, asomando por entre ella un puñal con mango de limpio y bruñido acero.

La manta que colgaba de su cuello solo dejaba ver la punta de un ancho sable parecido á los lunados alfanjes que se fabrican en Damasco; siendo el rasgo mas singular de aquella enigmática figura, la rizada barba en que remataba el rostro. Tanto ella, como lo ancho de los hombros y lo robusto y fornido de los miembros, re-

velaron al tímido caminante el carácter y la condicion del incógnito; por lo que, bien persuadido de que se hallaba en la terrible presencia del Barbudo, no dudó en contestar con acento poco firme que creia reconocer en él al noble y famoso Jaime.

—¿Y si no te equivocaras,—preguntó éste,—darias crédito y valor á mis ofrecimientos?

—A lo menos,—respondió mas alentado el pobre mozo,—creeria poder hablar con mas franqueza y soltura.

—¿Y qué dirias?—insistió el bandido, halagado al parecer de semejante respuesta.

—Que antes de admitir la fortuna que se me ofrece, era justo conocer el servicio con que debiera comprarla.

—Justísimo, si viniese el ofrecimiento de un hombre tan artero como tu maestro; pero intempestivo, dimanando de un carácter abierto y generoso como el mio. Sin embargo, mi palabra en estas sierras vale tanto como la del Rey en la corte: te dí margen á esperar algo de mí, y no quiero burlar las ilusiones que de pronto leí en la mutacion de tu semblante. ¿Sabes por qué te encargaron con tanto sigilo y premura los documentos que me entregas?

—No por cierto.

—¿Oistes hablar alguna vez á Rusell contra D. Rodrigo de Portoceli?

—Tampoco.

—Pues todo lo que exigiria yo de tí consiste en que, sentando otra vez tus reales en la barbería del bribon de tu maestro, me diceses exacta cuenta de las tramas que allí se fraguan contra el mencionado D. Rodrigo.

—¿Y de qué modo os podria avisar si algo llegase á mi noticia?

—Eres un pobre hombre: no se pasaria dia sin que te enviase algun correo. ¿Lo extrañas?—añadió el foragido con algun sobrecejo notando cierta irresolucion ó poco crédito en los ojos de Santiago:—pues no saldrias á paseo donde no hallases algun pordiosero que se te diese á conocer por mi emisario; no entrarias en iglesia sin que algun fingido ermitaño te entregase cartas mias; y si sucumbieses al pasajero rigor de una dolencia, el médico que te recetara, el barbero que te sangrase, la dueña que aplicara los emplastos, todos, en fin, te hablarian del Barbudo y te comunicarian sus órdenes. Y bien...

—Soy vuestro... El cirujano Rusell es un pícaro que, segun ahora entiendo, solo una vez me ha halagado, y eso para que le hiciese un gran favor, ó llevarme á una muerte cierta.

—Cuando el bozo de esa barba se haya convertido en pelo tan áspero y revuelto como el de la mia, ya sabrás conocer al gato montés por mas que esconda las uñas.

—¿Y cuál es mi riesgo, y cuál mi recompensa?

—Del primero no te acuerdes; en cuanto á la segunda, veinticinco aranzadas de tierra capaces de llamar la atencion al mas acomodado vecino de estos contornos.

—No me disgusta, señor Jaime; pero aun me queda el escrupulillo de cuándo y cómo me he de ver en posesion de tal hacienda.

—¡Válgate el diablo por mancebo! Bien se conoce que has hecho tu aprendizaje con el malvado Rusell. Para lances de pró no hay que contar con ninguno de vosotros, pero para asegurarse fincas teneis los ojos de un lince. Hoy mismo, apenas despente el dia, te haré conocer á D. Rodrigo. Dale ese anillo, cuéntale tu aventura, y él satisfará despues á cuantas dudas te ocurrieren. Dígote, sin embargo, que desluce mucho el que descubras tan pronto la hilaza de tu codicia. Y toda vez que andas poco mesurado en publicarla, voy á decirte tambien que, como trates de vendernos, no bastará á tu seguridad el que interpongamos mil leguas entre nosotros. Yo te juro que no habrá cruz de esos caminos reales donde no

cuelgue alguno de tus miembros por mi propia mano para escarmiento de pícaros y sabroso pasto de las aves. Yo mismo bebería en ese cráneo la envenenada sangre que te alianta, yo mismo azotaría tus hijares con el látigo sangriento de un arraez berberisco, yo mismo...

—Basta, basta por piedad,—exclamó el joven... inútiles son esas terribles maldiciones... Yo os serviré en cuanto deseareis, y solo me falta saber, contande siempre con mi discrecion y lealtad, el verdadero blanco á donde se han de dirigir nuestros esfuerzos.

—No te metas en mas de lo que te digo,—respondió severamente el Barbudo;—registra los papeles de Rusell, anda á la zaga de sus conferencias y maniobras contra Portoceli, é instrúyenos con puntualidad de todas ellas. Sin embargo, lo que mas importa es que nada digas de semejante aventura, y forjes el enredo que te viniese mas á cuento. Pero es fuerza que nos separemos: sigue tu camino hasta la cruz de la encrucijada, donde hallarás á un caballero en quien, por medio de la sortija que te entrego, has de reconocer al valiente D. Rodrigo. El te dará instrucciones acerca de lo que te falta saber, así como nos las darás á nosotros por lo tocante á lo que te he dicho. Ea, despáblate y echa á correr: si tu rocin es pasi-

corto, no eres tú mas andariego, y acaso te será preciso andar hoy mucho camino.

Dijo, echó mano á los papeles, y sacando una llave maestra abrió la puerta y desapareció del aposento.

III.

AMOR Y VENGANZA.

No hay que ponderar si dejó de apresurarse el aturdido jóven á cumplir las órdenes del bandolero. Vistióse, pagó la posada sin hacer mencion de la ocurrencia, y aún no apuntaba el dia cuando empezó á caminar hácia la cruz de la Sierra.

Verdad es que le hizo titubear la oscuridad de la atmósfera; pero dos embozados que encontró en la cocina, llegaron á él adivinando su decision, y dijéronle que emprendiese el viaje con confianza, pues el hombre que le acababa de hablar les habia encargado darle escolta. Ya no hubo pretesto para detenerse: mandó ensillar y empezó la marcha, llevando siempre á cierta distancia á sus misteriosos guardiáñes. Cerca de una hora habrian andado cuando los primeros ra-

yos del día les hicieron notar la cruz de la encrucijada. Apoyado en ella, envuelto en una gran capa azul, se distinguía un hombre de aventajada estatura. No dudó Santiago que fuese el mismo que iba buscando, y al apearse al efecto de trabar conversacion con él, observó que habian desaparecido los que para su seguridad le acompañaron hasta aquel sitio.

Llegóse pues al embozado de la cruz, y dirigióle la palabra en estos términos:

—Sin duda no está V. enterado aun de mi venida, pero esta sortija responde de que soy un servidor leal de don Rodrigo Portoceli.

—Está bien,—respondió el incógnito despues de un rato y sin descubrirse:—díme brevemente el mensaje, ó recibe de lo contrario la mitad de las maldiciones que me has hecho arrojar desde que lo aguardo en este sitio.

—Es en balde: ahora mismo acabamos de tener una larga conferencia, y me encarga enterar á V. de que los títulos y los documentos ya obran en su poder.

—¿En poder de quien?—preguntó el incógnito mirando de través á Santiago.

—En poder del propio Jaime, como lo declara esta sortija. Yo mismo era el encargado de ponerlos en manos del Conde de la Carolina, pero

cuatro palabras del Barbudo han podido mas que la voz meliflua y chillona de mi hipócrita maestro.

—Maldicion!—gritó el incógnito tirando la capa y echándose sobre Santiago:—maldicion á tí y á los ladrones que tan vilmente proteges! Ahora mismo vas á vomitar el impuro aliento con que fraguas esos diabólicos embustes.

—Socorro! socorro!—esclamó el mozo mientras procuraba desasirse de las garras del incógnito: pero teniale este tan reciamente sujeto, que creyó era llegada su última hora. La misma desesperacion hízole sacar fuerzas de flaqueza, con lo cual, al paso que su contrario le oprimia la garganta, descargábale Santiago fieros golpes en el rostro. Sonaban con tanta pujanza como los denuestos y los sarcasmos del desconocido; y aunque éste no trataba de evadirlos, era de ver que muy pronto habrian de cesar, gracias á la nerviosa fuerza de sus pulgares.

Iban adelgazándose en efecto los chillidos de Santiago, cual si ya le escasease el aliento y estuviese próximo á ser víctima de tan inesperado combate, cuando la súbita aparicion de los que habian formado su escolta hizo cambiar la situacion de aquel combate.

Adelantáronse sin hacer mucho ruido, incli-

nado el cuerpo, y llevando en la mano el mortífero trabuco; pero con aguda perspicacia distinguiólos el incógnito desde una distancia enorme. No hizo mas que soltar la presa, echarle una ojeada de cólera, y volver la espalda, diciendo: ¡Yo te juro que no te has de escapar de morir ahogado entre mis manos!

Montó de un brinco en un caballo que allí junto tenia, y púsose á correr mas ligero que un gamo á rienda suelta.

Pensativo y maltratado quedó el mozo, aunque sobremanera satisfecho de que hubiese concluido aquel encuentro con mas ventaja de la que esperar podia. Los embozados, que salieron tan oportunamente á su socorro, le hicieron mil preguntas acerca de lo que acababa de pasar, pero estaba muy distante de poder satisfacerles.

Mientras se hallaba en la incertidumbre de lo que deberia hacer, temeroso por un lado de regresar á su pueblo, y deseando al mismo tiempo cumplir con el encargo del Barbudo, llegó por camino extraviado, caballero en una yegua, un hombre al parecer de veinte y siete años, de noble aspecto y marcial fisonomía.

Su traje era rico y elegante; sus maneras desembarazadas y corteses; toda su persona indicaba una educacion culta y una cuna distinguida. Sin

embargo, las huellas de algun profundo pesar oscurecian su frente, en la que se leia una especie de distraccion, harto comun en los que andan revueltos en profundísimos pesares.

Manifestóse admirado de no hallar á nadie mas en aquel sitio; y dirigiéndose á los tres que lo ocupaban, les preguntó si habian visto en él á un caballero.

—Sí por cierto,—respondió Santiago,—y acaba de echar á correr por el lado opuesto al que usted viene.

—De esta manera,—repuso el incógnito, os elijo por testigos de que no hice falta á la cita. Sentiria pudiese jactarse aquel malvado de que no correspondió Portoceli á un cartel de desafío.

—Pues sepa V.,—continuó el mozo advirtiéndole á quien hablaba,—que en mí ha desfogado toda su ira. Por orden de cierto valiente, que me entregó esta sortija, venia á comunicar á D. Rodrigo como habia depositado en su mano los papeles recogidos por el cirujano de Elche. Hallé puntualmente en esta cruz al embozado que se me habia dicho, le relaté mi mensaje, y en vez del agradecimiento que esperaba, le ví echarse sobre mí, haciendo desesperados esfuerzos para ahogarme. No lo consiguió gracias á...

—¡No parece sino que algun maligno génio se

complace en desconcertar mis planes!—exclamó el caballero.—Pero dígame V., amigo: ¿los papeles en cuestion quedan real y efectivamente en poder de nuestro Jaime?

—Sin la menor duda, y yo estaba encargado de volver á Elche para espiar la conducta de mi amo y mi maestro el cirujano D. Judas. ¿Qué le digo, sin embargo, despues de la desgraciada equivocacion que acabo de padecer? porque ya se me alcanza que el personaje que ha puesto los pies en polvorosa, es algun iracundo galan de la parte contraria.

—Con todo es fuerza que te mantengas en el puesto, pudiendo forjar para tu defensa las disculpas que te parezcan mas convenientes. En caso de algun apuro, esa misma sortija te hará encontrar protectores en todos los ángulos de esta comarca. Preséntate con ella á cualquier alcalde, regidor, escribano ó ventero de estos reinos, y hallarás crédito, introduccion y socorro.

—El caso es,—replicó tímidamente el mancebo,—que carezco, para decir verdad, de los fondos necesarios al efecto de poner en obra...

—Basta; ese bolsillo será suficiente por ahora; otras pruebas de nuestro afecto recibirás en lo sucesivo.

—Algo me ha dicho el Barbudo, pero cuenten

ustedes conmigo, aún cuando no fuese tan cuantioso el premio de mis servicios.

—Muy bien está: vuélvete á tu pueblo, y sé puntual en avisar lo que ocurra. El agradecimiento será grande, pero nunca seria menor la venganza de tu perfidia.

Mandó esto dicho á los embozados que lo fuesen escoltando hasta cierto punto; y volviendo las riendas á la yegua, dirigióse con velocidad notable por el camino de Murcia.

No tardó en llegar á esta ciudad, donde moraba lo único que merecia en el mundo su veneracion y su afecto.

Empezaba el crepúsculo de la noche cuando entró por la puerta que se halla junto al puente, habiendo dejado el caballo en una venta situada en la parte de afuera.

Despues de andar por varias calles metióse en un convento arruinado por el choque de las últimas guerras, y empezó á pasearse entre sus polvorosas ruinas. Volvia á veces el rostro ó jiraba los ojos en derredor, cual si esperase alguna aparicion consoladora; á veces tambien deteníase bruscamente en su paseo, y comprimíase las sienes como afligido por algun bárbaro recuerdo.

—¡Infeliz!—exclamó en una de estas interrupciones:—no te escaparás de mis manos si un aca-

so favorable no te diera pretesto para evitar el desaffo. Pero yo te juro, pérfido Leopoldo, yo te juro que no te ha de valer la osadía con que te portas y la proteccion con que cuentas.

Estas ideas desatinabàn á Rodrigo, dando tanta irregularidad á sus discursos como á sus movimientos.

Permanecian aún en pié varios arcos del antiguo claustro, y una gran parte de la gótica iglesia á que servian de adorno. Quedaba una débil vislumbre de la luz del dia; y cualquiera que á tan misterioso reflejo hubiese contemplado la marcha descompasada de D. Rodrigo, creyera distinguir en él alguna negra fantasma parecida á los génios maléficos que se complacen en divagar por el desolador aspecto de las ruinas.

Una vez tendió los brazos hácia el hueco que formaban dos columnas, y apareció al propio tiempo por en medio de ellas una jóven de bellísimo aspecto y elegantes proporciones. Su figura presentaba cierta negligencia ó desaliño, lo cual daba indicios de la doméstica persecucion de que era víctima, alterando algun tanto la angelical dulzura de su rostro, las huellas de una especie de enagenamiento mental, desgraciadas consecuencias de sus agitaciones y delirios.

—¡Julia! ¡mi querida Julia!—exclamó al verla

el caballero: ven, ven un momento á mis brazos para dar treguas á la desazon que bárbaramente te aflige. Pero ¿qué es esto, ángel mio? siempre enagenada, siempre melancólica y abatida? ¡Pues qué! ¿Aun no se cansan de perseguirte? ¿aun no se cansan, amada mia, de ver tus lágrimas y de escuchar tus gemidos?

—No se cansan, D. Rodrigo; y solo la idea de tu correspondencia pudiera comunicar alguna fortaleza á mi espíritu. Pero y tú, ¿dónde has estado? Hace un siglo que no te he visto... Andrés me dió tu billete, y aunque solo me hablabas en él de que por la puerta del jardin viniese á pasearme entre las ruinas, no se qué feliz presentimiento me hizo esperar que no á un mensajero tuyo, sino á tí mismo habia de hallar en ellas.

—Y resuelto, oh Julia, á arrancarte de esa casa de maldicion donde todos se han declarado en contra mia. Sé de cierto que han nombrado coronel á D. Leopoldo; y si bien por un azar hemos recogido el título y el despacho, al fin tu padre no tardará en saberlo, y por consiguiente á obligarte á que le des la mano. Todavía podemos verificar la fuga: Jaime está pronto, y hay un barco de Filadelfia en Alicante, que no tardará en soltar las velas. Julia...! aquí me tienes para que decidas de nuestra suerte... Vivir conmigo en in-

cógnita ribera, ó con Leopoldo Moncadí en las ciudades mas florecientes de España... Ah! yo temeria tu eleccion si tuvieras un pecho menos hidalgo, ó un amor mas frívolo y pasajero...

—¿Y no la temerías,—dijo Julia interrumpiéndole,—si adivinases la terrible lucha del amor y del deber, la desesperada suerte que me coloca entre un padre y un amante? Escucha, Rodrigo, escucha y no te desesperes oyendo á una infeliz, que ha jurado ser tuya hasta la muerte...

—Nada escucho,—repuso sin dejarla proseguir el caballero...—¿qué valen los frios raciocinios de la sumision filial, en cotejo de los derechos que me dan á la vez sobre tí mi cariño y mis infortunios?... ¡Ah! Si en el estruendo de la batalla de Vitoria me hubiera detenido en saquear los tesoros de José, en lugar de hacer rostro á la resistencia del enemigo, no me ganara en riquezas mi aborrecido rival, ni hubiera logrado empañar el lustre de mi fama en la corte. Mío fuera entonces el grado con que acaban de distinguirle, mio el cortesano favor con que tan erguido se presenta, mio el voto de tus parientes, y... ¿me atreveré á pronunciarlo?... absolutamente mio el afecto sincero de Julia.

—¡Ingrato! Tú quieres que yo delire, y que cuando no me sea posible hacer uso de mi razon,

como sucede así que me afligen tus desdenes ó la ira de mis perseguidores, cometa algun desacierto. Si tal deseas, llévame á donde gustes, pero con la triste condicion de que nunca vuelva en mí de la delirante demencia con que alguna vez me turba el ímpetu de mis amores. ¡Ingrato!... echa si te atreves una ojeada á mi conducta, á mis acciones, y díme si habrá en el mundo un modelo mas cabal de correspondencia y de ternura...

—¿Y de qué me aprovecha ese modelo, si solo lo ha sido para hacerme gustar, sin verla jamás cumplida, la fugaz ilusion de engañadora esperanza?... No, no te alteres, amada Julia; yo pasaré por lo que ordenes, hasta por el infernal tormento de contemplarte en los brazos de Leopoldo..... Pero ¿cómo quieres que bendiga tu memoria, si adonde quiera que vaya he de llevar en el pecho la envenenada saeta? Un barco en el Océano, una cabaña en el mas árido desierto, fueran para mí los brillantes alcázares de los señores de Oriente como te dignases participar de mi aventurero destino. Sin tí no hay estímulo, no hay ambicion para mi pecho..... el pescador miserable de la playa, el ladron pregonado de la selva, despiertan mi envidia y el diabólico deseo de trocar mi suerte con la suya. ¡Julia! no llores:

harto te compadecistes de un infeliz que nunca debió aspirar á tus celestiales encantos.....

—Yo no sé, Rodrigo, pero á veces siento que mi corazon se alivia con el triste socorro de las lágrimas. Escucha: tú me hablabas de alcázares, de selvas y de riberas... pues bien: ¿hay mas que ir por ellos antes que nos los arrebatén ó infesten?... Ignoro qué día fué, pero yo me acuerdo de haberte visto resplandeciente y galán con la púrpura del imperio, ó con las pieles del pastor, ó con el remo del marinero.....

—Desgraciado de mí!—exclamó el jóven:—es posible!... Cállate, Julia, cállate, y no destroces ya con tus delirios el pecho que mas te adora. Yo, yo soy el bárbaro que desarregla con su impetuosidad y sus violencias la hermosura de tu juicio. No me oigas, no me atiendas, mírame aquí á tus piés, mírame abrazando tus rodillas en prueba de que juro seguir tu voluntad, obedecer tus órdenes, nunca apartarte, oh Julia, de tus filiales deberes.

—¡Seguir mi voluntad! ¡obedecer mis órdenes! ¿Pues quién te habla de que tal no hicieras?... ¡Válgame Dios, Rodrigo! ¿Habré dicho alguna sandez? Perdónala, amigo mio, perdónala, mas bien que á la malicia de mi corazon, al fatal desarreglo de mi juicio. Y bien, ¿por qué te afliges?

Paréceme que mis razones son concertadas, y que nada te indica ahora la enfermedad de que adolezco.

—Atiende, amiga mia,—respondió enternecido Portoceli:—¿no seria mas fácil que por medio de mi cuidado recobrases la salud y aquella consistencia de espíritu que antes tenias? No me hagas caso, si arrebatado de la vehemencia de mi afecto, te pinto la pasión que me inspiras con la misma impetuosidad que yo la siento; déjame abandonar tambien á unos delirios tan propios de mi carácter fogoso, como lo son los tuyos de tu angelical dulzura... pero no me prives del placer de manifestar lo que creo mas propicio á tu lánguida cabeza. Si para ello no juzgas fuera del caso la oficiosidad de mi cariño, si crees gozar de mas tranquilidad bajo un techo pacífico y humilde, que de un arteson, aunque dorado, turbulento, cede á mi súplica, y abandona, Julia mia, tus hogares.

—Si mal no me acuerdo hablaste en otra ocasion de este mismo proyecto... Ignoro si te dije á lo que me obligaba el respeto filial; pero debí decírtelo, y no llevarás á mal que me permita una observacion tan digna de tu hidalga correspondencia.

—¿Y tienes presente el despacho de corone

que va á coronar los deseos de Leopoldo? ¿Y tienes presente que este despacho era lo único que se aguardaba para celebrar vuestra union?

—¿Mi union?—respondió Julia mirando tristemente á D. Rodrigo... No temas que se verifique con el mortal que justamente aborrezco: mi padre se compadece de mi estado, y no quiere que se me haga violencia alguna. Por lo que hace á los ambiciosos de la familia, rogarán, porfiarán; pero no dejará de ser respetada mi última determinacion.

—¿Y si se aprovechan, infeliz....

Detúvose repentinamente no atreviéndose á proseguir por temor de recordar á Julia la enfermedad mental que en fuerza de sus persecuciones la afligia; pero adivinando ella lo que decir la queria, apresuróse á continuar la interrumpida cláusula con inalterable dulzura.

—Entiendo, entiendo.... temes que sean tan viles que abusen de mi extraordinaria dolencia... Ay de mí! es tan pérfida su codicia!... tan absoluto el dominio que ejercen con el autor de mis dias!... Leopoldo por otra parte tan pertinaz, voluntarioso y corrompido... que no puedo asegurar que desprecien tal proyecto. No te alteres, amigo mio... si llegase mi desgracia á tal extremo, yo misma me diera la muerte al volver de mi funesto deliquio.

—No te la dés,—respondió Portoceli haciendo esfuerzos por contenerse:—no te la dés, antes vive tranquila en los brazos de ese hombre codicioso de tu fortuna y de tus gracias. ¿Qué importa,—continuó con amarga sonrisa,—qué importa que tu amante se desespere y perezca?... Vale mas que la felicidad y los placeres formen una brillante aureola á los deseos de Leopoldo, que todo le halague y le sonria, que sea un coronel en el ejército, un conde en la sociedad y bajo el techo doméstico un idolatrado esposo...

Aquí llegaban de su interesante coloquio, cuando cierta señora de respetable carácter que habia acompañado á Julia y estaba en acecho, salió de entre las piedras para advertirles que se oía á lo lejos el rumor de otras pisadas. Ya elevándose la luna por la bóveda celeste derramaba misterioso resplandor sobre aquel recinto de incompletos zócalos, rotas cornisas, destruidos fragmentos y desquiciadas columnas; silbaba el viento de la noche por entre las hojosas ramas de los árboles del antiguo claustro, sin que ninguna lámpara moribunda alumbrase las urnas sepulcrales que aun se conservaban en pié en medio de tantas ruinas. El silencio nocturno, el sagrado sitio, los melancólicos recuerdos que inspiraba, y la indómita lucha que interiormente sentia, destrozaban

el alma de don Rodrigo y hacíanle suspirar por la venganza. Julia, por otra parte, la sensible y desgraciada hija de los Condes de la Carolina, tendiéndole la mano para despedirse de él, acabó de echar el sello á su desesperacion, así como sucede al encarcelado cuando le cierran el único resquicio por donde recibia la luz y se comunicaba con las prendas de su amor.

—Por Dios, sosiégate,—díjole Julia enternecida:—mira que no tengo mas bienes en la tierra que mi honor y tu cariño.

—Pero sirviendo al uno dejas de servir al otro. ¡Ah! ¡Qué me importa el empeño de ser buena hija si esto te hace renunciar á los títulos de fiel amante!

—No, no te separes de mí con enojo en el semblante, con ira en el corazón!... Gente se acerca: adios, Rodrigo... ¡Cuidado con que te guardes! cuidado con que atiendas á una seguridad mas preciosa que la mia!...

—Huye, huye, y para nada te acuerdes del desgraciado que te adora...

No pudo ya contestar la hermosa jóven, pero entreoyendo las últimas palabras de Portoceli hizo un movimiento de angustia, mientras apoyada en el brazo de la dueña ibanse ocultando entre las mismas revueltas formadas por los arcos de

las ruinas. Notólo el caballero al tibio fulgor de la luna, y su generoso pecho sintió un amargo arrepentimiento de haber ofendido con sus ásperas quejas aquel celestial modelo de virtud y de cariño, de lealtad y mansedumbre.

Con los brazos cruzados sobre el pecho permaneció un instante abismado en dolorosas cavilaciones; pero los pasos de los que andaban por aquellos sitios se dejaron percibir desde tan corto trecho, que hubo de atender á su propia seguridad, aunque preferia no ser visto para no despertar sospechas en órden al objeto que lo llevaba á tan desiertos lugares.

Con esta mira acomodóse detrás del tronco de una columna gótica, desde donde le era fácil advertir el rumbo de los que venian. Asomaron á poco rato dos hombres armados, cuyo trage era el que solian llevar los bandidos de Clevillente, siguiéndolos á poca distancia un caballero embozado en quien creyó reconocer Portoceli á su rival Leopoldo.

Un sombrero de anchas alas cubria su rostro, pero el ademan, la estatura y mas que todos los inestinguibles rencores de su pecho, manifestados claramente hasta en sus mas leves acciones, revelaron su nombre al desesperado amante de Julia.

Poco prácticos al parecer en andar por aquel sitio, reuniéronse no lejos de él para tener entre sí una conferencia. Hubo de deducir por ella que andaban buscando la senda que comunicaba con el jardin del Conde.

Mientras el escaso conocimiento de aquellos lugares y la opaca luz de la luna les servian de estorbos para encontrarla, advirtieron una especie de camino formado entre las mismas piedras, y metiéronse por él, seguros de que los llevaria á puerto. Los bandidos marchaban delante, y el embozado detrás: hablaban los primeros en voz baja; el otro les seguia con aire meditabundo y sombrío.

Era imposible que dejase Portoceli de averiguar sus intentos, por lo que, saliendo de su escondite, arrojóse detrás de ellos con silenciosos y atentos pasos. Viólos llegar á la puerta falsa del jardin, reconocer si estaba cerrada, y escalarlo en seguida á causa de no poder penetrar por ella. Dudoso estaba acerca del partido que habia de tomar: la superioridad del número y el temor de comprometer siendo vencido la reputacion de Julia, mantenian á raya los ímpetus de su esfuerzo y su venganza.

Oye en esto nuevas pisadas á su espalda, y volviendo el rostro ve levantarse una especie de

fantasma negra por entre el polvo de las ruinas. Hácese á un lado, y reconoce los severos rasgos del Barbudo. Encamínase á él satisfecho de encuentro tan imprevisto, mientras con voz apagada apresúrase el misterioso bandolero á tranquilizar su espíritu.

—Ya sabia, díjole, que entre esas piedras hallaria un compañero: ellos no son mas que tres, los dos valemos por ciento, con lo que no hay sino arremeter y poner término á su audacia.

—Los que lleva consigo son muchachos de la Sierra,—observó el caballero.

—Pues corren por cuenta mia,—respondió Jaime.—Ya verán la leccion que voy á darles por haber sido infieles á sus banderas. Usted, entre tanto, descargue toda su fogosidad contra ese infame Leopoldo, y no se acuerde de mí sino para pedirme auxilio en caso urgente.

Desenvainaron al decir esto, lanzándose contra Leopoldo y sus satélites. El combate, aunque desigual, no podia ser dudoso: cuando los bandidos reconocieron la negra barba de Jaime, empezaron á temblar como si fuese llegada su última hora. Uno de ellos se tiró por las tapias del jardin gritando socorro, mientras detenido el otro por la nerviosa y robusta mano del Barbudo, pedíale con voz sumisa que por Dios y por los santos le perdonase la vida.

—Sí,—respondió su capitán,—pero para enterrarte con ella en una de esas sepulturas. ¿A qué diablo venias á tan apartado sitio?... Habla quedo, ó de lo contrario te ¡arranco los ojos y la lengua.

—Díjonos aquel embozado,—respondió el bandolero,—que le escoltásemos para ir en busca de su esposa, á quien un pícaro seductor trataba de robar. Fuimos...

—¿Y por qué sin darme aviso?...

—Porque... porque...

—Porque tal seria,—replicó Jaime,—la condición que os impuso ese bergante. Después arreglaré contigo tales cuentas; entrégame ahora esas armas, y como te separes dos líneas, de un trabucazo te levanto la tapa de los sesos.

Desde el principio de la contienda había tratado Leopoldo de evadirse, pero alcanzado por Rodrigo no pudo negarse al combate.

Ambos eran diestros y valerosos, ambos sentíanse animados por los celos y la venganza; y así es que no andaban escasos de injurias y denuestos á par que se iban descargando los mas furibundos golpes. Oíalos Jaime, porque el eco retumbaba contra las desmoronadas bóvedas; pero por mas que hacia no le era posible dar con los combatientes.

Ansiando Portoceli poner fin á la contienda, y avergonzado de no acabar con el único contrario que le habia tocado en suerte, dirigióle una cuchillada de revés amenazando su cabeza, cuchillada que á no levantar su rival el brazo para recibirla, acabara sin remedio con su existencia.

Sin embargo, la herida debió ser muy profunda, por cuanto el guerrero anduvo vacilando un largo trecho, hasta que no pudiendo ya sostenerse cayó sobre las mismas piedras despidiendo un horroroso gemido.

—Vámonos,—dijo Jaime llegando á la sazón; —vámonos, D. Rodrigo; el que ha saltado por las tapias del jardin anda alborotando el barrio.

—Reconozcamos, si os place, la situacion de Leopoldo...

—No puede ser: esos gemidos que arroja se convertirian en gritos desaforados si nos viese acercarse á su maltratado cuerpo. Ábrese ya la puerta del jardin, y salen por ella los soldados agitando ardientes teas... Venga V. conmigo, y nada tema mientras no perdamos instante.

Desaparecieron; y ocuparon inmediatamente el campo acompañados de una guardia, y alumbrados por resinosas hachas de viento, los solícitos criados del Conde de la Carolina.

Reconocieron el sitio, y guiados por los hondos

suspiros del vencido, á quien no era fácil encontrar entre el laberinto de aquellas piedras, toparon con una espada, y poco despues, sangrienta y separada del tronco, la mano que la blandiera. Iluminados por tan lúgubres indicios, dieron en breve con el maltratado Leopoldo, á quien llevaron en hombros á su casa al efecto de detener la sangre de sus heridas, y de que no se pasase un momento sin que consultase algun hábil cirujano acerca de ellas.

IV.

LOS BANDIDOS DE CLEVILLENTE.

Apenas doraba el sol los desnudos picos de las rocas de Clevillente, cuando se reunieron en torno del Barbudo como una docena de bandoleros en el punto mas intrincado de la sierra.

A la voz de su capitan pusiéronse dos de ellos de centinela ó atalaya á cierta distancia de los restantes, ya al efecto de descubrir á sus perseguidores, ya para espiar el tránsito de los pasajeros.

Jaime entretanto permanecia sentado en una especie de sitial formado por la misma roca, á cuyo pié se colocaron los demás de su cuadrilla, con el trabuco al lado y las dagas en el cinto. Guardaban, no obstante su áspera condieion, un silencio respetuoso por ver abismado á su capi-

tan en meditaciones profundas. Como llevaban el airoso traje de los bandidos de aquel contorno, enteramente parecido al que ya hemos pintado en el Barbudo, cualquiera que hubiese visto de lejos el curioso grupo que formaban, tomáralos por las ligeras guerrillas de los regimientos de Escocia, que luchaban pocos meses antes con los franceses en la vasta extension de la península.

—¿Quién de vosotros,—dijo el Barbudo rompiendo bruscamente el silencio,—quién de vosotros ha maltratado las yeguas del tesorero de Murcia?

Guardaron todos taciturnidad profunda, atónitos del áspero gesto que acompañó á tal pregunta.

—Si vuelvo á oír la menor queja de los que pagan la contribucion debida, prosiguió el bandolero, yo os juro que sabré dar con el pícaro que así contraviene á mis mandatos. ¡Como si no supiérais que del espionaje depende nuestra existencia, y que es imposible sostenerlo sin una cantidad fija y segura! Ahora bien: no estoy de humor de romperme los cascos en andar tras el Judas de esta compañía, pero separaré el valor de tan injusta violencia de lo que se vaya recogiendo por esos caminos reales. Uno de vosotros lo llevará escrupulosamente á su dueño, y cuen-

ta con ejecutar mis órdenes, porque voto á..... que os ahorque á todos de una encina ú os haga saltar de los hombros la cabeza, ni mas ni menos que al bribon que gritó alarma esotro dia saltando por el murado jardin de cierto Conde.

Calló, y todos continuaron mustios y pensativos. Despues de breve pausa, satisfecho al parecer de la sumision que advertia en el auditorio, rompió nuevamente aquel silencio.

—¿Dónde está el verdugo?

—De atalaya,—respondieron.

—¿En qué punto?

—En la falda de la Sierra.

—Anda á reemplazarle, Cuchillada, y dile que venga inmediatamente á mi presencia.

Fuese el foragido, y apareció dentro de poco el ladron que desempeñaba el importante puesto de verdugo entre aquella honrada gente.

Era hombre de mediano cuerpo, malcarado y cejijunto, ancho de espaldas, tosco de miembros, recio y maravillosamente robusto.

Al parecer, la enorme cantidad de vino que habia embaulado aquel mastin, mantenía algo entorpecidas sus potencias.

Presentóse ante el capitan y la cuadrilla salpicado en sangre y con un hacha en la mano de extraordinaria magnitud. Sus miradas eran som-

brías, pesada la andadura, los ademanes insociables y grotescos.

A pesar de hallarse familiarizados con el crimen, todos mostraron al verle cierto movimiento de horror, nacido en parte de la idea de su carácter desalmado, en parte tambien del designio que podria tener el capitan en tan intempestivo llamamiento.

—¡Oyes!...—gritó con voz descomunal el Barbudo,—aunque la Cuba que has apurado puede ser que te quite lo poco que tienes de hombre: ¿desempeñaste mi encargo?

El miserable levantó el hacha presentando al jefe su ensangrentado filo.

—Muy bien: ¿qué tal ha soportado el castigo?

—Con sobrada honra para un bárbaro que quiso vender la partida. Ofrecíame mucho, hasta que viéndome alzar la diestra hizo un esfuerzo para arrancarse del árbol donde lo tenia sujeto, y el hacha, en vez de hundirse en la garganta cayó como un rayo sobre el muslo.

—Torpe anduviste, Crispin: dije que le dieses muerte, pero no que con tu infernal ponzoña te recreases en perniquebrar la víctima. ¿Pudiste sacarle algo del buche?

—Y aun algos,—respondió Crispin.

—Pues habla, bestia: ¿á qué te detienes?

—La verdad sea dicha—repuso el asesino:—á fin de que cantase hubo de halagarle mi buena maña con ciertas esperancillas de recompensa y de fuga.

—Eres un tigre,—interrumpió Jaime,—y temo castigar á nadie por haberlo de encargar á una hiena tan inmunda. No menos mal te portaste con el escribano que nos vendió en Orihuela; pero yo te juro, desnaturalizado mastin, que algun dia te ahorraré la horca arrojándote en las ascuas de una hoguera. Las dos únicas muertes que he mandado han sido por resistencia ó perfidia; y esto que sentia tanta desazon al ordenarlas, como si fuera el pacífico regente de una audiencia. Despláceme apelar á tan bárbaros escarmientos, pero ¿qué remedio, hallándome al frente de una especie de república? Paguen y transiten, cumplan la palabra como guardo yo las mias, respeten la jurisdiccion que mi valor y mi industria establecen en la Sierra; y todos viviremos en paz con fraternidad y holganza. Y bien, ¿qué ha declarado?

—Que lo compraron con el otro para dar un navajazo de ocho puntos al galan de cierta moza que andando el tiempo ha de parar en condesa.

—Todo eso ya me lo sabia. ¿Dijo algo mas?

—Que le adelantó no sé qué monedas un cierto barbero de Elche.

—Tambien está pasado en cuenta. ¿Tienes algo que añadir?

—Nada.

—¿Qué hiciste del cadáver?

—Zambullirlo en el pozo de la cueva.

—Vete á dormir, y para otra vez cuando yo te arroje un hueso, rómpelo de un golpe sin que te diviertas en lamerlo.

Desapareció el mastin murmurando entre dientes ciertas palabrotas con un tono y un acento semejantes á los gruñidos de un cerdo.

Recobró Jaime la afabilidad que le era natural, á par que se iba disipando el susto de sus camaradas. Renació entre ellos la especie de confianza mantenida siempre á raya, que Jaime les concedía, y empezaron á entretenerse con la ordinaria conversacion de peregrinos lances, asaltos, peligros y desventuras.

Manifestóles el Barbudo la doble traicion del que habia mandado castigar de muerte, y exhortóles á mantenerse leales y á respetar su moderacion y buen trato con los pasajeros, prometiéndoles en cambio completa seguridad y no pocas recompensas.

Todos agradecieron sus avisos, y se manifestaron acordes en la opinion de que, sin la sagacidad é intrepidez de su jefe, mil veces habrian

caído en manos de miñones, guardabosques, rondas y demás partidas que salían á la persecucion de malhechores.

En esto el grito del mas próximo atalaya los puso en alarma: salió uno de ellos para ver lo que ocurría, y volviendo á poco rato trajo á un jóven que deseaba hablar particularmente con el célebre capitan de la cuadrilla.

—Ya te esperaba, Santiago,—dijo viéndolo el Barbudo,—pues sabia que tu cirujano-barbero salió el lunes para Murcia.

—En efecto,—replicó el mozo,—y aprovechéme de su ausencia para noticiaros el motivo de tan repentino viaje.

—¿Y podia caber en tu caletre que tan importantes sucesos no hubiesen llegado á mi noticia? Mas eficacia, señor aprendiz, mas eficacia: no busco yo quien me instruya de las acciones, pues alcanzo desde la Sierra las de todos mis enemigos; sino quien me refiera sus discursos, sus palabras sueltas, sus pensamientos, cosas harto espirituosas y volátiles para que dejen rastro alguno. Vamos, no hay que amostazarse ni temerme, que bien sé distinguir lo que va de torpeza á villanía. Por lo demás, no dejarás de serme útil, y siéntate entre esa buena gente á fin de que almuerces y te recrees un poco antes de acudir á mis mensajes.

Hízolo así y saliendo del hueco de cercana peña uno de la pandilla con gran sarten llena de arroz, tocino y otros manjares incitadores de la colambre, empezaron el almuerzo menudeando tragos y disparando recias carcajadas.

No faltaron el estimulante salchichon, el salado queso y la sabrosa aceituna; y si bien no era el pan del mas blanco ni del mas tierno, no por esto hacia menos papel en aquel rústico banquete.

Los coloquios con que lo sazonaron, y los groseros chistes con que lo divirtieron eran sin número: allí se ponderó la traza dada por Jaime al efecto de establecer por medio de ramas, de ropas colgadas en las ventanas, de piedras puestas al márgen de los caminos, una especie de telégrafo mas variado y sutil que los que tanto se admiran en las altas torres de Monjuí y de Tabira; allí se glosó, en fin, el chasco que se llevaban los soldados cuando persiguiendo á los malhechores por la Sierra los veian aparecer y desaparecer, sin que adivinasen por dónde, á causa de no estar prácticos en el conocimiento de sus secretas sendas y laberínticas grutas.

No hubo ladron que no refiriese lances de su propia vida, dándose el aplauso y la palma á los que manifestaban mas sutileza y perspicacia.

Solo andaban algo moderados en la relacion de asesinatos y crueldades cometidas con los pasajeros, por saber que no eran del gusto del capitán tales excesos.

Todo lo notaba Santiago y de nada se dolia; al principio anduvo algo tímido y pusilánime en el almuerzo, pero una vez animado con el ejemplo y la sincera jovialidad de tan alegre comparsa, no quiso pasar por menos, y empezó con mucho donaire y gana á embaular tasajo como el puño. Sobre todo cuando le presentaron la bota y hubo hecho, á usanza de los demás, su puntería á la bóveda celeste, sintió en lo íntimo de su corazón no sé qué síntomas de algazara que le hicieron olvidar por un momento la crítica situación á que lo arrastraban su imprudencia y su avaricia.

En esto percibióse á lo lejos el ruido de los cascabeles y campanillas con que adornan sus mulas los arrieros, y el eco de los prolongados gritos con que suelen irlas animando ó conteniendo. Oyeron poco despues el rechinar de las ruedas y la voz terrible de *alto* con que el primer atalaya desde la punta de un barranco mandaba parar á los transeuntes.

—¡Ola!—dijo Jaime,—parece que el raton se haya soplado en la trampa. Ea, muchachos, que ha de ser el carretero que lleva los dos mil duros

de Játiva: no ha pagado, porque confiaba en las bravatas que echó en su pueblo el comandante de ese nuevo destacamento que ha sentado sus reales en Novelda. Es mozo que se publica contrario mio, pero sin hacerme otra guerra que la que es lícita á todo hombre de pelo en pecho.

Levantóse, mandando á tres de los presentes que le siguieran. La curiosidad de Santiago hízolo adelantar por los pericuetos de la misma sierra, y apostarse en cierto pico desde donde pudiese ver lo que pasaba en la carretera. Descubrió nada menos que al impetuoso Roque, el mismo que se peleara con el soldado desertor en la noche de la venta.

Su despechado semblante, y el aire con que miraba de reojo desde el carro al Barbudo y sus satélites, manifestaba á tiro de arcabuz no solo la desesperacion que lo oprimia, sino la gana tambien de medir sus fuerzas con aquellos saltadores.

—Y bien, ¿qué llevas en ese carro?—preguntóle Jaime con voz hueca y determinada.

—Algunos sacos de arroz entremezclados con serones de algarroba.

—¿Qué mas?—insistió el bandido.

—Creo,—respondió Roque con mucha flemma,—que vengan tambien un par de talegos de avichuelas.

—De dinero, miserable,—gritó Jaime,—de dinero te hablo.

—El de mi faja,—satisfizo secamente el arriero.

—Pues al registro,—repuso Jaime echándole una mirada suspicaz y colérica.

Dió un brinco para saltar dentro del carruaje, al tiempo que desesperado Roque y no permitiéndole su natural impetuosidad llevar mas adelante el disimulo, echó mano á una escopeta que guardaba debajo de las mantas, y disparóla á boca de jarro contra el Barbudo, que sin duda lo pasara mal á no mediar la circunstancia de no haber salido el tiro.

Al aspecto de accion tan alevosa é imprevista, arrojáronse al carro los demás ladrones para sacrificar al pasajero; pero tendió Jaime el brazo, y con admirable severidad contúvolos exclamando:

—Alto, alto, muchachos, que si á mí me roba-sen, voto al diablo que habia de hacer lo mismo!

Detuviéronse al eco de estas palabras, pero no sin murmurar contra el carretero, no sin mirarle de un modo capaz de atemorizar á hombre menos vengativo y resuelto.

Habiase sentado entretanto al márgen del camino real, mientras continuaba Jaime el registro del carruaje.

Pensativo y taciturno, empuñando aun la vara ó látigo que suelen llevar los de su oficio, contemplaba con desencajada vista la operacion minuciosa del Barbudo.

—¿Sabes lo que pienso?—dijo al ver á Jaime sacando la cabeza para llamar á otro bandido:—que seria mucho mejor, que dándome tú el trabuco, y entregándote yo la vara, cambiásemos de industria.

—¿Y por qué seria mejor, seor valenton?—preguntóle el capitan sorprendido de su serenidad y descaro.

—¿Por qué?... bien claro está,—prosiguió Roque:—soy ordinario de Játiva, y gano mi pan llevando los efectos que las gentes me recomiendan. Dos mil duros en metálico me han entregado este viaje, fiados en mi exactitud y valentía: si me los quitas, Jaime, cosa que no dejará de suceder, pues harto se me alcanza que ya olfateas la caza, me tendrán por un embustero ó un babieca, y no habrá quien me confíe una hilacha. Sin encargos, á Dios salario; sin salario, á Dios mulas; por consiguiente, á Dios carro, y llevóse el diablo al carretero. Repito, pues, que tomes esa vara de la cual darás mejor cuenta, y me dejes noramala tu trabuco, aunque me arrastre algun dia á la penca ó al dogal de maese Diego. (1)

(1) El verdugo.

No sin cierta satisfaccion interior escuchaba el bandolero las razones del agobiado caminante. Mirábale de hito en hito en tanto que las proferia, y no bien hubo acabado cuando empezó á dirigirle las siguientes preguntas:

—¿No tuviste, señor galan, habrá cosa de ocho dias, porfiada riña por mi causa?

—En efecto: con una especie de desertor, á quien dí una leve lecioncita ante el auditorio vententeril de las Tres Cruces.

—¿Y no te jactastes de esterminar á cuantos divagamos por la Sierra?

—De manera,—respondió pasmado el arriero,—que si me has ido siguiendo los pasos es en balde que te niegue esas jactancias.

—¿Y cómo te gobernarias? Tengo curiosidad de averiguar si la sutileza de tu caletre corresponde á la robustez de tus pulgares.

—Mira, Jaime; una cosa es disputar en ventas, sobre todo cuando aprieta el frio y suena el aguacero por el campo, y otra verse cara á cara con un...

—¿Con un foragido, un ladron, un salteador de caminos—dijo Jaime apresurándose á concluir la frase que dejaba suspensa el caminante.

—Tú lo has dicho.—respondió Roque con la

aspereza de un jaque que ya no espera gracia ni cuartel.

—No extrañarás entonces que á lo menos contigo proceda como á tal. Vuelve el hocico hácia la punta de aquella roca, y darás con el jóven á quien quisistes proteger, ni mas ni menos que si alargas las piernas como á un cuarto de hora de distancia olerás el mutilado cadáver del soldado que te quiso combatir. Ya ves que Jaime tiene tan prolongados los brazos como perspicaces los oídos, y que no se le habrá ocultado la menor de tus bravatas.

—Ya, ya lo veo; de la misma manera que no te duermes en repasar el dinero que por diferentes partidas se encierra en esa cajita. Ella contiene además todo el tesoro de mi reputacion y mi crédito.

—Alienta ese espíritu, que no es mi ánimo hacerte perder lo uno ni lo otro: no has de decir de Jaime que es menos generoso de lo que la fama lo pinta, aunque pueda yo decir de tí que no tienes toda la sutileza y la disposicion de que en las ventas te precias. Cien duros me reservo para mi gente, de lo cual te haré recibo al efecto de que puedas asegurar á esos señores que deben á tu valor la conservacion de la partida. Pero cuenta con pagar de aquí en adelante la contribucion de

veinte reales por mula, porque si andas todavía con subterfugios y rodeos, yo te juro que no han de pasar quince días sin que te entierre vivo en subterránea cueva.

—No hayas miedo,—respondió Roque tomando la mano del bandido,—no hayas miedo, Jaime el bueno; y sabe que mi reconocimiento es tan tenaz y exaltado como mi ódio.

—Ea pues,—dijo el Barbudo,—arrea las mulas y San Anton te guarde.

Aunque es probable que los satélites de Jaime daban interiormente á todos los diablos su generosidad y esplendidez, no se atrevieron á chistar, cuando sobre conocer el carácter de su capitán, tenían el castigo del desertor ante los ojos para andarse con chistes en cosa que desagradarle pudiera.

Jaime en tanto mudó la centinela y volvióse á la cuestecita del almuerzo á fin de conferenciar con Santiago y darle nuevas órdenes.

Los demás ladrones se echaron á dormir en derredor para favorecer la digestion y hallarse ágiles y descansados así que sonase la hora del asalto ó del peligro.

VI.

EL CIRUJANO DON JUDAS.

Rogamos al condescendiente lector que se pre- venga á dar otro salto desde la sierra de Clevi- llente á la antigua capital siete veces coronada del florido reino de Múrcia.

Y no es nuestro ánimo hacerle divagar por sus calles y encrucijadas, sino introducirlo de pronto en un aposento sombrío, donde varios ungüentos, vendajes y botellitas indicaban los desagradables lances de una curacion quirúrgica. Un hombre en efecto de talla menos que mediana, flaco, ma- cilito, de voz destempladilla y chillona, cuya andadura sutil indicaba á tiro de arcabuz las ar- terías de su espíritu, desempeñaba el oficio de ci- rujano á favor de un caballero de alta estatura, tendido sobre un lecho de lujosos atavíos. Su ros-

tro era naturalmente áspero, y dos grandes y tupidos bigotes lo hacian mas desapacible y funesto.

Seguia con ojos desencajados los movimientos del cirujano, que con la agilidad furtiva y silenciosa de un gato, revolvíase por el aposento preparando drogas y disponiendo emplastos.

Dejó percibir el doliente un profundísimo gemido, y acercósele al momento este solícito alumno de Esculapio, para preguntarle si le aquejaban los dolores de su cuerpo ó las amargas angustias de su espíritu.

—Ambas me abrasan, ambas me consumen,—respondió con desabrido gesto Leopoldo de Moncadí.

—Es que si mi presencia,—repuso el cirujano,—atormentase á su señoría, seríame fácil librarle de ella. Gracias á las discordias del tiempo en que vivimos, aunque tuviera veinte manos mas descarnadas y menos diestras que las de que actualmente me sirvo, no careceria de trabajo en que emplearlas. Y no solo sacara muy buen dinero de las roturas, amputaciones y fístolas, sino un agradecimiento sin límites. V. S. me lo debe tambien, en vez del empeño con que hace recaer en mi persona el odio que solo merece el autor de tal herida.

—No estoy muy de humor para responderte; pero cada saeta de tu maliciosa lengua es un puñal, don Judas, que me atraviesa las entrañas.

—No comprendo lo que V. S. quiere decirme: solo sé que dando rienda á sus frecuentes ímpetus de cólera, miro como imposible evitar la calentura, la inflamacion y la gangrena.

—Pues si es como lo dices, ¿por qué infernal malicia te complaces en exaltarme la bilis? ¿A qué repetir que necesitas mas manos de las que naturaleza te ha dado, cuando yo que soy un militar y un caballero, yo que me pico de galan y cortesano, carezco ¡oh rabia! vergonzosamente de la mia?

—Aunque no me precio de teólogo, no por eso dejo de conocer que la Providencia se ha mostrado con V. S. harto benéfica. Porque si el mandoble que abrió tamaña herida, hubiese alcanzado el importante miembro á que parecia destinado, anduviera rodando la cabeza á largo trecho del tronco.

—¡Ojalá, D. Judas!... ojalá! y no sufriera el disgusto de contemplar desbaratados en un momento los planes mas bien concebidos. Tampoco habria de pasar por el bochorno de ver caballos que me será imposible montar, caballeros cuyo impulso no me será dado seguir, nobles damas á

quienes no me podré yo ofrecer. Con una ambición de gigante, con pasiones las mas ardientes, estoy condenado á una vida pacífica y oscura como la del pastor del Pirineo ó la de una despreciable mujercilla.

—Demos que sea así,—repuso el cirujano ocupado siempre en preparar los untos y las vendas; —y aun con eso, los mismos ojos que se hubieran inevitablemente perdido con la cabeza, pueden proporcionar á V. S. deleites no menos agradables que los de esos pasatiempos, escaramuzas y carreras.

—No comprendo, maese Judas, cuales pueden ser esos deleites.

—Los mas sabrosos, los mas suaves que embelesan el espíritu del hombre.

—¿Por ejemplo?—preguntó con afanosa curiosidad el caballero.

—¡La venganza!...—respondió el cirujano con todo el respeto y el enagenamiento de un amante cuando pronuncia el nombre celestial de su querida.

—¿En qué colegio, señor barbero, ha aprendido V. esa doctrina?—volvió á preguntar el enfermo dejándose caer sobre las almohadas, despues de incorporarse para oir el secreto que iba á revelarles su Esculapio.

—En el de Cádiz, aunque de tiempo en tiempo hacia mis escursiones por la Giralda de Sevilla y la playa de Sanlúcar. Allí y en algunas ciudades de Italia, á donde fui á parar cuando desempeñaba el destino de cirujano de ejército, cobré la energía y sagacidad que me distinguen. Estas calidades me valieron que V. S. me buscasse para servirle en sus asuntos, pues sabe bien que las aguas mansas son las que ocultan remolinos mas raudos y precipicios mas hondos, y que el enemigo mas terrible es el que descarga la mano aún antes de amenazar con ella á los contrarios.

—Pero ¿á qué me viene V. con esas diabólicas lecciones? ¿qué interés le mueve á precipitarme de nuevo en la carrera del crimen?

—Para hablar con toda franqueza, ser uno mismo el objeto de nuestros implacables rencores.

—¡Cómo!—exclamó el caballero;—pues ¿qué tienes tú que arreglar con D. Rodrigo? Yo creí que del mismo modo que ocupamos distinto lugar en el mundo, habian de ser distintas nuestras miras y venganzas.

—Tal vez debería suceder así, pero desde que me mandó V. S. administrar aquel caritativo breva-je á la hija de los Condes de la Carolina, breva-je que alteró su razon y ofusca aún por interva-

los sus potencias, fué tal el ódio que me cobró D. Rodrigo, que donde quiera me insulta, y siempre me anda á la zaga, ó para acabar conmigo, ó para hallar plausible pretesto con que delatarme á la justicia.

—¿Y V. espera hacer de mí un instrumento eficaz para sus resentimientos?...—replicó Leopoldo mirando con menosprecio al facultativo;—Hace tiempo que conozco á nuestro hombre, y sé decir á V. que tiene tanta destreza en el brazo como vigor en el puño. Sin duda los demonios, que gobiernan este mundo de tinieblas, son los que han dispuesto que nos halláramos repetidas veces andando el mismo camino. Su osadía y sus conocimientos eclipsaron mi travesura en el ejército, al paso que su cortesanía y sus gracias, mi esplendidez entre las damas. Él ha causado mi vergüenza y mis desdichas; él ha sido causa de que no premiase mis esfuerzos una corona de conde. Está bien, doctor; será V. vengado, pero tampoco crea dejar de servirme en cosas que yo le mande.

—¡No, por vida del bisturí! Cuidado empero que arrastrados de un falso amor propio despreciásemos al que vamos á sacar de en medio. V. S. mismo acaba de ponderar su impavidez y pujanza.

—Nada temas: por grande que fuese, hallaríamos otra superior á la suya. Te repito que en ninguna manera creas dejar de servirme en mis planes ulteriores. Te vengaré, te enriqueceré, pero ¡cuenta con desertarme ó venderme! En el primer cajon de aquella cómoda hallarás una bolsa, con la que tienes la primera recompensa de esta cura: mírala como augurio de otras no menos sonantes y repletas.

—Gracias, un millon de gracias, noble bienhechor mio. V. S. posee el oro, yo el instinto de aconsejar y urdir venganzas; y cuando se hallan los hombres vengados y poderosos, no hay de-leite, no hay felicidad que les falte. La noticia de que nuestro orgulloso enemigo habrá sido para siempre castigado, ¿no suavizará el encono de esa herida con superior eficacia que los olorosos bálsamos de la Meca?

—Ah! mucho mas lo afirmarias si supieras el pormenor de todas sus insolencias y ultrajes!... Su padre, muerto en la batalla de San Marcial, era coronel de mi regimiento, y complacíase en abochornarme con excusas de ser nulo é inexacto para el servicio. Entretanto afectaba ese soberbio una indulgencia conmigo que solo servia de ensalzamiento para él y de oprobio á mi conducta. Tal fué el diabólico efecto de esas tramas,

que D. Rodrigo pasaba por modelo del pundonor y la disciplina, á par que Leopoldo Moncadí por el de la insubordinacion y la licencia. La muerte de su padre no le impidió seguir intrigando con el nuevo jefe para vituperar mi valor y mis caprichos, aunque manifestándose codicioso de mi amistad, y dispuesto á procurarme toda especie de mercedes. Por él no alcancé los grados que me correspondian de justicia; por él tuve la reputacion perdida; por él llegué á desesperar de labrar en ningun tiempo mi fortuna. La paz de 1814 me facilitó presentarme en la córte y adquirir conocimientos y amigos: á ellos debo la rapidéz de mis ascensos, las cruces que me condecoran, y ese despacho de coronel que envié á V. á fin de que lo remitiese al Conde por mano segura y fidedigna mientras espiaba ocultamente el efecto que le hacia. ¡Ah! El debia fijar la aurora de mi enlace con Julia!... Julia!... la jóven mas rica, ilustre y bella de toda España, enamorada por mi mal de ese orgulloso que se ha de atravesar contra todos mis proyectos! Tú sabes, amigo D. Judas, cuanto he trabajado para hacerle caer en desgracia del Conde y de sus parientes, hasta quitarle con mi influjo la compañía que mandaba, desconceptuarlo en el ánimo de sus jefes, enviarle el retiro en fin, mientras destruia por tu

medio la razon de la hermosísima heredera.

—Pues hé aquí, con perdon de su señoría, lo que nunca pudo comprender el cirujano D. Judas. ¿Pues no era proceder contra la misma pasion de V. S. ofuscar sin qué ni para qué las facultades morales de la beldad que tanto adora?

—¡Pobre hombre! ¿Y aun no has advertido con esa infernal astucia, mas parecida al instinto de la serpiente que á la torpeza de un cristiano, que el principal objeto de mi culto han sido el título y las posesiones de la novia? Enagenando sus potencias, borraba de su imaginacion la perversa imágen de mi rival; y aunque me casara con una mujer menguada, espantadiza y boba, no por eso dejarían de llamarme Conde de la Carolina. Además: la enagenacion mental, como tú me prevenistes, no destruye la belleza, ni le marchita el lustre, antes puede decirse que la hace mas sumisa y la da cierta novedad seductora; á lo que debes añadir que lo que pudo desplacer á mi lujuria, era favorable á la ambicion de mis planes y al deseo de malquistar al espadachin Portoceli con los ilustres parientes, puesto que no dejarían de atribuir á la porfiada tenacidad de sus amores esta enfermedad aflictiva y desastrosa. Supe por extraño evento que el paquete remitido al Conde estaba en poder de Jaime, por

lo que determiné salir en público suponiendo que llegaba de Valencia. Sobre todo que ya habia dado con mi escondite el pérfido de mi enemigo, que me desafió citándome á lejano despoblado, al efecto de que nadie pusiese impedimento á nuestra cólera. Aguárdéle, no pareció, y al regresar á Murcia supe por Andrés y Crispin, los únicos que me fué posible sobornar en la cuadrilla del Barbudo, la entrevista que segun indicios iba á verificar con Julia por la puerta de las ruinas.

—¡Ah! qué momento, señor coronel, para dar un golpe maestro!

—Por lo mismo traté de aprovecharlo; pero ese facineroso Jaime, á quien nunca he podido separar de mi rival, salió de entre los escombros y..... harto lo sabes..... ¡eternamente, amigo Judas, eternamente derramaré venenosas lágrimas por tal desgracia!

—Bien, bien: por lo mismo no hay sino darse prisa en vengarla.

—Sí, sí,—exclamó el herido rechinando los dientes;—tú estás en lo cierto: hazme el gusto de llamar al ayuda de cámara.

Llamó, y un jóven alto y bien dispuesto abrió la mampara de la estancia.

—Ven acá, Luis,—díjole D. Leopoldo:—¿ha salido Crispin?

—No señor.

—¿Estará borracho tal vez?

—Tampoco, gracias al sueño que le ha hecho digerir lo que ha comido. El pobre tenía razón: ayer se separó de la Sierra, donde según dice, no había echado trago á su sabor desde muchísimo tiempo.

—Díle que entre, y cierra la puerta.

Oyéronse muy pronto las pisadas de un hombre pesado y grosero, y apareció enseguida el mismo ladrón á quien ha visto el lector desempeñando las altas funciones de verdugo en la pandilla de Jaime.

—Afila bien el hacha..... mira que es fuerza despachar á cierto enemigo, díjole D. Leopoldo.

Suavizáronse las toscas facciones de Crispin, é hizo con la boca un gesto horrible ensayando un modo de sonreirse á su manera.

—El señor te lo dará á conocer,—prosiguió el doliente;—calcula bien el tiempo, toma tus medidas, pesa con madurez las circunstancias, pues no se trata de tímido caminante, sino de un pícaro acalorado, de un digno camarada de tu forzado capitán, en una palabra, de D. Rodrigo Portoceli.

—¡Válgame la maña!—exclamó con voz aspera

Crispin:—si yerro el golpe, puedo ya contarme con los muertos.

—Toma al otro camarada para que te ayude.

—¿El otro?... ¿el otro?... ¿Andrés querrá decir el señor...? Pues bien, el pobre Andrés murió hace tres días á mis manos por especial orden del Barbudo. Ya: como hubo aquello del jardin... creo que el señor me comprende...

—Demasiado, demasiado te comprendo, pícaro... interrumpió Leopoldo despidiendo un *ay* semejante al prolongado quejido de los réprobos; pero esto no quita que busques á otro gañan de tan recio puño y de tan ruin intencion como tú mismo.

—Bah!... no es menester, y sobre todo conviene que el secreto ande entre pocos para que no llegue á oídos del hermano Barbudo. Si algo quiere doblar el señor, que sea la remuneracion de la mojada.

—Corriente... digo, como me dés linda cuenta de mi encargo.

—¡Voto á...! No hay en todas las cuadrillas de Murcia y Andalucía brazo tan pesado y certero como este mio.

—Harás bien en dejarte dirigir por los prudentes consejos de ese buen facultativo... Sobre todo fuera tabernas, hasta llevar á cabo este negocio...

—Como que depende mi vida del porrazo...

—Y prepara sutilmente el hacha y el puñal, á fin de estar pronto así que te llame el cirujano.

El asesino hizo una reverencia y salió del aposento.

—No sé por qué capricho,—dijo á la sazón don Judas,—no hemos de obligar á ese maton á que tome un compañero.

—Porque un hombre como Crispin vale por veinte cuando sabe pillar la coyuntura. Pero llama al ayuda de cámara, y despacha con mil diablitos, si es que me ha de quedar aliento para esa maldita curacion.

Por segunda vez entró Luis en el aposento, sirviendo de asistente al cirujano en quitar las vendas y preparar lo concerniente al primer aparatado de la herida. Así que estuvo desnuda, contemplábala maese Judas con cierto placer, dimanado en parte del amor á su profesion, en parte tambien de la malignidad de su pecho.

Por lo que hace al caballero, fijó un instante los ojos en tan horrible espectáculo, y sucumbiendo á la agudeza del dolor, dejóse caer sobre el lecho soltando un hondo gemido.

—No es nada, no es nada,—dijo el cirujano con voz blanda é insinuante, aunque dejando traslucir á pesar suyo cierta sonrisa plácida y

desdeñosa; digo que no es nada, en razon á que ese desalmado Portoceli conoce bien el oficio. Apuesto que si cualquiera menos hábil hubiese descargado el golpe, fuera todo mi arte inútil; pero es la herida tan limpia y acertada, que se parece ni mas ni menos á una amputacion de colegio. Como V. S. no se altere ni impaciente, no tardará muchos dias en salir de entre las sábanas.

—Ah! yo temo la salud, mas aun que los punzantes dolores de la enfermedad!... ¿A dónde me presento, infeliz, sin la heróica diestra, tan pródiga de recompensas, tan temida en las batallas?

—Eso harto se ve que no tiene remedio, pero podemos ocultarla suponiendo que sobrevino tan funesto accidente á uno de los acompañantes de su señoría.

—Ardid para pocos dias, señor barbero...

—Ya; pero retirándose V. S. de estos paises hasta que se pase la memoria de semejante suceso.....

—Lograré que no lo sepan al pronto, mas no que dejen de enterarse desde que me vea obligado á corresponder á un saludo.

—De todos modos hay la ventaja de haber sido cortada con tanta destreza y maestría, que no

conozco cirujano-barbero capaz de hacer otro tanto.

—Ya sé cuánto le debo,—respondió el herido ocultando su despecho bajo venenosa sonrisa;— y como Crispin no le pague en la misma moneda, publica! por donde quieras la mutilacion de Leopoldo.....

—¡Viva esa sed de venganza, tan noble como la sangre de V. S.! Permítame sin embargo recordarle que la destreza de su rival hubiera sido vana sin los útiles socorros de su servidor don Judas.

—Cierra ese pico, y no me mientes con el dardo de tu lengua esa destreza de tristísimo augurio. Cuando hablas de los tormentos que he pasado, tormentos cuyo aguijon penetra todavía mis entrañas, paréceme que los nervios de ese tronco se estremecen, se estienden y se encojen, como si comunicasen el mismo impulso á los dedos de la mano que han perdido.

—Si no es ofender á su señoría, diré que eso consiste en cierto fenómeno bien conocido de los que ejercen mi profesion. No pocos sabios sostienen que las misteriosas leyes de la simpatía existen y obran con maravillosa eficacia entre el miembro roto y el mutilado tronco de donde lo separaron aguda daga ó corvo alfanje damasquino.

Por ejemplo: en el presente caso los dedos de la mano perdida pueden aun estremecerse como correspondiendo al juego y á las fuerzas vitales del miembro á que han pertenecido. Ah! si me fuese dado recogerla, tendria un placer inespliable en observar por mí mismo este singular fenómeno.

—No lo dudo, no lo dudo, así como lo tienes ahora en exaltar mi cólera para que castigue tu perversa audacia. Haz tu deber y no te deleites, si en algo aprecias la vida, destilando plomo derretido en mis entrañas.

La aprecio,—respondió en tono joco-serio el cirujano,—la aprecio, sí señor; porque sin ella, ¿quién pudiera suavizar los agudos dolores que sufre mi bienhechor, y que lo exasperan hasta contra su mas humilde criado, sin mas motivo que el de complacerse en los fenómenos del arte de curar?

No atreviéndose, sin embargo, á prolongar las chanzas con el carácter irritable del enfermo, dedicóse á la curacion con todo conato, oficiosidad y diligencia. Derramó en la herida un aromoso bálsamo; cuya espirituosa fragancia se esparció por el aposento, cambiando en deliciosa frescura el fuego penetrante y sutil de aquella llaga. Fué an pronto, tan inesperado el efecto que produjo

en el doliente, que en vez de amargo gemido soltó una exclamación de placer, recostándose en el lecho como para saborear la regalada calma que percibía.

—Ahora, ahora,—dijo el cirujano,—puede conocer el señor de Moncadí á sus verdaderos amigos. Si llevándose hace un momento de su injusta cólera hubiese mandado castigar al pobre barbero de Elche, ¿dónde hallaran sus criados un facultativo que le proporcionase este amabilísimo consuelo?

—Olvide V. mis amenazas, amigo D. Judas, pero tampoco sea tan pródigo de chanzas ni de sarcasmos.

En esto sacó el cirujano una redomita del pecho, y echando en una copa de agua algunas gotas del elixir que contenía, presentóla al enfermo como bebida que había de procurarle un sueño benéfico y profundo.

—¿Y cuánto durará este sueño?—preguntó el caballero.

—Lo ignoro, porque eso depende de la eficacia con que obrará en la naturaleza de V. S.... Tal vez hasta la media noche, tal vez hasta mañana por la mañana...

—Tal vez hasta la eternidad,—respondió el enfermo interrumpiéndole...—Beba, señor Herodes,

beba siquiera un sorbo del peregrino brevaje, si es que seriamente pretende que yo lo tome.

—Sin la menor dificultad,—repuso D. Judas con su desdeñosa sonrisa;—y si no bebo mas, consiste en que este zumo de la India tiene tal fuerza narcótica, que me quitaria por muchas horas la facultad de visitar á otros enfermos.

—Disimule V. esa sospecha, amigo mio; disimúlela en gracia de la agudeza de mis males,—dijo el caballero medio avergonzado de la prueba á que lo habia sometido.

—Nada hay que disimular al que no puede ofender. Solo me tomaré el permiso de manifestar á V. S. que si mi intencion hubiese sido perversa, para maldita la cosa necesitaba recurrir á ponzoñosos brevajes. ¿Qué me hubiera costado envenenar el bálsamo que apliqué á la herida, al efecto de que gangrenando el brazo hasta la espalda convirtiese todo el cuerpo en putrefaccion é inmundicia? ¿Quién me fuera á la mano para emplear secretos aun mas agudos, inficionando el aposento con esencias que debilitasen poco á poco los manantiales de la vida, hasta que se extinguiese la del enfermo como la llama de una luz vacilando entre los densos vapores de húmeda y subterránea cueva? Poco aprecio hace V. S. de mi arte, desconociendo los sutiles medios de

destruccion que puede proporcionar á un profesor de mérito. Nunca olvide, sin embargo, que no mata el médico al enfermo cuya generosidad le hace vivir, y de quien espera sobre todo el sublime placer de la venganza.

Desapareció al decir esto con cierto aire de triunfo, que chispeaba al través de sus rastreros y multiplicados acatamientos.

El caballero quedó abismado en amargas reflexiones, hasta que, sintiendo la influencia del narcótico, llamó con voz apagada á su ayuda de cámara.

—Luis!... ¿Se ha marchado el cirujano?

—Sí señor.

—¿Y se fué solo?

—Crispin habló con él, y siguióle á poco rato.

—¡Dios mio!... ya: creo que han ido por no sé qué yerbas medicinales. Mira: será regular que vuelva pronto; no le dejes entrar, pero tampoco permitas que hable con nadie. Ya sabes que un trago de vino le hace proferir las mayores blasfemias y sandeces. ¿Qué encargos te ha hecho D. Judas?

—Que cuidase mucho de que nadie despertara á su señoría.

—Pues cumple con semejante orden. Siento

que el sueño me vence... cierra bien la mampara, y déjame que descanse...

—Quiera Dios,—exclamó el paje,—conceder á V. S. el apetecido reposo.

—Dios!... reposo!...—pronunció sordamente el caballero;—otras veces lo he disfrutado bajo su proteccion divina..... ¡pero ahora!..... mientras se está derramando por mi causa la sangre de un inocente!... Sin embargo, los tesoros y los bálsamos del Oriente no son ya bastantes á volverme la mano que arrancó de mi cuerpo.

Aquí acabaron las palabras inteligibles que escaparon de su boca: otras murmuró todavía, que no pudo ya comprender el ayuda de cámara, hasta que puso fin el sueño á los combates sangrientos de su espíritu.

VII.

ACLARACION DE LOS PRECEDENTES.

Despues de los singulares acaecimientos que llevamos referidos, inverosímiles quizás á no haber sido tan íntimas, tan indispensables las comunicaciones entre los propietarios de Múrcia y los bandidos de Clevillente, es natural que desee instruirse el lector acerca del origen que traian las amistades y desavenencias de los primeros personajes de nuestra historia. Algo se habrá enterado por la conversacion del caballero Moncadí y el cirujano D. Judas; pero ignora todavía lo mas esencial de unos sucesos cuya celebridad no ha sido tanta, en razon á que los bandidos que en ellos juegan dan cierto deslustre á las personas que hubieron de apelar á su auxilio.

Sin embargo, repetiremos en su abono, que les era mil y mil veces necesario valerse de semejantes emisarios, ya para desviar sus amenazas, ya para mover guerra á otras gentes de su laya. Y no se crea que dimanase tal desórden de indolencia del gobierno, pues no solo procuró extinguir los bandoleros y establecer una completa seguridad en aquellos reinos, sino que el capitán general destinado para mandarlos reunia las mas altas cualidades de actividad, patriotismo y valor. (1) La configuracion de la Sierra, las prolongadas cuevas que abriga en su seno, lo escarpado de sus cumbres y los desórdenes consiguientes á una guerra pertinaz de siete años, hicieron que las acertadas providencias del ministerio no cortasen el mal de raiz, aunque maravillosamente destruyeron su propagacion y violencia. Añádase á esto un carácter tan enérgico y astuto como el del Barbudo, hombre capaz de anoche en Múrcia y amanecer en Valencia, que amedrentaba á los pueblos, que contaba con un sin número de espías; y se verá palpablemente que era imposible sofocar de un golpe esta calamidad, y que mas bien reclamaba las medidas de prudencia y de rigor que se adoptaron.

(1) D. Francisco Javier de Elío.

Al mismo tiempo no se contentaban los ladrones con aligerar á los pasajeros, sino que por medio de tropelías é insolencias exigian contribuciones de los propietarios. Una carta enviada al dueño de una hacienda, amenazándole con que pegarian fuego á su olivar ó á su cortijo como no aprontase tal cantidad de dinero; el medio, aun mas diabólico, de cojer á un individuo de la familia y exigir asimismo otra cantidad para soltarlo, con otros del mismo jaez, acompañados siempre de blasfemias y de insultos, hacia que tuviesen muchas gentes comunicacion con el Barbudo, al efecto de que les garantizase la seguridad de sus haciendas y personas, mediando la mensual asignacion en que se convenian.

La superioridad de la fuerza y del talento, la práctica de recorrer desde muchos años la Sierra, un natural poco sanguinario y ciertos rasgos de inesperada nobleza y generosa cortesanía, daban á este célebre bandolero irresistible ascendiente con los ladrones y los pueblos. Los unos querian servir á sus órdenes, los otros aspiraban á su proteccion; aquellos solo se creian seguros bajo sus banderas, éstos no estaban tranquilos sino con la buena fé de sus promesas; los primeros defendian su persona, asaltaban á los transeuntes, percibian la contribucion de los mayo-

rales; los segundos le daban avisos, indicábanle el peligro que corría y hasta los pensamientos de sus contrarios por medio de señas tan ingeniosas como sencillas.

Algunos meses antes del día en que empieza la narración de nuestra historia, había avisado Jaime á los mas resueltos de su pandilla para que se reuniesen á eso de la media noche en una de las grutas de la Sierra. Convocados al efecto dentro de ella, al rededor de una gran hoguera, pusieronse á conferenciar acerca del medio mas expedito para atacar el coche del Conde de la Carolina, que acompañado de su hija y de respetable comitiva, iba á salir de Madrid para restituirse á Murcia.

Allí se hicieron los planes mas descabellados y se propusieron las medidas mas sutiles: unos querían valerse de su amigo de tal parte para que vendiese á los ilustres caminantes; otros eran de parecer que se les aguardase en tal barranco, donde era inútil la resistencia. No faltaba quien opinase que la cuadrilla del Barbudo debía atacar cuerpo á cuerpo sin traición ó ardides, y quien osase tachar de cobardía la sobrada prudencia de sus camaradas.

A todo eso contemplábalos Jaime sin hablar palabra desde el fondo de la gruta, dejándoles

abandonar á todo el encono de sus pasiones y contiendas.

La llama que reflejaba en sus rostros montañas y sombríos, no menos que en el acero de sus puñales y pistolas, los convertia en otras tantas figuras de perverso augurio, semejantes á las que engendra una imaginacion tímida y supersticiosa, ó vomita el mismo averno para sembrar entre los mortales el espanto y la discordia.

Al fin impuso silencio la terrible voz de Jaime á tan diabólico senado, para decirles que se atenia al parecer de aprovecharse de los días cortos de la estacion y de la inexperiencia de los viajeros.

—Yo sé,—añadióles,—que estos señores suelen destacar hácia la noche siquiera un par de criados para que les prevengan la posada. Desde que éstos se separen del coche, saltáis en el camino real marchando contra los amos, mientras otra parte de vosotros, capitaneados por mí, los ataca por la espalda. Con tal ardid nos apoderamos de todo sin riesgo, resistencia ni derramamiento de sangre.

Desde aquel momento empezaron los ladrones á marchar, aprovechando las noches, y durmiendo durante el día en lo mas enmarañado del monte. Es de advertir que llevaron de Novelda bas-

tentes provisiones de boca, con objeto de no meterse en poblado, todo por consejo de su capitán, cuya experiencia le daba un tino singular para tales acometimientos.

El Conde de la Carolina, antiguo coronel de ejército, se había casado con la señora heredera de este título. De resultas de su fallecimiento hizo un viaje á la corte acompañado de su única hija, hermosísima imagen de la esposa que perdiera. Sin embargo de que mitigaron la agudeza de su dolor el trato y la magnificencia de la capital del reino, incomodábale el ruidoso bullicio que hay en ella, dándole margen á desear un método de vivir mas suave, uniforme y sosegado. La misma melancolía, nacida de hallarse solo en el mundo, hacía le suspirar por la tranquilidad de una poblacion subalterna, por aquella, sobre todo, que le recordaba el amable objeto de su cariño.

El carácter, por otra parte, de Julia, sobremañera inclinado á una vida pacífica y solitaria, movíale á retirarse de una ciudad en la que no percibían la delicia de un inalterable retiro.

Fuese resultado de la índole sumamente blanda de la difunta Condesa, ó de hallarse penetrada de que la dulzura y la amabilidad forman el rasgo mas distintivo del bello sexo, ello es que sobresalía Julia por estas cualidades aun mas que

por las que tienden á la belleza corporal. Anunciábalas desde luego la especie de hermosura que la distinguía, hermosura que si no chocaba por su brillantez, enternecía por su mansedumbre persuasiva y melancólica.

Aquel aire de sumision que indica en las jóvenes la necesidad de un amparo ó de un apoyo, aquella lánguida ternura que revela los misterios del corazon y los interiores combates del espíritu, se hallaban como esculpidos en las facciones de la ilustre heredera.

Concebíase naturalmente á su vista el deseo de protegerla, el fervor de ser amado de una persona tan angelical y pura.

Las gentes del mundo, al hacer la anatómica definicion de su semblante, hallaran acaso poca regularidad en él, mas expresion que simetría; pero sea como fuere, el efecto que producía siempre era consiguiente al peregrino mérito de la doncella.

No habia quien no aspirase á su amistad; y desde que se frecuentaba su trato, desde que se familiarizaba uno con un corazon tan digno de aprecio por su sensibilidad y cultura, era casi inevitable pasar de la tibieza de amigo al entusiasmo de amante.

Tal era la jóven á quien vió casualmente en

una de las reuniones de la corte Leopoldo Moncadí. Complacióse de pronto contemplando en ella un sér enteramente distinto de lo que él era; pero así que supo la poderosa casa á que pertenecía, formó el proyecto de enlace para coronar con un título de conde sus atrevidas empresas.

Hijo de una familia distinguida, si bien algo escasa de bienes de fortuna, lleno de la justa vanagloria con que se honraban los militares de España despues de sellar con éxito tan glorioso la guerra de la independencia, amigo del ministro, recibido en todas partes con cierta distincion cortesana y lisonjera, presentábase Leopoldo rodeado de aquel oloroso ambiente, que atrae los obsequios, que promete á tiro de ballesta honores, recompensas y timbres.

Tanto era el prestigio de su aura palaciega, que nadie reparaba en la aspereza de su génio, ni referia los sonrojos que sufriera en la milicia por su indisciplina y su licencia.

Descuidando además aquellos estudios indispensables para la carrera de las armas, no tenia otra recomendacion que la de una intrepidez á toda prueba, y aun esta algo eclipsada por la que tan eminentemente distinguia al hijo de su propio coronel Rodrigo de Portoceli.

No es decir que se desconocieran las faltas de

incivilizacion y orgullo, inseparables siempre de sus menores acciones: pero como en las cortes se juzga regularmente de los hombres por su valimiento y su fortuna, todos veian en Leopoldo un jóven amable, pues que sabia agradar á los grandes; culto, pues que se trataba con ellos; bizarro, por el destino de teniente coronel que ocupaba en la milicia; generoso, en fin, porque le suponian los medios de poder serlo.

Nada tiene de extraño que el Conde de la Carolina, hombre á quien dirigian parientes ambiciosos y calculistas, advirtiese con satisfaccion particular la pasion que iba manifestando Leopoldo por las gracias de Julia.

Bien que no se ocultase á esta jóven la intencion de Moncadí desde la primera mirada que la hubo dirigido, no se daba por entendida por no verse en la necesidad de desairarlo.

Mas perspicaz que su padre, menos ambiciosa que sus parientes, su alma pura solo apetecia un esposo capaz de hacer justicia á las bellas cuanto pacíficas cualidades que seducian su espíritu. ¡Cuántas veces en medio de sus lecturas ó solitarios paseos se complacia en la imagen ideal de este ser pundonoroso y bienhechor, el mas propio para corresponder á su sensibilidad y para dar lustre á su decoro! Ah! desde luego echó de ver

en los rasgos de Leopoldo un alma enteramente distinta de la que se divertía en crear suavemente embelesada con sus dulces ilusiones.

Sin contar no obstante con su parecer, y dando por sentado que suscribiría á los planes de un engrandecimiento de familia, resolvieron los allegados de ambas partes esta alianza pocos dias antes de salir el noble Conde para Múrcia.

Quedó determinado que acabaría de arreglarse en esta misma capital, á donde iría Leopoldo despues de emplear su valimiento para el logro de algunos honores que solicitaba el padre de Julia, y de ciertos empleos no menos honrosos que lucrativos para los principales parientes de la familia.

Por lo demás, todos creían que la gallardía y el lujo de Leopoldo habían poderosamente cautivado el corazon de la doncella, no solo porque la veían hablar frecuentemente con él, sino porque su misma fatuidad le hacía incurrir en la poca delicadeza de indicarlo con solapado y artificioso estudio.

Es de presumir que los muchos espías que tenía Jaime el Barbudo en la ciudad de Múrcia y demás pueblos del reino, pusieron en su noticia este regreso, diciéndole al propio tiempo que, además del dinero y utensilios para regalo y co-

modidades del viaje, llevaba el Conde varios objetos de lujo y de primor al efecto de adornar con ellos el palacio que habitaba.

Esto motivó la conferencia nocturna de que hemos dado cuenta en el principio de este capítulo. Cual Jaime lo había previsto, destacaba el ilustre viajero á dos individuos de la comitiva una legua antes del pueblo en donde debía dormir, á fin de hallarlo todo dispuesto á su llegada.

Hubo cierto día en que desaprobaba Julia esta indiscreta providencia por anunciarse la noche lúgubrementemente tormentosa y oscura; pero despreció el Conde sus temores tratándolos de puerilidades mujeriles, y diciendo que le sobraban para prevenir todo insulto los cuatro hombres armados que iban escoltando el coche.

A poco rato vieron adelantarse hácia ellos un grupo de personas sospechosas, y no siéndoles posible pensar en la retirada, determinaron presentarse con bravura y ofrecer en caso necesario una vigorosa resistencia.

Pronto se convencieron de que no podían pasar por otro puente, pues los ladrones se arrojaron encima de ellos intimándoles la rendición con desaforados gritos.

Conservó el Conde en tan críticos momentos

la serenidad que al parecer debian arrebatarle las blasfemias de los bandidos y las lágrimas de Julia. Montó en un fogoso bridon que traia ensillado para no andar siempre metido en el carruaje, y púsose al frente de los cuatro soldados de á caballo que iban con él: al mismo tiempo ordenó á dos criados que se apostasen en cierto punto elevado de la carretera, para incomodar desde allí con sus tiros á los salteadores por la espalda; y despues de encargar á todos que hiciesen su deber, partió como un rayo al encuentro de los bandoleros.

El combate fué recio: el Conde defendia á su hija, los ladrones esperaban el socorro de sus camaradas, por lo que, si bien no llevaban al terrible Barbudo á la cabeza, tenian la confianza de que apareceria de improviso atacando á los caminantes por el flanco.

Precipitándose unos contra otros, descargábanse furibundos golpes, decíanse mil insolencias, disparábanse pistoletazos y ofrecian en limitado círculo la antigua y desoladora imágen de una lucha á todo trance.

Ni consideracion, ni tregua, ni cuartel... no habia mas recurso que pugnar por desasirse, que triunfar para librarse: la noche iba viniendo á toda prisa, la tempestad ya estallaba, y los bra-

midos de ésta y las sombras de aquella daban á tan sangrienta pelea un horroroso aspecto de desolacion y tinieblas.

Oyense de repente los dolorosos ayes de Julia, á quien nuevos bandidos arrebatában del coche. Su infeliz padre reconoce el eco de aquellos lánguidos clamores, y dándose desesperado recios golpes en la frente, dispárase contra los raptores de su dulcísima hija. Divisa á la incierta luz del crepúsculo vespertino un hombre de aspecto sombrío, de cuyo rostro pendia una negra barba, el cual con robusto brazo, y cual si llevase una liviana seda, iba conduciendo la malhadada Julia al través de aquellos campos hácia la selvática espesura del vecino bosque.

Arrójase al malvado, pero el Barbudo lo contiene, lo desarma, lo deja, en una palabra, sin recurso, sin esperanza ni aliento.

Híncase entonces de rodillas para suplicarle que no lo separe de su hija, á lo que satisfizo Jaime con razones atentas y corteses, que ningun mal se les haria, pero que serian custodiados hasta pagar el rescate de sus personas.

—Lo pagaremos,—dijo el Conde;—y me cabe la satisfaccion de que hayamos caido en las generosas manos del Barbudo.

—Solo siento,—respondió Jaime,—que los gas-

tos á que me obliga el espionaje establecido y la manutencion de mis gentes, no me dejen ser mas sobrio en punto á lo que me veo obligado á pedir para la libertad de las personas que cautivo. No obstante, yo haré de modo que el Conde de la Carolina se acuerde de mí, ya que no sin algun rencor, modificado siquiera por los estímulos de cierto agradecimiento.

A pesar de la confianza que inspiraban las palabras del Barbudo, no dejaba el noble Conde de hallarse sumido en la mas bárbara angustia.

Mostrábase menos apesadumbrado para no afligir á Julia, que apoyada en su brazo iba lentamente siguiendo los pasos del valeroso bandido. Sin apenas atreverse á hablar, á respirar siquiera, soltaba furtivamente algun suspiro, estrechando en silencio la mano de su padre, y con sobrada razon temiendo el destino que á entrambos esperaba. El mismo Jaime, compadecido de su timidez, suavizado por su aspecto angelical y dulcísimo, volvíase de cuando en cuando hácia ella para repetirle que nada debia temer, y que era tan seguro el sitio á donde la llevaria, como los aposentos de su propio palacio.

Sonaba aún á lo lejos el tumulto del combate; si bien los dos ladrones que acompañaron á Jaime se detuvieron en el saqueo del coche, empezaba

ya á extrañar que no lo arrastrasen hácia el monte despues de haber puesto en fuga á los soldados de la escolta. Tanta era la tardanza, que determinó hacer alto antes de meterse en el bosque; aún la tempestad no desencadenaba todos sus furores, y una luna amarillenta y siniestra, atravesando por entre grupos de nubes como perdido bajel entre amontonadas ondas, derramaba por intervalos cierto resplandor tibio y misterioso.

El Barbudo hizo sentar al Conde y á su hija mientras subia para dar un grito á sus camaradas á lo alto de una peña; pero su voz hueca y bronca se perdió como un trueno por el inmenso espacio, y solo contestaron á ella los ahullidos de las fieras y los recónditos ecos de la cóncava montaña.

Montado entonces en arrogante bridon, adelantábase hácia ellos atravesando los campos un jóven, á quien tuvo el bandido por uno de los guerreros que defendieron el coche.

Por esto corrió á su encuentro, y apuntándole el trabuco le mandó que se rindiese; pero desviando la mortífera boca por medio de un diestrísimo quite con el sable que blandía, abalanzóse al bandolero, repitiéndole á su vez que, como no se entregase, iba á dejarlo en el campo.

—Uno de los dos quedará en él,—repuso Jaime,—pues el combate que te ofrezco ha de ser sin consideracion ni tregua. Ó me equivoco mucho, ó he dado con hombre digno de luchar con el Barbudo.

—Te aconsejo que te rindas,—insistió el incógnito,—y te ofrezco para que lícitamente te salves mi valimiento y patrocinio.

—¿Y quién eres tú para que me salgas vendiendo proteccion tan inesperada?

—Un capitan destinado á la persecucion de tu cuadrilla. Acabo de poner en fuga á los que se cebaban en saquear el equipaje del Conde, y vengo á que me des cuenta de tu persona.

—Vienes,—exclamó el Barbudo,—á recibir la muerte de mi mano, á que castigue con ella esa presuncion desmedida...

—Infeliz! mas te sirviera andar todavía errando por las peladas cumbres de Novelda!

—Deténgase V., señor caballero,—gritó á la sazón el Conde metiéndose entre los dos combatientes;—ese hombre acaba de salvar mi vida y el honor de mi hija... ruego á V. que no se empeñe un combate, cuyas resultas han de afligir mi corazon sin ser ventajosas á la pátria. Si usted sucumbe, pierde un militar valiente; si perece

Jaime, quedan en cierto abandono las propiedades del reino...

Pero mi deber, señor Conde, es superior á tales consideraciones...

—Pero mi vida, señor caballero, la vida de un hombre pacífico es acreedora también á una reflexión mas madura.

—Jaime,—observó el capitán,—no suele maltratar á los vencidos...

—En efecto,—respondió el foragido,—conténtase con vencer á los que se precian de miliares...

—Y alguna vez con sucumbir á su esfuerzo...

—Mientes,—gritó el bandido:—no hay en el mundo quien pueda jactarse de haberme hecho perder un palmo de tierra...

Empezó el combate: ambos manejaban el sable con igual destreza y osadía; ambos tenían un alma impávida, pundonor varonil, noble deseo de nunca encontrar rival.

Todo esto hacia tan dudoso aquel terrible encuentro, que su éxito ponía pavor á las dos únicas personas que lo miraban.

En vano insistió el Conde en contener al caballero, en vano les suplicaba Julia con lágrimas que suavizasen sus iras; pues no por esto dejaban de continuar con igual furia, y cuando lan-

zaba la luna algun rayo trémulo en sus semblantes, veíanse pintados en ellos la intrepidez, la serenidad y el rencor.

Pero la escolta del valiente oficial íbalo buscando por todas partes y empezaba á dirigirse al sitio de la pelea. Un oído tan ejercitado como el de Jaime no pudo menos de advertirlo á larguísima distancia, por lo que, separándose cosa de dos pasos, bajó la punta del acero y dijo á su contrario si trataba de vencerle por el número.

—No por cierto,—respondióle:—por lo mismo que te reputo valiente, aspiro á la honra de humillarte.

—Pues ¿cómo vienen hácia nosotros tus soldados, sin que trates de avisarme el peligro en que me metes?

—Nada percibo, señor Barbudo,—replicó el oficial aplicando el oído;—será ilusion de un espíritu espantadizo y suspicaz.

—¡Buena ilusion cuando los oigo y los huelo!... Ya extrañaba yo hallar un caballero que fuese tan franco y pundonoroso como el corazon que palpita debajo de la manta que me cubre.

—¡Vive Dios que no te engaña esa perspica-
cia!—exclamó de repente el capitan oyendo las voces y la marcha de su séquito.—Pero no dirás de mí que sea falso ó codicioso... aprovecha para

huir el tiempo que habias de emplear en resistirme; y aunque no sé si obro bien en dejarte libre el campo, siento acá en lo íntimo de mi pecho cierto impulso de heroicidad, al que negarme no puedo despues de lo que acabas de hacer y de decirme.

—¡Noble y valiente jóven!—exclamó Jaime,—si una amistad ciega pudiera recompensar ese rasgo de generosa hidalguía, nunca habrias de arrepentirte de obrar como caballero con un miserable bandido.

—Sin embargo, no te fies: la guerra que te hago será de muerte, aunque igualmente abierta y franca. ¡Ay de tí, si no cambiando de vida, te empeñas en hacer rostro á Portoceli!

Jaime se metió en la selva, y Rodrigo Portoceli acompañó al Conde y á Julia al pueblo en que debian pasar la noche.

Todos se reunieron en la misma posada, y ensalzó el Conde hasta las nubes el valor del capitán y la eficacia de su socorro.

Por lo que hace á Julia, habia estado muy atenta á los coloquios del oficial con el bandido, hallando en ellos tal abundancia de heroismo, desprendimiento y valor, que no pocas veces hubo de dar rienda á las lágrimas.

Notábase en la misma acometida que se dieron

tanto arte en combatir, tanto orgullo en sostenerse, tanta sangre fria en rechazar, que despertaba desconocido interés hácia el bandolero, y admiracion ardiente por su jóven adversario.

Tres veces contempló sus rasgos la doncella al tibio vislumbre de la luna, y otras tantas admiró su expresion noble, imponente y guerrera.

—¡Quién sabe si leyó desde luego en ellos las agitaciones de un alma tierna, los generosos movimientos de un corazon pundonoroso y sensible! ¡Quién sabe si por cierto mágico impulso de simpatía amorosa, traslució al través de sus bien dibujadas líneas el único pecho cuya sensibilidad correspondiese á la del suyo!... Ello es que desde aquel instante le profesó inextinguible cariño.

Y respecto de D. Rodrigo, embelesado en la melancólica dulzura de la ilustre heredera, pasó en su compañía los mas deliciosos ratos de su vida.

Con la pérdida de su padre hallábase huérfano en el mundo, sin proteccion, sin mas apoyo que su buen nombre y su espada, y fué para él inesperado consuelo hallar aquel ángel de ternura, que compadecia los delirios de su imaginacion juvenil y suavizaba con deliciosa mansedumbre los secretos pesares de su ánimo. Hé aquí como empezó una pasion fatal á entrambos por su carácter irresistible y fogoso.

La frecuencia con que en Múrcia se trataban los llevó rápidamente á los delirios mas exaltados del amor, por manera que bien persuadidos de que la naturaleza los formara uno para otro, juráronse eterno cariño, y determinaron coronar tan bello afecto con una solemne alianza.

La llegada de Leopoldo interrumpió el purísimo curso de tan peregrina correspondencia: encontráronse él y Portoceli en la casa del Conde, y manifestáronse frios, resentidos y suspicaces. Halagados al propio tiempo los parientes con las gracias que les alcanzara Moncadí, trataron de apresurar el enlace; allanáronse dificultades, publicóse por el pueblo, y anunciáronlo á Julia como cosa convenida.

Difícil seria la pintura del pesar que sobrevino á esta bellísima jóven: en balde rogó, lloró, invocó el nombre y las virtudes de su madre puesta de rodillas á las plantas del autor de sus dias; no se la consideraba, no se la atendia, y contestaban á sus quejas que si no se unia á Leopoldo por amor, debia hacerlo por el decoro y estimacion de la familia.

Viendo la infeliz desatendido su llanto, impiamente burlados su sentimiento y su despecho, no quiso ser víctima de la codicia agena, y díjoles con resolucion varonil que antes de unirse á Leo-

poldo se encerraria para siempre en un convento.

Pasmáronse de su entereza, pues contaron para sacrificarla con su mansa condicion y su dulzura; por lo que, despues de un maduro exámen, adoptaron la medida de perseguir á Rodrigo, de hacerle perder su fortuna desacreditándolo en la corte, y no importunar á Julia hasta que este jóven se hallase sin opinion ni refugio.

Leopoldo, autor de conspiracion semejante, fué el encargado de dar cumplimiento á tal venganza. El lance de Portoceli con el Barbudo le daba plausible pretexto para desconceptuarlo en el ministerio, suponiendo que no dejó escapar al bandolero sino sobornado por los ofrecimientos que le hizo; y como las apariencias pronunciaban contra él, sobre todo no saliendo en apoyo suyo el mismo Conde, único testigo de aquella escena, era de temer que un gobierno tan celoso como el de España de procurar el bien y la tranquilidad de los pueblos, altamente castigase semejante perfidia y desobediencia.

Entretanto habia salido de Murcia para perseguir á los salteadores de la Sierra, y hacíales guerra terrible sin dejarles descansar en parte alguna. Con todo, las tortuosas veredas de Cleவில், sus ásperas cumbres, sus prolongadas

grutas, ofrecian asilo inaccesible á los ladrones, al paso que el espionaje y las señas telegráficas establecidas por Jaime les procuraban exacta noticia de los movimientos de la tropa. Eran tan multiplicadas é ingeniosas, que formaban un lenguaje completo, por medio del cual no solo se revelaban las acciones de los soldados, sino lo que pensaban, lo que fraguaban, lo que decian. Todo el celo, toda la actividad de D. Rodrigo hubieron de estrellarse contra inconvenientes de naturaleza invencibles, capaces de debilitar desde el primer dia los propósitos del hombre mas valeroso y resuelto.

Despues de haber tenido un reñidísimo combate con los salteadores, en el que hubieron estos de salvarse á toda prisa en lo más revuelto de la Sierra, recibió un mensaje del astuto capitán, diciéndole, que habiéndolo conocido por el oficial con quien empezara en cierto tiempo una riña á todo riesgo, deseaba pedirle parecer en asuntos concernientes al interés de sí mismo y de su cuadrilla. Añadíale que para semejante paso aprovechaba con gusto la ocasion de entrar en capitulaciones con hombre tan recto, pundonoroso y valiente.

Si bien sorprendido el noble militar de una proposicion tan extraordinaria, y conociendo la ce-

lada que podían armarle por medio de tal extratagemas, no retrocedió su valor ni quiso negarse á un caso que poderosamente exigía serenidad y audacia. Dejó, pues, un escrito sobre cierta piedra que se le había indicado, en el que decía estar pronto á entrar en solitario coloquio con el Barbudo.

Convenidos en la hora, lugar y demás circunstancias, aguardó pacíficamente D. Rodrigo á que diesen las diez de la noche siguiente para marchar al punto de la entrevista. Distaba como dos horas del pueblo donde fijó su domicilio, y era bastante conocido por varios lances de malísimo augurio entre transeuntes y bandoleros.

Presentábase la noche despejada y serena: apenas silbaba por el campo el agradable céfiro de la montaña; y la creciente luna, semejante á las lámparas semicirculares que colgaban los antiguos en los subterráneos templos de Pluton y Proserpina, derramaba una luz placentera y melancólica.

Envuelto D. Rodrigo en su capa, sin mas armas que la espada, y agitándose en lo alto de su cabeza las blancas plumas del morrion, colocadas á manera de un penacho flotante, dirigíase con paso acelerado y animoso ademan al encuentro del Barbudo.

En balde el silencio de la noche, el desolador aspecto de aquellos desnudos campos, las rústicas cruces indicando asesinatos y violencias, la memoria, en fin, de horrorosos pasatiempos y sangrientas tropelías, quisieron debilitar su aliento, hacerlo retroceder á su morada; su alma era sobrado enérgica para sucumbir á tales temores, y tan severas en su concepto las leyes del pundonor militar, que hubiera preferido morir oscura y vergonzosamente á manos de los ladrones, antes que darles márgen á que vociferar pudiesen su sospechosa prudencia ó cobardía.

Al llegar al sitio prefijado advirtió dos piedras en forma de sitiales, mediando entre una y otra la distancia de seis pasos. Miró en derredor y no vió persona alguna; mantúvose en pié aplicando el oído en todas direcciones, hasta percibir que se movian las enredadas ramas de un arbusto.

De entre ellas saltó Jaime sin trabuco ni arma de fuego; solo una especie de alfange, colgando de su tahalí, salia por debajo de la manta con que embozaba la parte superior de su cuerpo.

—Bien venido,—dijo al oficial;—ya sabia yo que un hombre de tanto pecho no dejaria de acudir á esta cita nocturna.

—Pues no lo atribuyas á mi pecho, Jaime,—respondióle el militar:—atribúyelo al deseo de

servir á la patria y de que te acojas á la clemencia de mi Rey.

—Sentémonos, si te place, en estas piedras, y aprovechemos este momento de tregua para sernos mutuamente útiles á guisa de enemigos generosos y valientes.

—No te entiendo,—dijo sentándose D. Rodrigo,—ni sé qué utilidad pueda resultarme de esta conferencia, salvo la de servir á mi pais ó arrancarte de la mala vida que llevas.

—Con todo eso no te descontentará saber que mientras te afanas para dejar airosos á los que te envían contra el temible Barbudo, sepárate del ejército sin atención á los méritos de tu padre, ni á tus brillantes servicios... Callas? prosiguió notándolo algo perplejo... me descrees? Pues no has de tardar tres dias en recibir tu retiro, segun la prisa de Leopoldo Moncadí para alcanzarlo.

Pasmado quedó Portoceli, no solo de la novedad que le anunciaba el Barbudo, sino de lo enterado que se hallaba de unos sucesos y discordias acaecidos entre personas de muy diferente esfera. Pero las últimas palabras de su discurso hiciéronle prestar algun crédito á su noticia; por lo que, con acento, aunque firme, melancólico, le preguntó si podia indicarle la causa de persecucion tan injusta.

—Mejor la sabes que yo,—repuso gravemente Jaime:—el tierno cariño que profesa á tus virtudes la ilustre hija del...

—Basta,—interrumpió Portoceli: nada se te oculta, y si bien me sumerge tal nueva en la afliccion mas amarga, no puedo dejar de agradecer la buena intencion que te mueve á decírmela.

—No es de mi carácter complacerme en las desgracias ajenas, ni te he participado tal noticia para que te separes de mí con veneno en las entrañas y un dardo en el corazon. Aunque bandido de estos montes, me precio de hombre sensible; y si alguna vez he mandado castigar á mis semejantes, por mi defensa habrá sido, no por bajos sentimientos de rencor y de venganza. Reinando en este distrito, desde que me obligó á refugiarme en los bosques un desgraciado accidente, prodigo la recompensa y quizás el escarmiento, como tambien acontece á los mejores monarcas. Te doy por tanto ese aviso, no para que te amilanes, no porque te desesperes, sino al efecto de que andes prevenido y cuentes con mi socorro en tus miseros amores.

—Socorro!... del Cielo lo esperaba, amigo Jaime, y hasta el piadoso Cielo me lo niega. ¡Cómo ha de conceder el Conde la mano de su hija á un

infeliz sin favor y sin fortuna, á un infeliz á quien separan con ignominia de sus antiguas banderas!

—Pero Julia te ama; y mientras se pueda ganar tiempo, ellos mismos conocerán el carácter desleal de ese Leopoldo. Parece que solo esperan para verificar la boda á que le den á mandar un regimiento, lo que está en vísperas tambien de conseguirlo. Ignoro por qué extraño capricho ha formado el plan de suponer una ausencia y mantenerse oculto en Múrcia, como ya no sea para recrearse en espiar el efecto que la noticia de su ascenso debe producir en la familia. Ah! mas de una vez ha solicitado mi amistad para perderte... No lo logré, tanto por la perfidia del proyecto como por la promesa que te hice en el encuentro de marras; pero sé que se ha metido con cierto cirujano de Elche, hombre avaro por demás y de intencion muy dañina, perito en su arte y no menos conocedor en la diabólica ciencia de preparar yerbas y ponzoñas. Como de resultas de cierta cura hecha en la casa, merece ese pícaro la confianza y el afecto del Conde de la Carolina, no extrañaria que fraguasen entre los dos alguna conspiracion infernal, porque el hipócrita del barbero es hombre lleno de arterias y sutilezas. Tambien ha sonado en mis oidos que se sirve Leopoldo de su auxilio para que el despacho de

coronel sea remitido al Conde, apresurándose don Judas, á fuer de amigo de entrambos, á comunicarle tal nueva, á decirle y aconsejarle al propio tiempo, por medio de mil frases ambiguas, que apresure el casamiento si no quiere ser burlado en tal empresa y pasar por el público hazme-reir de la comarca. Prevenidos los parientes, harán entonces fuerza de vela para persuadirle, suponiendo que Leopoldo, resfriado con los desdenes de Julia y la poca firmeza del padre en hacerse obedecer, no se cura ya de participarles su fortuna, y acaso quiera desistir de la proyectada alianza en mengua del honor y engrandecimiento de la familia. Y cuando lo tengan inclinado ó persuadido, hé aquí que sale Leopoldo con su brillante uniforme y preséntase en la casa á deslumbrarles á todos y á dar el último golpe. Tal es el plan últimamente adoptado para ofuscar á Julia y vencer la natural irresolucion del pusilánime Conde.

Atento estuvo el jóven oficial á las palabras del bandolero; á medida que iba hablando parecía que quitaban una venda de sus ojos, adivinando el porqué de mil menudencias y circunstancias, que antes no pudo explicarse.

Desalentado á pesar de su valor al aspecto de una conjuracion tan poderosa, lleno de amargo

despecho por ver de esta suerte burlados los méritos de su carrera y las esperanzas mas dulces de su vida, levantóse, y dando lacónicamente las gracias al foragido, volvió la espalda para irse á desahogar libremente su despecho.

Mirábalo Jaime con amistosa compasion; y determinado á no dejarle partir de aquella suerte, lo asió del brazo y detúvole diciendo:

—No hay que amilanarse, señor D. Rodrigo; mayores son los enemigos que yo tengo, y esto no obstante los combato y los desprecio.

—¡No hay que amilanarse!—respondió el jóven con desesperado acento;—¡no hay que amilanarse!... Ah! por mucho que fuese mi valor, nunca seria capaz de resistir al sentimiento de perder de un golpe las ilusiones de mi corazon y las recompensas de mis servicios. ¡Qué consuelo hay para aquel á quien quitan el elemento de su orgullo y la esperanza de su pecho, lo que constituia el brillo de su opinion y lo que halagaba las ilusiones de su espíritu!

—Sin embargo, no te has de ir sin conocer lo que vale la amistad de un hombre, aunque rústico y bandido, franco, generoso y resuelto. No puedo ofrecerte guardar prisionero á ese D. Judas de Elche, en razon de ser protegido de mi camarada Amoros, á quien sirvió en otro tiempo; pero

yo andaré á la zaga de sus proyectos, y me ganaré espías en su misma casa á fin de desbaratarlos. Por el pronto no enviará el despacho de Leopoldo sin que tropiece yo con él en el tránsito de esos caminos reales; y como tratase de remitirlo por el correo, registraré las balijas hasta apoderarme de tan importantes documentos. Averiguaré tambien en qué casa de Murcia se oculta tu enemigo, te lo avisaré, y lo retas, y lo citas para un singular combate. Cuenta empero con que el sitio que elijas caiga bajo mi protección, á fin de no dar lugar á las asechanzas que puedan urdir los parientes. Tu valor me inspira para este lance una confianza segura; no es necesario que lo mates, bastará con que lo hieras, y de este modo, no solo ganamos tiempo para que te justifiques en la corte, sino que desbaratamos el plan que ha concebido D. Judas.

—Pero, ¿cómo quieres que así me desentienda de la delicada mision que con tanto celo me han encargado mis jefes?

—De aquí á dos dias no solo tendrás quien te reemplace, sino que, como te he dicho, dejarás de pertenecer á la milicia.

—Es verdad,—respondió tristemente D. Rodrigo;—pero aun entonces, ¿de qué modo, amigo Jaime, recompenso tu amistad y tus oficios?

—¿No te debo yo la vida? ¿No es por mi causa que te declaran traidor y te quitan el empleo?... Además, tu valentía y tu conducta se grangearon mi afición desde el instante en que con el acero en la mano hice conocimiento contigo.

—¡Y bien... Cuando todo me abandona, cuando no encuentro apoyo en la sinceridad de mi amor, ni en mis servicios, ni en la ilustre memoria del autor de mis días, ¡qué mucho, oh Jaime, me aconseje la misma desesperación no rehusar las ofertas.....

—¿De un miserable foragido?... Ah! si pudieras descender de tiempo en tiempo en lo íntimo de mi pecho, hallarías tal vez un corazón digno de tí, justamente horrorizado de no descubrir en torno sino miserias, latrocinios y desastres. Pues ¿qué! ¿No tienen sus amargas lágrimas de pasajeros, y balbucientes súplicas de tímidos caminantes?... ¡Oh D. Rodrigo! yo te juro que mil veces quise tirar el trabuco, no solo para no presenciar tales lástimas, no solo para dejar de oír tales clamores, sino al efecto de correr tras las dulzuras de una vida menos angustiosa y agitada. ¡Vivir durante el día en continua alarma, temiendo los ardides de cuantos manda el Rey contra nosotros!... ocultarse por la noche para no excitar la codicia de nuestros mismos satélites!... recelar hasta de los

parientes, hasta de la impúdica mujer que nos prodiga sus halagos!... ¡Hé aquí la eterna, la infernal agitacion de un miserable proscrito!

Aquí calló algunos momentos, cubriéndose el áspero rostro con las manos...

Contemplábase Rodrigo con religioso silencio, figurándosele oír sus reprimidos sollozos, sus sofocados suspiros...

Serenóse despues de un rato el bandolero, y esforzándose en aparentar cierto sosiego, siguió con voz mas corriente y apacible hablando al oficial de esta manera:

—Cuando no hay lance nocturno, despídense al ponerse el sol las gentes de mi cuadrilla, y busca cada uno grutas y madrigueras ignoradas de los demás para librarse de la traicion encubierta. Pregónanse por el pueblo nuestras cabezas, excítase con las recompensas la avaricia de los hombres, y ya no descansa el ánimo, temiendo siempre los dogales de una horca, la perfidia de otro ladron, los puñales de un amigo...

—¿Y no seria mejor que, retirándote á otras comarcas, buscases la quietud de que careces en los honrados medios de hacer decente fortuna?

—¿Cómo quieres que se doblegue al trabajo un hombre acostumbrado á vida activa y errante, holgazana y caprichosa?... A lo menos me ha

proporcionado mi industria cierta seguridad y dominio en esta Sierra, al paso que un instinto de moderacion y buena crianza el aprecio de los mismos que tienen la mala suerte de caer en nuestras manos. Ah! tú me defenderás algun dia ante los jueces, y no tanto para justificar el servicio que te debo, como al efecto de dar pábulo á la generosidad de tu carácter.

—No lo dudes, Jaime... y si el destino coronase mis deseos, creo que el mismo ángel por quien tanto te interesas te proporcionará los medios de vivir de otra manera.

Separáronse esto dicho, empezando para entrambos una conexion, que hasta el desenlace de estos sucesos no debia entibiarse ni romperse.

Pasóse algun tiempo antes de que nombrasen coronel á Leopoldo, pero muy pocos dias para que recibiese Portoceli su retiro. Acaso desconfiando Moncadí del plan trazado por D. Judas, ó impaciente al ver lo que se retardaba su ascenso, apeló sin mas demora al perverso recurso de enagenar las potencias de la angelical doncella.

Por mas que nadie sospechó en los autores de este crimen, y que el éxito de la bebida no hubiese sido tan completo como el cirujano prometiera, no dejó de jurar Portoceli la venganza de Leopoldo y de D. Judas, apresurándose á retar al

primero desde que por medio de Jaime averiguó su domicilio.

Ya ha visto el lector cómo se aprovechó Moncadí de la tardanza de su desesperado rival, para no esponerse sin duda á la exaltacion de su furia y al justo castigo que le anunciaban los remordimientos de su conciencia; bien que la suprema Justicia que gobierna el mundo le hizo hallar una mutilacion vergonzosa en el propio instante que se jactaba de quitar los obstáculos á su amor y á su lujuria asesinando cobardemente á su contrario.

VIII.

Y á par que advierten al gallardo ciervo
Sueltan del lazo los hambrientos canes...

VALBUENA.

Los últimos reflejos del sol doraban las altas torres de la ciudad de Múrcia, cuando el discípulo y aprendiz de D. Judas Rusell entraba por sus espaciosas puertas con semblante taciturno y pensativo.

No habia mucho que dejara al bandolero Jaime en los pericuetos de Clevillente, y estaba resuelto para evacuar sus encargos á arrostrar toda suerte de peligros.

Metióse por un barrio solitario, y dió al fin con cierta calle, seguramente la menos transitada de su recinto, la cual anduvo recorriendo como si cotejase las señas de alguna habitacion que llevaba *in mente*, con las que le ofrecian las casas de tan apartado cuartel.

Despues de recorrerla no sin detencion é incertidumbre, decidióse por una tan modesta en su frontispicio como cómoda y holgada por lo que en lo exterior podia juzgarse.

Metióse en su zaguan, que ofrecia bastante desahogo; y habiendo llamado con tiento, salióle á recibir para ver lo que queria una mujer algo entrada en años, bien que sin presentar indicios de achacosa ni decrépita.

Preguntóla el mozo si podria hablar á su amo de parte del hombre de la Sierra, expresion que trocó en afabilidad la aspereza y desconfianza de aquella ama de gobierno.

Introdújolo en una salita regularmente alhajada, donde entró á poco rato D. Rodrigo y púsese á conferenciar con el mensajero.

Hablaron de los vagos planes de D. Judas, de la desgracia sobrevenida á Moncadí y de la influencia universal del Barbudo en todas aquellas tierras.

Participóle el mozo que ni él ni Jaime habian podido averiguar la impresion que habria hecho al cirujano el infortunio de su protegido, ni los nuevos proyectos que habria trazado, tanto con objeto de llevar adelante el casamiento, como de vengarse de Portoceli y del Barbudo.

—¿Pues cuál ha sido entonces la ocasion de tu

mensaje?... Aguardábate con ansia á fin de saber todo esto é imaginar eficaces medios contra la maligna intencion de nuestros enemigos; y segun voy viendo obran con tanta cautela, que hasta al Barbudo se ocultan sus vengativas tramas.

—No obstante, es preciso averiguarlas; Jaime me ha encargado repetírselo á V., diciendo que, á falta de otros recursos, se procurase una entrevista con doña Julia.

—Pero has de saber que no me atrevo, en razon á que, desde mi combate con Leopoldo, me siguen los pasos para pillarme con ella.

—Gran desgracia, señor, si no hubiese ya atinado nuestro Jaime en desvanecerla. Díjome, pues, que siendo los dos á poca diferencia de igual talla, debia calzarme las botas de V., embozarme en su capa, llevar el sombrero de galon que comunmente lo distingue, y dar con tal equipaje algunas vueltas por los sitios mas públicos de la ciudad, en tanto que con diferentes arreos procuraba V. hablar á la señora hija de los Condes, y conocer por ella el estado de la injusta persecucion de sus parientes.

—Pues manos á la obra; empieza á anohecer, y la hora no puede ser mas propicia. Con ayuda de mis hábitos desviarás fácilmente á los alanos de la buena pista. Y no es necesario que diva-

gues mucho: bastará con que des cuatro paseos para que te descubran, te espíen y te sigan, viniéndote despues aquí, en donde aguardarás hasta que yo me recoja.

En un momento se verificó la trasformacion; ya hemos dicho que la estatura de Santiago era poco mas ó menos la misma de D. Rodrigo, y habiéndole éste adiestrado en el modo de llevar la capa y de imitar sus pasos y el aire de su persona, nadie hubiera dejado de equivocarle con nuestro héroe.

El supuesto D. Rodrigo salió por la puerta principal llamando la atencion de todo el barrio, al paso que el disfrazado Portoceli escapaba por otra correspondiente á un callejon escusado, y dirigiéndose hácia las ruinas contiguas al jardin de la casa del Conde, para ver de conferenciar con su querida.

Razon será, sin embargo, que dejemos á los dos amantes comunicándose sus cuitas y repitiéndose el juramento de sus amores, para que sigamos el altivo paso que llevaba el aprendiz de don Judas.

Erguido y satisfecho de sí mismo, como todo el que representa algun papel algo superior á su esfera, recorria los principales sitios de la poblacion ufano de su importancia y revolviendo allá

en su mente lisonjeras ilusiones de vanagloria y fortuna.

Como estaba acostumbrado á atravesar las calles sin que nadie reparase en su persona, placíale sobremanera la atencion de que usaban generalmente los transeuntes, y los saludos que le dirigian personas de noble carácter.

Tales muestras de respeto no hacian mas que engendrar nuevas vanidades y esperanzas en su ánimo, por manera que á cada vuelta se presentaba mas tieso, semejante á uno de esos reyezuelos de comedia que con tanto énfasis representan los famélicos cómicos de la legua.

No poco acrecentó su orgullo el reparar que le iban siguiendo dos hombres á cierta distancia embozados en sendas capas. Tomólos por satélites de Leopoldo; y deseoso de divertirse á costa suya y hacerles pagar caro el espionaje, resolvió llevarles á buen trote por toda la ciudad, y meterles en las calles peor enlosadas y mas sucias. Reíase él mismo de tan feliz ocurrencia, y poniéndola inmediatamente en ejecucion, comenzó á describir tantos giros y revueltas, y á engolfarse por tantas callejuelas y encrucijadas, que bien pusiera á prueba la ligereza del mas suelto cazador que hubiese pensado irle al alcance.

Sin embargo, volvía de cuando en cuando el

rostro con disimulado movimiento, y notaba siempre á tiro de ballesta los mismos bultos con una tenacidad y diligencia que le admiraba y encendia en irresistibles deseos de burlarles.

A todo esto habia ya rato que desapareciera el crepúsculo de la noche, y que alumbraba las calles la escasa luz de los faroles.

Las gentes dejaban de transitarlas; ni se oia el bullicio del hogar, ni el martillo del artesano; antes todo iba sumergiéndose en un sepulcral silencio.

Cansado de sus correrias, á la par que satisfecho de haber logrado despernar á los que acechaban sus pasos, determinóse Santiago á dar la vuelta hácia la habitacion de D. Rodrigo, al tiempo que advirtió que aquellos bultos se le aproximaban de modo como si quisieran insultarle.

No iba enteramente desprevénido, por lo que echando mano á una pistola del cinto, se puso en disposicion de sostener cualquier ataque alevoso. Dobló el ángulo de una esquina y percibió muchas inmediatas las recias pisadas de uno de los espías; quiso apretar el paso, y lo apretó el otro tambien; remó y agitóse para alcanzar sitio mas concurrido, pero sobre hallarse muy distante de todos ellos, conoció con harta zozobra que la hora no era oportuna, que se hacia preciso luchar, y

arrepintióse aunque tarde de su juvenil imprudencia.

A todo esto iba sonando mas cerca la torpe y pesada andadura de su enemigo, y parecíale olfatear su tosco aliento y sentir su resuello aguardentoso y villano.

Metido entre la espada y la pared, saca el pobre mozo fuerzas de flaqueza, y con la pistola en la mano vuélvese súbita y resueltamente contra el descomedido sayon que le perseguia, al tiempo que descargando éste un hachazo descomunal sobre sus hombros lo descoyunta y lo rinde.

Cae Santiago arrojando sangre por narices y boca y soltando lastimosos gritos, mientras anda tentándose el otro en busca del puñal para acabar á su sabor con el malogrado mancebo.

—¿En qué te detienes?—preguntóle el compañero que habia estado atisbando desde alguna distancia el éxito de tal alevosía.

—En registrar la navaja para abrirle una compuerta de ocho puntos.

—¡Qué navaja ni qué demonio!... dale otro par de hachazos, y ganamos de un salto la casa de D. Leopoldo.

No me da gana, que quiero holgarme con su cuerpo.

—Huélgate enhoramala con los cuernos del de-

monio... ¿No ves, mandria, que cada grito de esos que pega atrae sobre nosotros, más listos que un escuadron de perros, á todos los escribanos de la villa?... Venga acá el chuzo, y vete á holgar si gustas de zambra con el colmilludo holicico de tu abuelo.

Y echó mano aquel hombre maligno al hacha pesada de Crispin, y dando con ella tres ó cuatro porrazos en la cabeza del caido, hízole exhalar en breve el último aliento.

—Ahora díle que se levante.

—¿Si le parecerá á maese Rusell que hubiera podido tenerse en pié desde el primer torniscon que le arrimé al cogote?... La verdad, teníalo por hombre mas recio é iracundo, y veo que media muñeca me sobraba para dar con él patas arriba.

—Ea, vente conmigo, y te llevaré por donde no corras riesgo de topar con la justicia.

—¿Y á qué sitio hemos de ir, maestro?

—A la habitacion de D. Leopoldo.

—Un cuerno...

—Pues?...

—A la taberna á refrescarme un poco la sangre, como tengo de costumbre siempre que descargo un buen golpe.

—Conmigo has de venir, zopenco, que no es

razon perdamos por tu culpa la reputacion y la vida.

A pesar de que pasaba en voz baja este sombrío diálago, no dejaron los vecinos de percibirlo, y como les habian asustado los clamores del doliente, determináronse á gritar socorro desde las azoteas, y á entreabrir quedito las ventanas.

No aguardó D. Judas á que se repitiesen estos indicios de alarma, antes dejándose al bárbaro Crispin junto al cadáver de Santiago, puso los piés en polvorosa, echando á correr por aquellas encrucijadas con paso tan silencioso y rápido, que no le aventajara la mas inmunda hiena cuando olfatea á larguísima distancia el rústico cementerio encajonado dentro de las tapias de alguna campestre villa.

—¡Llévente dos mil demonios!....—murmuró Crispin con feroz sonrisa de desprecio;—si pudieras vender á peso de oro el miedo que tienes metido en ese cuerpo, yo te aseguro que en breve hilarian de tu cuenta cuantos gusanos de seda se crián en las orillas del Segura. ¡Vaya un hombre!... suelto para levantar la caza, taimado en disponer la red, pero cobarde en el momento de sacudir al abejorro. ¡Vaya un hombre!...

Y así diciendo encaminóse como si nada hu-

biese hecho á cierta taberna de que era oficioso parroquiano. Pero avínole muy mal que andaba ya por el barrio algo diligente y despabilada la justicia, de modo que sin poderlo evitar y no queriendo huir por no hacerse reo, dió de hocicos con una gentil comparsa de alguaciles, que unánime le detuvo por hombre sospechoso.

Mandó el que los capitaneaba arrimar los faroles á su rostro, y al notar la rudeza de sus facciones, la negrura de su piel y el mal pelaje de su asquerosa persona, ordenó que lo registraran, con lo que halláronle, además del puñal, otros mil instrumentos de sus bellaquerías y latrocinios.

Sin mas preámbulos dieron con él en un calabozo húmedo, lóbrego y lleno de sabandijas.

Un jarro de agua y un poc^o de paja en que acostarse componian su adorno, y no disfrutaban mas luz sus pringosas paredes que la que comunicaba cierta especie de rendija ó claraboya sutilmente practicada en lo alto de la bóveda.

Echó Crispin una sombría ojeada al aposento al tibio vislumbre de la opaca linterna del carcelero; y sin mostrar pesadumbre de estancia tan desaliñada y rústica, arrimóse al ángulo de la paja, y echóse en ella alargando los piés para que le acomodasen los grillos, como hombre ya acos-

tumbrado á las ceremonias de tal recibimiento.

—Cuidado,—dijo el alcaide,—que apenas tengo hierros para tan robustos carcañales.

—En efecto,—respondió el mozo que se los ponía,—tal debe de correr ese mastin!...

—¿Pues cómo te estabas tan quieto,—preguntóle el alcaide,—siendo así que de un brinco hubieras burlado la ronda?

—Quietos!—murmuró Crispin...—ya se vé; el hombre que va su camino no se cura de correr para que los señores golillas no formen mala sospecha.

—Pero sí por no caer en las garras de la justicia, hermano.

—No estoy de humor de disputas; si esa señora se precia de caritativa, tráiganme como obra de tres ó cuatro libras de queso y siquiera dos azumbres de aguardiente, y déjenme comer á mis solas y en sosiego el pan del Rey.

—No acostumbramos regalar de esta suerte á nuestros huéspedes, pero cuenta sin embargo con medio pan de municion y un jarro de agua purísima, alimento sano y á propósito para despejar tu juicio. Así responderás al juez, en términos que no te arranque una sílaba que perjudicarte pueda.

Cerraron entonces la puerta del calabozo, y de-

jaron en soledad espantosa al antiguo camarada del Barbudo. Todavía percibió el ruido de otros cerrojos correspondientes á puertas mas distantes, y el eco de los pasos del alcaide y sus satélites perdiéndose por los abovedados corredores de aquel inmenso edificio.

No amilanándose empero ni haciendo alto siquiera en la triste perspectiva de su situacion, trató de acomodarse como mejor pudo y supo, de suerte que menos sintiese el peso de los grillos, y echóse á dormir á pierna suelta, muy persuadido de que el favor de D. Leopoldo lo habia de sacar á la hora menos pensada de tan custodiado encierro.

Dejémosle entregado á su estúpido reposo, y veamos qué es lo que hacian los demás personajes de esta historia.

Ya puede considerarse que no tardaron á saber la prision de Crispin los que lo habian empujado á tal asesinato, cosa, para decir verdad, que los puso en el mayor conflicto, pues temian la declaracion de aquel hombre sin ley, dispuesto á revelarlo todo, ó para librarse del castigo, ó para vengarse de los que no se esforzasen en protegerle.

Pero su mas cruel angustia fué que hubiesen errado la víctima, sacrificando á un jóven desco-

nocido en vez de aquel cuyo mérito se oponia á la venganza y elevacion de entrambos.

La pena que no pudieron menos de causarle estos contratiempos, enconó algun tanto la herida de Moncadí, bien que no tan de recio que le prohibiese el facultativo salir del lecho para dar alguna vuelta por la estancia.

Reclinado, pues, en un gran sillón de damasco, y suspendido el brazo de un cabestrillo pendiente del hombro, hallóle D. Judas al segundo día de la muerte de Santiago.

Aunque su presencia infundia cierta pesadumbre á Leopoldo, no dejaba de conocer que estaba bajo el dominio de este varón mal intencionado, tanto por el auxilio que clamaban los agudos dolores de su herida, como por los medios de llegar á su venganza; pero sobrellevábalo con paciencia, puesto que no era ya posible retroceder.

En tanto manifestábale el otro con su humillacion rastrera, que se alegraba de encontrarle mas tranquilizado y pacífico.

—Sí por cierto...—respondió Leopoldo con toda la aspereza de su humor hipocóndrico;—ni mas ni menos que un miserable can acometido del mal de rabia. Acércate á reconocer la herida, y verás chispeando en ella todo el veneno de mi corazón. Pero cuidado con lo que haces, hombre;

anda despacio y con tiento; mira que me escuece mucho; mira, vive Dios! que si la azotara el ala de un leve mosquito, habíame de parecer inflamado puñal ó hierro agudo...

—No hay que temer,—repuso D. Judas con cierta sorna;—ahora mismo derramaremos un bálsamo sobre ella, capaz de refrescarla y quitar esa irritacion que V. S. sufre con tanto ánimo.

—¿Con ánimo, pícaro? ¿con ánimo?...—repitió Moncadí rechinando los dientes y desgarrando entre ellos un pañuelo para desahogar la ira causada por la violencia de sus dolores;—la sufro como sufriría las llamas del purgatorio. Arde y humea el hueso de ese tronco ni mas ni menos que el acero que sacan de la fragua, y aún creo que lo has de oír silbar en cuanto lo rocíes con el bálsamo de que hablas.

—No dude V. S. de su eficacia respecto de las dolencias del cuerpo; despues probaremos remediar las del espíritu.

—Judas Rusell,—exclamó el doliente cuando á beneficio del bálsamo percibió un inesperado alivio,—Judas Rusell, convengo en que eres hombre muy diestro para hacer insensible el cuerpo á la agonía sutil de esos dolores, pero algo menos docto para calmar la efervescencia del ánimo.

—Verdad es que debe ser exaltadísima, sobre

todo desde la prision de ese alano de Crispin.

—Fácilmente me consolara de su muerte, aunque perdiese un brazo que podria serme útil.

—¿Pero, cuales son en suma las cualidades de ese bruto?

—Las de un perro de presa, amigo Rusell; tirarse ciegamente á la víctima, y sin ladrar, destrozarla.

—¿Y teme V. S. que cante?

—¡Qué se yo á qué podrá obligarle el necio temor de la horca!... Ello es cierto que mata á un hombre sin lavarse las manos despues; pero á veces todo ese gallo se convierte en aguachirle así que...

—Bueno, bueno; haremos algo por él, á lo que tambien me obliga la justa consideracion de que no dejaba de servirme en aquel golpe, y que al fin no es culpa suya haberlo descargado en quien nada nos hiciera.

—¡Como que emana de tu inapeable torpeza! Porque ¿quién ha visto equivocar un ciervo con un jabalí? Mereceria el que tal yerro comete que le plantasen los cuernos del uno en la boca y los colmillos del otro en la cabeza.

—Pero, ¿no advierte V. S. que no me llama mi profesion al noble ejercicio de fatigar el monte? Y no es decir que no tuve mis dudas al verlo tan

andariego y casquivano; pero la conformidad del traje, la semejanza de la estatura, y la ocasion de haber salido de la misma madriguera me deslumbraron en términos, que sin mas preámbulos soltéle el mastin de V. S., que se tiró á sus orejas con notable rencor y pujanza. Portóse en efecto con tal gallardía, que no he de parar hasta sacarlo del mal paso en que se ha metido por culpa en parte suya, en parte nuestra.

—Apenas te ha de bastar toda la sutileza de que te jactas. No creo que se tarde mucho en arrancarle del buche la confesion del crimen; y una vez la suelte, arrástranlo por los talones á la horca. Ahora, si crees poderlo descolgar del patíbulo, y enderezarle el cuello, y no dejarle señales de la soguilla de esparto, milagro mas reservado al poder de Satanás que á las tretas de tu industria, ya es otra cosa.

—Pardiez!... á decir verdad, nada menos me propongo que obligarle á dar un salto desde el pié mismo del suplicio...

—Fanfarronadas! amigo Rusell; toda la huerta estará mirando la fiesta...

—Pues mande V. S. venir al populacho de cien leguas en contorno, á ver si será bastante para frustrar los ardides de mi ingénio.

—No puede ser, como lo logres, sino que tengas pacto con el diablo.

—Con el diablo no,—repuso el cirujano riéndose de la interpretacion de D. Leopoldo;—pero con gentes dos deditos mas astutas, no lo niego.

—Pues habla claro, perro descreido; que si tratas de divertirte porque me veo alicaído y doliente, yo te juro...

—Basta, esforzado bienhechor mio,—interrumpió D. Judas;—quise decir que contaba con cierto compadre que para semejantes lances vale mucho.....

—Adelante...

—Nada menos que con maese Diego, honrado verdugo de esta capital y su partido.

—Ah!... imposible fuera que un bicho tan venenoso y travieso como tú, no hubiese tenido alguna cuenta que ajustar con semejante funcionario; y eso que manejas todavía los dedos, y se levanta erguida tu cara de mico sobre tus hombros; pero no dejarás de llevar por cierto algun escudo de distincion en las espaldas.

—Calle!... pues no me disgusta que V. S. se chancee, que así me prueba la milagrosa eficacia de mis bálsamos... Por lo demás, mis conexiones con maese Diego no traen otro origen que la venta de membrudos ahorcados por mi regaladísimo dinero.

—Bribon!—exclamó con horror D. Leopoldo;—

¿si pretenderás armar con sus hediondos cadáveres sortilegios y maleficios?

—Ah! ah! ah!... no en mis dias,—respondió el doctor, á quien divertia en extremo la torpeza del enfermo;—lo que yo pretendo, con perdon de su señoría, es disecarlos, anatomizarlos y conocer su disposicion y artificio por medio del prolijo exámen de su estructura. Oh! si se dignara honrar V. S. con su presencia mi humilde laboratorio, quiero decir el gabinete donde estudio, veria mil preciosidades y lindezas, como por ejemplo, la cabeza de aquel célebre malhechor colgada por la justicia en la embocadura del puente, el corazon del otro que se tiró meses atrás desde la torre de la catedral por el gusto de matarse, y hasta el elegante esqueleto de aquella Angustias, que tanta fama dejó de donosa por el pueblo, como de penitente en la galera. Ah! cuánto placer hubiese tenido en colgar tambien la nervuda aunque delicada mano de V. S. entre objetos tan curiosos y peregrinos!

—Al grano, insolente, al grano; mira no te mande echar una mordaza antes aún que me espliques de qué suerte pueden ser útiles á Crispin tus infernales tráfico con maese Diego.

—Decia, señor coronel, que como pueda arreglámelo con éste, y persuadir al otro que sin

descoser los labios se deje llevar al suplicio, seguro de que su muerte no será, gracias á mis artes, mas que figurada y momentánea.....

—Bravo!..... y si pudiéramos, en caso de que rabie por decir algo, ponerle cuatro palabritas en la boca que envenenasen la poca reputacion que le queda á ese fatuo de...

—Valiente idea!—gritó D. Judas frotándose las manos;—no sé cómo no me habia ocurrido cosa tan natural y oportuna.

—Veamos ahora de qué manera salva de la horca tu sagacidad quirúrgica al iracundo mastin que nos roba la justicia.

Empezó D. Judas á desenvolver el plan ante su ilustre discípulo, pero el lector tendrá á bien que dejemos en libertad á tan digna pareja, para que sin estorbo ni empacho trace y combine sus humanísimos proyectos, cuyo resultado no tardará en demostrarnos el sesgo y naturalísimo curso de la historia. Ello es que, aunque compuestos los dos de diferentísimos elementos, estaban tan bien atraillados al efecto de concebir y ejecutar diabólicas travesuras, como aquellos perros de caza, diestros unos en levantarla y sueltos los otros en destruirla.

IX.

DESAGRADABLE AGÜERO.

Nada en efecto se asemejaba menos á la altera ambicion del cortesano favorito, del aromático galan é intrépido guerrero, que aquel cirujanillo hipócrita y servil, que parecia agradecer hasta las injurias, al paso que estaba bien penetrado de la superioridad que le daban su astucia y conocimientos respecto de gentes, si bien ilustres, poco leídas.

Así es que, semejante á un guardian de fieras, atrevíase á tirar de cuando en cuando leves sarcasmos contra las fogosas pasiones de hombres templados por el exasperado tono de Moncadí, persuadido de que con su aire rastrero y humilde disiparia fácilmente la tormenta, de la misma

manera que lanza el jóven indio su ligerísima canoa en las agitadas ondas, seguro de que su misma fragilidad le sirve de egida contra sus embates y vaivenes.

Verdad es, como ya hemos dicho, que el noble coronel odiaba de todo corazon á D. Judas; mas no por eso dejaba de vivir bajo su venenosa influencia, y como fascinado por el siniestro brillo de sus ojos y la ponzoña de su aliento.

Aunque se encolerizaba contra él y lo exasperasen de continuo su imprudencia y su audacia, veíase obligado á ceder, parecido en esto al fogoso bridon, que, juzgándose con bastante brio para burlarse de su conductor, es fácilmente sujetado por el diestro jóven que lo lleva de las riendas.

Y no tratamos de significar que no le pagase D. Judas en la propia moneda, sino que iba simulado su menosprecio bajo ciertas formas equívocas entre la risita adulatora y el sarcasmo de su lengua viperina; mirábalo por un lado muy poco superior á una bestia, y muy capaz por otro de destruir á un semejante suyo, sinó en fuerza de la sutileza de sus artes, por la pujanza de sus miembros ó la influencia de sus empleos.

Era, en suma, respecto de él un hombre sin ingenio y sin caletre, en quien únicamente cam-

peaba lo material, pero de quien se proponia sacar grandes partidas de dinero, único ídolo de su corazon dañino, bien que por la vergüenza que le causaba el vicio de la avaricia, disfrazaba esta pasion rastrera con ingeniosísimos colores.

—El doctor Judas Rusell, decíase á sí mismo al contemplar las medallas de su papelera, no es uno de aquellos miserables usureros que solo admiran el lustre de ese metal, sino un hombre que alcanza el mágico poder de que reviste al individuo sagaz que lo posee. ¿Qué obstáculo podrá haber en el mundo que no se allane con su auxilio? Si apasionado andais de las mujeres, os borra la fealdad, os disimula la poca gracia y os convierte en un Adónis... á los débiles hace poderosos, á los cortesanos, magníficos, y sobrecarga á los que apetecen honores, de cruces, medallas y veneras. En esa humilde gaveta tengo yo floridos prados, ricos alcázares, títulos de hidalguía y cuantos regalos halagar pueden la mísera condicion de los hombres. Hasta la venganza, placer sublime que convierte al mortal en un semidios, tengo metida en tan preciosísima arquita, aunque he preferido siempre proporcionármela por medio del ardid y de la astucia, porque es doble entonces la satisfaccion que resulta de su logro.

Tales eran las reflexiones que hacia nuestro

benéfico facultativo siempre que visitaba su tesoro y al salir ahora de la casa de D. Leopoldo Moncadí.

Embebido en los últimos planes trazados con el coronel para perder á Portoceli, dirigíase á dar una vuelta por la huerta al efecto de meditarlos mas despacio, cediendo voluntariamente la acera á cuantos iba encontrando por la calle, y quitándose oficioso el sombrero, no menos para saludar al título ó al hidalgo, que para corresponder al modesto menestral ó al simple sacristan de monjas.

—Miserables! pensaba el muy bribon en tanto que prodigaba estas genuflexiones; si penetrarais lo que encierran las compactas paredes de cierto cajon mio, á buen seguro que os pondríais de rodillas para rendir homenaje á mi encogida personilla. Pero algun dia me he de vengar de vosotros, ni mas ni menos que de ese estúpido Moncadí, tan pródigo de dicterios y de afrentas. Bien es cierto tambien, para alivio y desahogo mio, que suelo levantar recias tempestades en su corazon preñado de ignorancia y de orgullo, y que en eso de darle flechazos... hem! hem! hem!... no acostumbro quedarme muy atrás de su señoría.

Mientras endilgando esos piadosos discursos

proseguia su rumbo hácia las puertas con la humildad de un novicio, corrieron varias mujeres detrás de él y detuviéronle diciendo:

—¡Bendito sea Dios! Hé aquí el hombre que nos hacia falta, el hombre cuyo socorro para estos casos es único y eficaz.

Y rodeábanle al mismo tiempo y acariciábanle en muestra de la necesidad que tenían de su persona.

—Está bien, comadres, está bien,—respondia D. Judas revolviéndose entre ellas;—gracias..... no soy tan docto como decís... ni tan caritativo... hago lo que puedo... procuro sobre todo consolar al pobre... pues! al pobre... porque todos lo somos, hermanas mias... pero...

—Digo y lo sostengo,—exclamó una de las tias,—que es V. el barbero mas diestro de toda España.

—Ya, pero...

—¿De España digiste?... y aún de Murcia,—interrumpió otra;—poco alcanzas su habilidad, cuando andas tan escasa en los encomios.

—Bueno, bueno, comadre; todo eso está muy bien, pero...

—Sí señor, y no hay *pero* que valga, honradísimo D. Judas; que nada me ha incomodado usted

por aquel piquillo de la caída que dió mi pobre Juan cuando echaban el tejado á la casa de los Gremios.....

—Ni á mí por la sangría que aplicó á la mula de mi hermana.....

—Ni á mí por aquel tumor de la vaca de mi suegra.....

—Ni á mí por eso.....

—Ni á mí por lo otro.....

Y empezaron á soltar juntas la taravilla, de suerte que formaban una revolucion infernal.

Varias veces tentó el cirujano escabullirse, pero teníanlo tan bien sitiado, que no le fué posible á pesar de su mucha maña en encogerse y doblegarse.

Apaciguóse al fin un poco aquel discordante vocerío, y enteraron entonces al mareadísimo facultativo de Elche de que no se trataba de vacas ni de mulas, sino de un niño que se le estaba muriendo á cierta comadre de todas ellas, la cual comadre le habia dado á mamar una leche inficionada de resultas del susto que recibió cuando la llevaron á casa el cadáver de un sobrino suyo, á quien dos dias antes habian asesinado en la calle gentes dejadas de la mano de Dios.

Apenas hizo alto D. Judas en esta última cir-

cunstancia, pues enteramente dado al interés de su profesion, preguntó si sabian la naturaleza de la enfermedad del niño.

—Se va hinchando como un sapo, y se pone tan encendido, con unos ojazos que le salen de la frente, y una baba que...

—*Malum signum, malum signum!*—exclamó el cirujano.

—Lo que verdaderamente tiene, señor doctor,—gritó otra de las presentes,—son una especie de tarugos que llaman enginas...

—*Cinanche trachealis*: enfermedad mortal, que corre legua por hora. Llevadme allá, hijas mias, y dadme que sobre la marcha lo emplaste, lo bizme y lo jaropee, que yo os aseguro su salvacion solo con que lleve á la muerte dos deditos de ventaja.

Guiáronlo con grande algazara á calle no muy distante, y metiéronlo en una casa de humilde aspecto, dentro de la cual entonaban á la sazón varios religiosos el lúgubre canto de los muertos. Hubo de atravesar una pieza, sin duda la mas capaz de la habitacion, en medio de la cual yacía tendido sobre un féretro el cadáver de cierto jóven, en quien reconoció no sin pasmo á Santiago, el aprendiz de su tienda.

Turbóse el hombre, y púsose á mirarlo con

ojos en que se pintaba una admiracion estúpida y sombría. Y no fué esto lo que mas le sorprendió, sino venir en conocimiento por los informes que le dieron, de que aquel malogrado mozo habia sido precisamente la víctima de su equivocacion y del hachazo de Crispin.

No dejó de preguntar con repetidas instancias si sabian qué objeto lo trajo á Múrcia, curiosidad que no pudieron satisfacerla la tia del difunto, ama de aquella casa, ni las demás comadres que la acompañaban en su malandanza.

No obstante su carácter inhumano y únicamente sensible á los atractivos del oro, sintió en lo íntimo de su pecho haber sido verdugo de un muchacho á quien queria, por manera que estuvo casi dudando si verdaderamente podria ser castigo del cielo, ó provechosa leccion de algun santo que lo patrocinase.

Apresuróse á desempeñar con el tierno niño las atribuciones de su ministerio, y salió mas que de prisa de una casa donde habia un espectáculo tan lúgubre, que le echaba en cara por vez primera su malignidad diabólica, y hacía le probar los remordimientos de su corrompida conciencia.

Ya lanzado, sin embargo, con gigantesco impulso en la carrera del crimen, para retroceder, á

lo menos antes de vengarse de los que creia enemigos suyos, sofocó aquel leve estímulo de arrepentimiento, y preparóse á bajar al calabozo de Crispin para enterarle del último plan, y disponerle á que no desmintiese la parte que en él le correspondia, cosa indispensable para su salvacion y la de sus cómplices.

X.

NUEVOS LANCES DE LA VIDA DE UN BANDOLERO.

No lo acompañaremos á la lóbrega cárcel, donde yacía gruñendo y blasfemando contra él y D. Leopoldo el antiguo verdugo de la cuadrilla de Jaime.

Dejémosle que haga penetrar momentáneamente entre sus tinieblas el brillo de una luz trémula y opaca, y que medite nuevos atentados en compañía del bárbaro que allí se encierra; y trasladémonos de un salto al fondo de cierto bosque situado entre Murcia y Clevillente.

Los árboles que lo formaban tenían todo el vigor y la aspereza de los que, criándose en largos despoblados, nunca sienten la mano simétrica del hombre; y como se elevaban en su recinto va-

rias colinas de bastante altura, entrelazábanse con los de su pendiente los mas robustos del valle, y componian de esta suerte una selva verdaderamente enmarañada y sombría.

Pasaba á muy corto trecho el camino real de Murcia, describiendo retorcidas revueltas, miradas de los transeuntes como puntos de siniestro augurio por lo que favorecian la malvada intencion de los bandoleros.

Añadiase á esta circunstancia la de saberse positivamente que las cavernas de este bosque, como mas entapizadas de yerba, oreadas y frescas que las de Clevillente, les servian de regalo, y que solian pasar allí con sus mujeres ó barraganas, y pública y escandalosamente solazarse sin respeto á las costumbres ni temor de las justicias.

En el momento, no obstante, de que hablamos, reinaba en tan dilatada selva el mas tétrico silencio; no se oia otro rumor que el viento silbando por los altos pinos, el grato murmullo de fugitivos arroyos, y algun rápido gorgceo de tímidas avcillas.

Sin reparar en estos agradables objetos, ni manifestar recrearse por el temple primaveral de tan pintoresco sitio, con los brazos cruzados sobre el pecho daba vueltas por entre los árboles

el barbado capitan de los bandidos, sumergido al parecer en serias reflexiones, y ofreciendo la imagen de un hombre próximo á cometer un atentado contra sí mismo.

Cuando mas daba á entender con tal enagenamiento que se hallaba á infinita distancia su espíritu de aquellos lugares, distrájole á deshora el alegre rumor de chillones cascabeles anunciando lucida comparsa de arrieros que iba á pasar por el inmediato camino con sus mulos enjaezados, encascabelados, llenos de lucientes planchas y de flotantes cintas, segun ataviarlos suelen los gentiles zagales de aquellas provincias.

Jaime aplicó el oido como para averiguar si venian de Murcia ó si se dirigian á ella; y mientras estaba atento á tal observacion, hirióle la voz de uno de ellos, que con el aire melancólico que acostumbran, iba cantando la siguiente copla, ó para alentar á la recua, ó para sobrellevar con mas dulzura las fatigas del viaje:

Al fin en alto suplicio,
Sin que librate presumas,
Pagarás para escarmiento
Bárbaro Crispin tus culpas.

—¡Harto merecido lo tiene!—exclamó el Barbudo con lastimoso acento;—¿quién le manda se-

pararse á su antojo de mis órdenes, y exponerse sin mas ni mas á la desatinada cólera de los alguaciles murcianos?

Interrumpióle de nuevo el arriero con estos versos del mismo romance:

En balde romper las cuerdas
Cual can rabioso procuras,
Y al santo varon desoyes
Que altas verdades te anuncia.

Recios ¡ay! son los dogales,
Colérica está la turba,
Andan sueltos los ministros,
Canta el pregon tus injurias.

Y es vana ya tu porfía,
Vana tu sangrienta furia,
Y lo será muy en breve
La del Jaime á quien acusas.

¡Ay de mí!—prosiguió el Barbudo;—sobrada razon llevas en pronosticarme un fin desgraciado y prematuro! Tambien me lo pronostican mis remordimientos y mis sueños... Pero ¿por qué te olvidas de que á ese mismo, cuya muerte tanto apeteces, debes la poca seguridad que se disfruta en estos montes? Y no es decir que no deteste esa vida vengativa y turbulenta, sino que temo á mis enemigos, y á los mismos á quienes hice bien, y á cuantos reciben deleite en ver espirar

en alta horca á un hombre reputado de valiente.

Ibase disminuyendo el eco de los cascabeles y las voces á medida que doblaba la recua un altillo colocado á cierta distancia del Barbudo, y volvía éste á caer en un silencio todavía mas tétrico, cuando al reparar en el bulto de una persona errando por la misma selva, dirigióse á ella y empezó á decirle:

—¡Cómo tan tarde, señor D. Rodrigo! Hace tres horas mortales aguardaba á V. en este bosque. ¿Qué es de nuestros enemigos? ¿qué tal lo pasa el hermosísimo objeto de sus amores?

—Va recobrando la razon, amigo Jaime, aunque manteniéndose firme en el propósito de no apartarse de sus filiales deberes. Esta noche pasada tuve por el jardin larga conversacion con ella; mostróse mas tierna, mas generosa, mas apasionada que nunca, pero constante siempre en no abandonar al Conde.

—¿Y Leopoldo?

—Encerrado en su casa conferenciando con D. Judas, y fraguando nuevos medios de perderme. Ya supísteis el hachazo que destinaban á mi cabeza y derribó de los hombros...

—¿La de aquel infeliz que nos servia?... Lo sé, señor D. Rodrigo, y aunque me felicito de haber librado la vida de V. por el ardid que sugerí al

efecto de que conferenciase con doña Julia, no dejo de sentir en lo intimo de mi corazon cierto pesar de su muerte, como inocentemente ocasionada por mi causa. Ah! si posible me fuera descubrir al pícaro que se alquiló para semejante atentado...

—Pues ignorais que es uno de vuestra pandilla?...

—¿Cómo de mi pandilla?

—Y tanto, que Leopoldo y D. Judas hacen recaer públicamente en vos la sospecha de tal asesinato. Iban con el mayor escándalo diciendo que habíais querido vengaros en el mensajero de entrambos, al mismo tiempo que me ponian anónimos dándome caritativos consejos para que, en vista de tal ejemplo, desconfiase del Barbudo.

—¡Oh pérfidos!—exclamó Jaime rechinando los dientes y como descargando una tremenda cuchillada.

—Por lo que á mí toca,—prosiguió el oficial,—lejos de creer en las apariencias de tal vileza, ni un momento me he detenido en venir á la cita que me dísteis, pues sé que os calumnian, Jaime, y que ninguno de ellos es digno de campear siquiera á vuestras órdenes.

—A lo menos encuentro en V. un hombre que hace justicia á la desgracia de mi situacion y á

los sentimientos de mi pecho. Ah! como logre verle feliz y recibido en el mundo con el favor que á su mérito se debe, juro valerme de su mediacion para lograr el indulto y dar un eterno adios á esa inmoderada libertad y á esas agitaciones continuas que con tanto imperio nos seducen, bien que espero poner igualmente en juego la de cierto personaje no menos generoso é ilustre.

—El malvado de que se sirvieron para asesinar-me está en capilla, y no tardarán en conducirlo á la horca. Quiso suponer en el interrogatorio que hizo aquella muerte asalariado por mí; pero faltando las pruebas en que apoyarla, y alegando además razones superiores á su ingénio, muy diversas de las que llevado de su rústico caletre pronunciar solia, sospecharon los jueces que aquello era sugerido de algun ruin enemigo interesado en perderme. Sin embargo, nunca quiso el hombre desdecirse; confundíanlo con ingeniosas preguntas, pillábanlo en palmarias contradicciones, redugéronle, en fin, á que no abriese los labios por no proferir mas sandeces; mas no lograron remontarse al claro y verdadero origen de aquella trama.

—¡Perezca de mala muerte el pícaro que por perversidad se aparta de la moderada conducta

que tanto les recomiendo! Pero Crispin ha de tener alguna esperanza de salvarse... de otra manera, yo sé, porque lo conozco bien, que no hubiese dejado de delatar á D. Leopoldo y á D. Judas. Supuesto que está en capilla, y ni uno ni otro son hombres para arrancarlo ya de la cárcel ó del pié de la horca á viva fuerza... mucho me engañaría, señor D. Rodrigo, si no anduviese en la danza algun trato secreto entre el cirujano y el verdugo...

—¿Y cómo es posible que...

—Varios lances podria referir á V. si la ocasion me lo permitiese...

El lejano rumor de algunos bandoleros que venian corriendo, cortó en esta frase el coloquio del Barbudo y Portoceli.

Volvióse Jaime hácia los que mas se adelantaban, los cuales empezaron ya de lejos á instruirle de que habia sido sorprendida la cuadrilla á las espaldas del bosque.

—Pero se resisten,—dijo Jaime oyendo el tiroteo...

—Solo sacan fuerzas de flaqueza,—respondió el bandido,—pues la desesperacion y la esperanza de que acudas pronto á su socorro, les obliga á presentar cara al peligro, no obstante de ser muy superior el número de los contrarios.

Sin responderles palabra previno Jaime al caballero que tuviese la prudencia de ponerse en salvo mientras acudia al auxilio de su gente.

Encaminóse enseguida con increíble rapidez al sitio de la refriega; y D. Rodrigo, que lo iba siguiendo á lo lejos para ser testigo de aquella escena, viólo llegar al campo de batalla, reunir á los bandidos que andaban dispersos, ponerse á su cabeza, acometer un altillo, aturdir á trabucazos los soldados de la ronda que lo defendian, y apoderándose de él, defenderse desde allí como si fuese inespugnable ciudadela.

Tan pronto dividia su gente como la reunia en peloton; tan pronto amenazaba á un grupo de enemigos como caia sobre otro, ageno entonces de semejante acometida.

Su destreza en disponer y repartir los hombres que mandaba, su agilidad en saltar barrancos y trepar por los montes, su astucia, por último, en engañar á los que desconocian este modo original de hacer la guerra, le daba una superioridad tan decidida, que muy en breve hubo de fatigarles, desesperarles y aburrirles.

Cuando los tuvo rendidos, al ronco son de una caracola reunió toda su gente y verificó la retirada con cierto aparato de orden hácia lo mas selvático del monte.

No bien llegaron sus satélites á tomar posicion ventajosa en su falda, empezaron á insultar la torpeza de sus perseguidores y á levantar hasta las nubes el arrojo y pericia del impávido adalid á quien nuevamente debian la salvacion de todos.

Sin dar muestras de complacerse en semejantes elogios, mandólos Jaime apostar de modo que no cometiesen la sandez de dejarse sorprender de resguardos ni miñones, y fuese á registrar la selva por si le era posible encontrarse otra vez con Portoceli.

No tardó mucho en descubrirle, y llevándolo al márgen de una apartada fuente, continuaron su conferencia, tanto para adivinar los proyectos de Rusell y Moncadí, como para llevar adelante el empeño de lograr lo que entrambos pretendian.

XI.

¿Por qué así bramas y tuerces,
Torrente de Lucifer,
Si en el mar has de morir
Y en el mar te has de perder?

Serian como las cinco de la tarde cuando se oyó el plañidero son de las campanas de Murcia, anunciando á sus tristes habitantes el próximo fin de un delincuente.

Llevábase en tropel el populacho hácia las calles por donde con fúnebre silencio, únicamente interrumpido por las pías amonestaciones del religioso, iba desfilando la comitiva, compuesta de varios sacerdotes y hermandades, y llevando en alto un devoto crucifijo.

Entremezclábanse con ellos algunos ministros de la justicia ordinaria, y percibíanse á lo lejos los mesurados golpes del enlutado tambor que

precedia á la guardia encargada de custodiar al reo.

En medio de dos religiosos y algo sostenido por los verdugos, caminaba el infeliz arrojando siniestras miradas y manifestándose menos compungido de lo que parecia exigir escena tan imponente.

En vez de atender á las inspiradas palabras del amonestante, esforzabase en repetir que era inocente y que pagaba los delitos de un hombre, á quien por ser de otra clase no perseguian los jueces.

Pero así que, habiendo ya salido de las puertas de la ciudad, descubrieron alzándose en el centro de vasto campo los altos palos de la horca y las escaleras, que se dibujaban en el azulado horizonte, cesó Crispin en su desvergonzada habladería, inclinó la cabeza sobre el pecho, y púsose á gruñir como un marrano y á murmurar de su suerte.

En balde redoblaba el religioso su eficacia, á fin de inspirarle la resignacion de un mártir; la idea que le habia repentinamente ocurrido de que el coronel y el cirujano no tendrían el menor escrúpulo en faltar á su palabra, y de que cuanto le habian dicho no fué quizás mas que un pretexto para que no revelase su complicidad en el crí-

men, hacíale temer la muerte y bañaba sus toscos miembros con el sudor frío que frecuentemente la precede.

Con todo, su suerte era ya irrevocable, é ibanlo arrastrando al fatal instrumento de su agonía, en donde debía permanecer colgado hasta que sirviese de pasto á las aves de rapiña.

Las gentes agolpadas para verle morir eran sin número; de todas partes acudían numerosos pelotones por la fama de haber servido el reo en las filas del Barbudo, y por las medidas que se habían tomado al efecto de frustrar toda tentativa de parte de este bandolero si se arrojaba á libertarlo.

A todo esto subía ya la escalera echando rabiosa espuma por la boca y profiriendo horribles blasfemias contra los autores de su desgracia.

Pidió hablar á los jueces y se lo negaron; sentado en lo alto del suplicio trató de denunciar al público á Leopoldo y al cirujano; pero el verdugo, bien prevenido en lo que debía obrar, púsole la mano en la boca y derribóle desde el penúltimo escalon cuando menos lo esperaba.

Levantóse un grito universal de angustia al contemplarlo cayendo y agitándose por el aire, hasta que al verlo gesticular, cerrar los ojos y torcer la cabeza se convirtió en ferviente mur-

mullo de bendiciones y plegarias por su alma.

Dentro de muy breves momentos descendió el ejecutor anunciando que el reo acababa de espirar. Moviéronse las oleadas del concurso en diferentes direcciones; desfilaron las tropas y las hermandades; volvieron grupa para dar fé los escribanos, y solo quedaron junto á la horca aquellos aficionados intrépidos que no abandonan el teatro hasta haber estudiado el mecanismo de la ejecucion y el ingénio del verdugo en la aspe-
reza ó suavidad del gesto con que muere el delincuente.

Poco á poco fueron desapareciendo de aquel sitio, ya por el cuidado que reclamaba el régimen de las puertas de la villa, ya tambien por temor de que cerrase del todo la noche, dándole con lo fúnebre de sus sombras un aspecto capaz de poner espanto al mas desalmado bandido.

Sobrevino efectivamente tan lóbrega, que apenas habia otra luz que la que de cuando en cuando despedia la luna por entre las averturas rápidamente formadas por las nubes.

Y al tiempo que uno de estos fugitivos rayos alumbraba el silvestre recinto donde levantarán la horca, advertíase moviéndose aún el pesadísimo cadáver de Crispin, rodeado de agoreras aves de rapiña deseosas de envainar los picos en sus carnes hediondas.

Yacian, empero, los habitantes de Múrcia sumergidos en el mas profundo sueño, cuando tres hombres envueltos en sendas capas y alumbrados por una linterna sorda, salieron de los jardines de la casa de D. Leopoldo Moncadí, dirigiéndose al rio, en donde agradablemente terminaban y debian encontrar una lancha amarrada junto á la escalinata que servia de embarcadero.

Dejaba percibir el viento un melancólico silbido, y continuaba la luna lanzando de tiempo en tiempo algun fugitivo rayo.

Los tres individuos de que hablamos entraron en el barquichuelo, guardando triste silencio y usando de las mayores precauciones para no llamar la atencion de nadie.

Era el uno alto, vigoroso y fornido; el otro flaco, macilento y encorvado; y el último, de estatura mas que mediana, al parecer singularmente avisado y travieso.

Sin hacer el mas leve rumor aproximaron el bote á la tierra y saltaron dentro, no sirviéndose de remo alguno, antes dejando que se deslizase á su albedrío sin otro esfuerzo que el natural impulso de la corriente.

—Hasta que pasemos por debajo del arco, es fuerza navegar con todo este silencio,—dijo en voz baja uno de los tres;—de lo contrario, her-

manos, llamaríamos la atención de la centinela que lo guarda.

El que hablaba así era el mas joven, y habia tomado el timon para dirigir la frágil nave.

Con suma destreza la llevó hasta pillar el centro del rio, y manteniéndola entonces en un perfecto equilibrio sin dejarla ladear á ninguna de las riberas, enderezóla por el mismo ojo del puente con tal precaucion y tino, que ninguno de sus nocturnos guardianes reparó en ella.

En cuanto estuvieron bastante lejanos de aquel peligroso punto, tomaron los otros dos un par de remos, envueltos en trapos para que metiesen menos rumor, y no sin diestro manejo y blandura comenzaron á favorecer el impulso de la lancha.

—Por vida mia, compadre, que hallasteis un lindo oficio,—dijo un remero al otro.—Dejé á usted, si no me engaño, ocupado en cicatrizar las heridas de un gentil caballero, y encuéntrole empleado ahora en robar á la horca los frios despojos de un pícaro.

—Calientes y muy calientes, amigo lacayo,—respondió su compañero.

—Calientes porque V. lo cacarea, señor Herodes; pero no porque yo me lo presuma, á menos

que me explique su sabiduría la rareza del fenómeno.

—No hay mas dificultad que la torpeza de tu caletre. Has de saber que esta suspension del cuerpo humano causa la muerte por apoplejía, lo cual quiere decir en tu vulgar idioma que las venas se comprimen de tal suerte, que no dejando circular la sangre hácia el corazon, la mueven hácia el cerebro y... buenas noches. Añade á ello que no recibiendo los pulmones la indispensable porcion de aire vital á causa del corbatinillo de esparto... estamos?...

—Sí señor, que estamos todos, sin que dejemos de comprender las causas que rematan al ahorcado. Lo que verdaderamente no alcanzamos son las que salvarle pueden de tan estremado apuro.

Pardiez!—exclamó D. Judas;—ahorcármelo de manera que las arterias carótidas no sean comprimidas, y no habrá apoplejía: haced en seguida que el corbatin no apriete la nuca, á fin de que el aire pueda entrar y salir como le dé gana; y lo mismo vivirá un colgado de esos que un gran señor paseándose en carroza.

—Hasta aquí tambien lo comprendo,—opuso Luis el ayuda de cámara de D. Leopoldo;—pero lo que siempre dudo es cómo se ha de verificar todo esto con un pícaro manequin que lo suben y

lo bajan, que lo cuelgan y lo descuelgan hasta finalmente dejarlo para sabroso pasto de cuervos y de buitres.

—Si hubieras dedicado una parte de tu vida á provechosos estudios, señor barbilucio, no te mostrarias tan terco en dudar de la ciencia que me distingue. Pero, para que veas la distancia que media entre un hombre metido en disecar cadáveres y otro muellemente dedicado á rizar cabellos y cepillar uniformes, has de saber que lo primero que me procuro para semejantes milagros, son unas fajas como las que sirven para cinchar los caballos, cuidando no obstante de que no sean elásticas. Colócase el pié del paciente en una especie de estribo formado por ellas mismas, y hágolas subir despues por el tronco de las piernas hasta unirse á un cinto del propio material, de donde parten otras tiras que le enjaulan los hombros y el pecho, á fin de mantenerlo en perfecto equilibrio. Pues esas tiras, señor boquiabierto, cuelgan de un sutil collarin de acero, algo ahuecado para que no se deslice el dogal, que harto comprendes que á él debe apretar y no á la garganta del pobre diablo que solo de la muerte escapa con tan peligroso ardid. Hé aquí, pues, que cuando me lo tumban de arriba abajo no queda pendiente de la cuerda, sino enjaulado

entre un laberinto de vendas sutil é ingeniosamente ordenadas para que con equilibrada fuerza lo mantengan suspendido en el aire, de suerte que ni las venas se compriman, ni se impida la respiracion, ni se le rompa la nuca.

—¡Rara y milagrosa invencion!—exclamó el lacayo.

—Y como si lo es,—repuso el cirujano,—que si por un privilegio del destino hubiese de bailar el lindo paje al extremo de una cuerda, no necesitaba mas que de mi industria, de un jubonrecio rematando en collarin de metal, y de un compadre sobre todo tan corriente y moliente como maese Diego.

—¡Vive Dios, señor Herodes! que si no trata de morderse la lengua puede ser que lo regale sin encomendarme al cielo á los peces del Segura!

—No hay que amostazarse,—añadió el lacayo,—ni decir en voz alta de esta agua no beberé; antes bien tener presente la leccion de maese Judas por si algun dia nos pudiera hacer al caso. Pero hablando de otra cosa, ¿no ha de ser bien estrafalaria la noche que pasa ese perro de Crispin dando vueltas á merced del viento y tropezando con los robustos pinos de la horca?

—Lo que yo creo, señores, que haríamos una obra muy grata á Dios dejándolo colgar en ella

hasta que lo comiesen los pájaros de este río.

—No obstante,—observó el cirujano,—interesa su salvacion á los planes de D. Leopoldo. Si no fuera por eso, nadie tendria tanto gusto en que muriera como yo, pues lo recio y vigorosamente fornido de sus miembros, prometia mil deleitosas experiencias á mi destreza anatómica. ¿Y qué han oido decir vuestras mercedes de las hazañas del Barbudo? ¿Anda todavía por esos campos de Dios sembrando la desolacion y el infortunio? ¿O será verdad que haya caido por fin en manos de la justicia?...

—Preguntádselo al alcalde,—respondió el lacayo;—lo que únicamente sé deciros es que temo no se nos aparezca en la horca, y nos haga bailar, mal que nos pese, entre sus palos para que se divierta la cuadrilla.

—¡Qué dices, hombre de mal agüero! exclamó D. Judas.

—Que todo lo sabe el Barbudo, seo doctor, y que he visto moverse una sombra por la orilla de este río...

—Lo que tú has visto,—interrumpió el cirujano,—es al pobre Crispin al rayo incierto de la luna, rodeado de pajarracos que ansían sacarle los ojos. ¡Vive Dios que si se le hubiera antojado

dar un grito para pedir socorro á cualquiera transeunte, esparcia el mas divertido terror por las gentes de esta comarca! Pero alto... ¿no os parece percibir sus sordos gemidos en medio del murmullo de las aguas y el silbar melancólico de los vientos?..... Ea, hijos míos, abordemos con toda precaucion y silencio, y corramos sin perder instante, que pudiera ser ya no llegásemos en hora oportuna.

Saltaron á tierra, y mientras se encaminaban al suplicio oían en efecto una especie de ahullido prolongado y sordo, que se iba lentamente apagando como si faltasen ya las fuerzas al infeliz que lo despedía.

D. Judas se puso á toser, y aplicó el oído por ver si correspondía el delincuente á esta señal entre ambos concertada, y no recibiendo respuesta alguna, volvióse á sus colegas y díjoles que sin duda estaba Crispin en el mayor peligro, que corriesen á colocarse debajo del alto patíbulo para recibir el cuerpo en cuanto él cortase el lazo que del travesaño pendía.

Ya en esto montaba por la escalera, y habiéndose asegurado de que el ayuda de cámara y el lacayo harían de modo que no diese Crispin un batacazo contra el suelo, cortó los dogales y bajó con apresurada planta á fin de restituirlo á la vida.

Para decir la verdad, apenas conservaba el asesino poquísimas señales de ella, por lo que, cargándole en hombros, lleváronlo, como mas acomodado sitio, á cierto lugar fresco, apartado y frondoso de la cercana ribera.

El primer cuidado de D. Judas fué quitarle las esposas, y desliarlo en seguida de las complicadas cinchas con que lo suspendieron.

Pasóse bastante espacio antes que sus esfuerzos produjesen algun resultado, porque sin embargo de la destreza con que se ordenó aquel aparato, cedieron las fajas algun tanto á la gravedad del cuerpo, dando márgen á una súbita opresion. Pero el arte de D. Judas triunfó de tantos obstáculos, por manera que despues de una ó dos convulsiones rápidas, despues de haberse esperezado y estornudado, dió Crispin una muestra nada equívoca de recobrar la existencia, asiendo la mano con que le daba á oler el facultativo cierta esencia vigorosísima, y arrimando el frasco á la boca beberse á la fuerza y de un trago el ardiente licor que contenia.

—Llévenme los demonios,—dijo D. Judas,—si no dejaba llagada la garganta de cualquier otro y abrasadas sus entrañas, pero aseméjase tan poco este animal á las criaturas humanas, que no me sorprenderá que recobre con tan in-

fernal medicamento el uso de los sentidos.

En efecto, incorporóse Crispin, y revolviendo los ojos á todos lados empezó á decir con voz todavía poco firme:

—Tráiganme vino!..... vino en nombre de los diablos!...

—Toma vino,—respondió D. Judas encajándose aguado y mezclando en él cierta droga medicinal.

—¡Vete al infierno, perro!...—murmuró Crispin:—¿á un hombre de mis pulmones tienes valor de ofrecer ese calducho?

—Pues tómalo purísimo, y á ver como no te lleva de una vez el mismo demonio que sirvió á Judas de verdugo.

Y sin ningun escrúpulo asió el mastin con ambas manos la bota que el otro le presentaba, y echóse la á pechos no tomando tiempo siquiera para resollar. Esta descomunal cantidad, capaz de trastornar las potencias y el equilibrio del mas ejercitado bodegonero de Málaga, despejó su torpísimo caletre, bien que no se acordase al pronto de nada de lo que le habia sucedido; antes con su humor áspero y avinagrado preguntaba á los circunstantes si habian querido divertirse con él, trayéndolo á tal hora y en tal punto á aquel silvestre retiro.

—Lo que importa,—respondióle Luis,—que no seas bárbaro, y te dejes gobernar de nosotros, y nos agradezcas haber impedido que no sirva tu osamenta de sabroso entretenimiento á famélicas aves de rapiña.

—Paréceme en efecto...—dijo el desalmado interrumpiéndose no obstante para beber otro trago:—paréceme que hay algo de verdad en lo que canta ese perfumado señorito.

É inclinando la monstruosa cabeza, guardó silencio como si tratase de recoger y coordinar sus ideas.

—No es cosa de perder tiempo para dar lugar á sus bárbaras meditaciones,—observó D. Judas. —Ea, levántate, y vente á dar un paseo, que esto restablecerá la circulacion de la sangre, haciendo que dentro de poco estés dispuesto y listo para vengarte de tu enemigo.

—Ah! sí—exclamó el bruto;—vengarme... eso pido, señor Herodes... ¡arrancarle el alma, aunque sea á puros bocados! Pero mire V. que se me doblan las piernas, y que siento, voto á mí, mas de un millon de punzadas por la tabla del corvo espinazo. ¿Si querrá V. jalearse con mi bulto, perro cirujano?... Pues por el alma de cuantos llevo asesinados en la Sierra, señor hereje...

—Apóyate en el lacayo,—respondió D. Judas,

—que yo te aseguro que se te ha de pasar en breve ese entorpecimiento.

Y lleváronlo en esto al sitio donde dejaron la barca, y acomodándolo en el fondo, empezaron á romper la corriente á fin de ganar los jardines de D. Leopoldo.

XII.

Hay en los teatros de la ardiente España,
Do tanta cuchillada se reparte,
Uno que *acecha* con graciosa maña,
Y otro que sigue razonando *aparte*.

REFLEXIONES DE SCHLEGEL.

En la misma noche que tuvieron lugar estos horribles sucesos, unos cuantos bandidos de Cle-villente, capitaneados por Jaime, quisieron ir á la horca al efecto de descolgar el cadáver de Crispin y darle sepultura donde hallarlo no pudiese la justicia.

Iban marchando, pues, por la opuesta ribera del rio, con la ligereza y el instinto natural de gentes acostumbradas á ver en las tinieblas, y cuyo perspicacísimo oído les hacia oír el rumor mas ligero desde infinita distancia.

Parece que el objeto que se proponian no era por ley que tuviesen al ahorcado, puesto que se

habia hecho indigno de la clemencia de Jaime, sino jugar una burla á la justicia y quitar aquel espantajo que venia á ser como un infame padron de cuadrilla tan acreditada y valiente. Bien es verdad que llevaba Jaime otras miras, como averiguar si le seria posible introducirse de noche por el rio en la ciudad, á fin de llevar á cabo cierto golpe contra el ambicioso afan de Leopoldo. Instruyérale acaso el mismo Crispin del deseo que últimamente tenia de arrebatár la ilustre doncella, pues como hombre avaro y de doble intencion, al mismo tiempo que se granjeaba con mil bajezas la benevolencia de Moncadí, referia sus proyectos al famoso bandolero de Clevillente.

Y no se limitaron á leves recados ó insinuaciones estos servicios, sino que puso tambien en manos de su capitan cierta correspondencia del cirujano y el coronel, en la que se hacia mérito de haber intentado alterar las potencias de Julia, y de otras mil tramas no menos criminales y deshonrosas.

Estos eran precisamente los papeles que tanto habia encargado buscar al infeliz Santiago desde la noche que lo sorprendió en la venta, creyendo que obraban en poder de Rusell, hasta que, convencido de que si los tuviera habríalos ya sepul-

tado debajo de cien estadios, prometió cuantiosa recompensa á Crispin en caso de que con ellos diese por las papeleras de Leopoldo.

Desconociendo el bárbaro todo principio de cultura y de educacion, enteramente ignorante del arte de leer y de cuanto suavizar pudiese la aspreza de sus modales, no se anduvo con chiquitas, sino que entrando en el despacho del coronel echó mano á media docena de lios de cartas, que vió muy guardados en pulidos estantes, y llevóselos á Jaime poco antes de cometer el asesinato que lo llevó á la horca.

Recorriólos el Barbudo, y cerciorado con satisfaccion notoria de la importancia de las pruebas, [sin dar parte á D. Rodrigo mandó decir al Duque de Berganza, poderoso señor de Murcia, muy interesado en su conversion, y de quien custodiaba las haciendas, que le importaba muchísimo tener con él una larga conferencia.

Ni un momento vaciló el buen caballero: concedióselas, y dió principio á ella exhortándole, segun tenia de costumbre, á que dejase su mala vida, acogiéndose á la piedad de un monarca benéfico y clemente.

—En eso estoy,—respondió el Barbudo,—pero seria necesario que tomase V. E. á su cargo alcanzar mi indulto y librar al mismo tiempo de

las garras de un dañino seductor á la única heredera del Conde de la Carolina.

—¿Por quién hablas, Jaime?

—Por D. Leopoldo Moncadí, el aliado y el amigo del cirujano de Elche.

—¿De ese barbero hipócrita y asmático, que con su tosecilla y su furtiva andadura dicen que prueba inhumano recreo en las mas sangrientas operaciones de su arte?

—Del mismo.

—Pero he oido decir que el seductor de Julia ha sido cierto oficial, á quien S. M., á pesar de los méritos de su padre, tuvo que separar vergonzosamente del ejército?

—No es ese su seductor, señor duque, sino su libertador y amigo. Víctimas entrambos de la envidia de D. Leopoldo, han probado, gracias á su influjo, los mas rigurosos contratiempos.

—¿Y qué contratiempos son esos?

—En cuanto á doña Julia, haber abusado de su angelical dulzura, procurar enemistarla con su padre, levantar contra ella á toda la parentela, trastornar sus potencias por medio de un ponzoñoso brevaie.

—¿Y lo probarías, Jaime?

—Documentos traigo en que apoyarlo.

—Documentos!...

—Y que no solo ponen en claro los delitos que ya he dicho, sino otros, señor Duque, aun de mayor calibre. ¿A quién cree V. E. que destinaban el tremendo hachazo que mató hace pocos días á un desventurado mozo por las calles de Murcia?... á nadie mas que á D. Rodrigo Portoceli, ese oficial hidalgo y lleno de mérito, cuyo único delito fué librar la familia del Conde de mis manos, y con tan gallardos favores grangearse el sincero cariño de su hija.

—A pesar de que conozco tu rectitud,—dijo el de Berganza despues de una breve pausa,—y á pesar de lo mucho que deseo separarte de la perversa vida que traes, no puedo determinarme, sin informes verídicos y pruebas muy evidentes, á proceder contra tan distinguido caballero.

—Pues ahí las tiene V. E.,—repuso Jaime con algun desabrimiento:—si le anima el noble celo que ha manifestado siempre en corregirme, salva de un golpe una familia ilustre, restituye á la patria un militar valiente, y arranca de la infamia y del suplicio á un hombre descarriado que le respeta y le ama.

—¿Y prométesme en tanto,—preguntó el Duque no sin muestras de amistosa benevolencia,—abstenerte, oh Jaime! de todo desacato é insulto?

—Señor!... lo prometo, como no sea para defender á mis amigos.

—Pues atiende á lo que voy á hacer por tí. Quiero lograr tu perdon, y apoyarme para ello en la especie de honradez que te ensalza por la Sierra, y en los especiales favores que á tu moderacion debemos los propietarios de Múrcia. Manifestaré además toda esa máquina de intrigas concebida y ejecutada por el hipócrita cirujano de Elche; y salvaré, como tú dices, la hija de los Condes y el oficial distinguido que la ama, á cuyo esclarecido padre debí los primeros ascensos de mi primogénito. Y no creas que tome la cosa con flaco empeño, pues que, pertrechado de la palabra que me das de cambiar de conducta, presentaréme en la corte, me echaré á las plantas del piadoso Monarca, y en breves dias...

—Ah!...—exclamó Jaime enjugándose una lágrima de respetuoso agradecimiento,—en breves dias, señor Duque; porque de lo contrario, ¿quién sabe si algun imprevisto lance me haria mas criminal, ó si triunfaran de nosotros las tramas y el favor de D. Leopoldo!

—Descansa tú en mi amistad, oh Jaime! así como yo descanso en la solemne promesa que me has hecho. Si una vez logre tu perdon quieres servir en mis haciendas, allí encontrarás seguro asilo y honestísimo salario.

—Lo sé, señor.

—Pero si te acomodara perseguir á la cabeza de gentes escogidas á los pícaros de la Sierra...

—¡Y cómo quiere V. E. que tenga alma para cazar los mismos á quienes tal vez estravié, ó que sin la confianza que en mi esfuerzo tuvieron nunca hubieran pensado en asaltar los transeuntes!...

No contestó el Duque á una observacion tan justa, pero tendió la mano al honrado proscrito, que la besó respetuoso, como que era la de un caballero no menos prepotente que pacífico, inclinado al bien de su pais, y á llamar hácia el recto camino á los que mas se extraviaban por desesperacion ó hábito, que por tener un corazon desalmado y perverso.

Alejóse Jaime de su presencia penetrado de gratitud y convencido de que el pueblo, que sabia hacer justicia á sus buenas cualidades á pesar de tales contribuciones y latrocinios, era digno de que nadie le deshonrase ofuscando con licenciosa vida las prendas de su franca y nobilísima índole.

Aguardando desde entonces resolucion tan importante, no queria meter mano en ninguna empresa, ni curar de otra cosa que de defenderse, manteniéndose en una especie de inaccion.

Traslucióse no obstante por el pueblo el objeto de la ida del Duque de Berganza á la corte: de-

ciase que Jaime habia prestado grandes servicios á una familia principal de Múrcia, y descubierto tales tramas que bastaran á procurarle el indulto.

Leopoldo y D. Judas, que temian en extremo su sagacidad y su imperio, llegaron á recelar hubiese realmente descubierto sus maquinaciones contra Julia, ó la verdadera causa de la muerte de Santiago; y como echaron al propio tiempo á faltar las importantes correspondencias concernientes á la historia de estos sucesos, tuvieron larguísimos conciliábulos y coloquios para formar un plan de defensa.

Era lo mas natural marchase Leopoldo á la corte á poner en juego todos los resortes de su influjo; pero si bien empezaba á salir de casa, no le permitia la herida un viaje de tal naturaleza. Y entonces fué cuando, por temor de perderlo todo, determinó robar á Julia, alcanzado el beneplácito de sus codiciosos parientes, y casarse con ella á la fuerza, y hacer rostro despues al temporal abroquelado con los nobilísimos recursos de coronel, de favorito y de conde.

A todo esto seguia marchando Jaime al frente de sus secuaces por la orilla opuesta del rio, con direccion á la horca, donde yacía colgado el cadáver de Crispin.

Aunque era sumamente rápido el tibio res-

plandor que de tiempo en tiempo arrojaba el semi-oculto disco de la luna, no dejaban de percibir á lo lejos los robustos palos del mortal suplicio y el grosero bulto que colgaba en medio de ambos.

Paráronse á tal espectáculo sobrecogidos de un horroroso presentimiento, y mientras contemplábanlo en silencio, oyeron los sofocados suspiros, que á manera de tristísimo augurio se escapaban del hediondo cuerpo del ahorcado.

Miráronse unos á otros los ladrones, singularmente aterrados de tan sobrenatural suceso; y como su vida era un tejido de crímenes y de remordimientos, hacía les mucha mas fuerza aquel deplorable ejemplo de las flaquezas humanas, milagrosa advertencia quizás para desviarles de su inclinacion perversa.

Silbaban en tanto los vientos, murmuraba por entre negros peñascos la precipitada corriente, y no mostraba la luna su amarillento rostro sino para hacer mas patentes los horrores de aquella lóbrega escena.

Los bandidos temblaban; alguno hizo ademan de tirar el trabuco y escaparse, y aún es de presumir que todos siguieran su impulso á no afearlos Jaime con gran presencia de espíritu su infundada cobardía.

—¿Y sois vosotros,—deciales,—los que habeis

de descolgar á pesar de guardias vigilantes, el cadáver de un ahorcado?... vosotros, gente afe-minada y pusilánime, los que pretendísteis ven-gar la afrenta de la cuadrilla?... Mejor hiciérais en no salir de Clevillente, sin cesar huyendo an-te los alanos de la señora Justicia, y solo atacan-do al indefenso transeunte. Los hombres quéden-se acá conmigo, los maricas váyanse con dos mil diablos, y nunca mas aparezcan por la Sierra.

Al eco de tal amenaza ninguno se atrevió á chistar; reuniéronse formando grupo en derredor del capitan y sacaron fuerzas de flaqueza para llevar á cabo tan extraordinaria aventura.

Al momento y con todo sigilo empezó Jaime á reconocer la ribera, al efecto de hallar algun pa-raje somero por donde atravesar el rio.

No le fué difícil, y cuando ya se disponia á ga-nar la contraria orilla, advirtió á lo lejos un pun-to negro, que venia deslizándose por la sesga y murmuradora corriente.

Aprovechando para examinarlo el primer vis-lumbre de la luna, ya no le cupo duda de que era un barquichuelo, que favorecido del natural ím-petu del Segura, íbase llegando hácia el sitio en donde á la sazon se hallaban.

No tardó á percibir el acompasado movimiento de los remos y el apagado murmullo de las voces;

por lo que, escondiendo en cierto cañaveral á los que con él venian, púsose en acecho á fin de averiguar la intencion de aquellos recelosos navegantes.

—Sin duda será algun golpe de mano, decia para sí, y golpe de ladrones no sometidos á los de la Sierra; bien que no tardaré á manifestarme ni á enseñarles quizás si es para despreciada la autoridad del Barbudo.

Ya sospechará el lector que no era otra aquella lancha que la que silenciosamente conducia á los criados de Leopoldo.

Viólos Jaime con notable asombro tomar tierra en la opuesta márgen, pero no pudiendo distinguir sus operaciones, arrojóse al agua con singular denuedo y atravesó el rio, y anduvo siguiendo mas de cerca los pasos de la nocturna comparsa.

No sin hacerse cruces estuvo viendo como descolgaban el cadáver, y le quitaban el peregrino aparato de ingeniosos vendajes, y volvíanlo á la vida por medio de sutilísimas esencias.

Echado de pechos contra un álamo, atisbando con curiosidad é interés las maniobras de aquel grupo, y aplicando el oido á las salvajes exclamaciones de Crispin y á los azucarados discursos del cirujano D. Judas, dudó largo espacio si se

lanzaria á ellos ó le seria mas conveniente averiguar el término de tan diabólica farsa.

Calculando en efecto como mas ventajoso enterarse de sus artificiosos manejos, y pillar sobre todo á Crispin en vez de acabar con sus dias, para que suministrase en su propia historia la prueba mas convincente contra las tramas de Russell y Moncadí, dejóles evacuar con desembarazo sus operaciones, atravesó el rio segunda vez para prevenir á sus gentes, y anduvo siguiendo á lo lejos por la ribera la direccion que nuevamente tomaba la misteriosa barquilla de D. Judas.

Observó el atentado movimiento de los remos, el silencio de los conductores, la traza que se dieron para deslizarse sin llamar la atencion por debajo de los arcos, y cómo llegaban por último á la embocadura de cierto canal elegantemente construido, con objeto de llevar aguas del Segura hasta los jardines de la casa que habitaba Don Leopoldo.

Volvióse á la guarida de los salteadores al notar esta postrera maniobra, y temiendo que se les escapase la presa, preguntóles si eran hombres para ganar la otra ribera luchando á brazo partido con la corriente del Segura; pero no atreviéndose en razon de pasar por allí muy rápida, propúsoles ganar un pasaje por el puente. Res-

pondiéronle que los llevase á donde quisiera; con lo que, embocándoles inmediatamente por él, sorprendieron á los dos ó tres hombres que lo custodiaban, y llevándoselos consigo, fuéronse á buscar las márgenes del canal que hemos dicho, al efecto de que no se les deslizase el barquichuelo de D. Judas.

Difícil fuera, sin embargo, que hubiesen podido alcanzarle, si no le hubiesen visto parado á la misma entrada de los jardines de D. Leopoldo.

Hablaban los que iban dentro de él con un caballero vestido de negro, cuyo brazo derecho iba apoyado en un pañuelo de seda que le colgaba del hombro.

Reconociólo Jaime por el mismo Moncadí; acercése de suerte que no pudiesen descubrirle, y oyó con notable admiracion suya que estaba dando parte á D. Judas de cierta entrevista que en aquella noche misma habia de tener su rival con doña Julia en las ruinas contiguas á los jardines del Conde; por lo que no queria perder la ocasion que tan propicia se le ofrecia de vengarse de D. Rodrigo y robar la doncella.

—¿Y quiénes vamos, señor?—preguntó Don Judas.

—Como Crispin esté para ello, basta y áun sobra con los que nos hallamos aquí reunidos.

—Mire V. S. que no hay uno entre todos capaz de hacer frente á tan atinado espadachin. Nuestro hombre está desvencijado y molido; Luis mejor perfuma el cabello que hace rostro á una refriega; no digo nada de mí, que solo sirvo para juntar los miembros que raja y descoyunta el combate; ni del lacayo, que, si bien mozo de puño, no puede echarla de diestro. Ah! V. S. era el único de la cuadrilla que lo reunia todo; pero desde aquel accidentillo... hem! hem! hem!... quiero decir que...

—Eso sí, pícaro; recuérdame lo que me envenena la sangre, por ese placer que tienes en precipitarme á la venganza. Paréceme sin embargo, que Crispin y el lacayo, tomándole las vueltas y cogiéndolo desprevenido, son mas que suficientes para ganar treinta doblones.

—Vengan,—murmuró Crispin como despertando de un letargo,—y ahórquenme de veras si no me cebare á satisfaccion de todos en el perro por cuya causa me han ahorcado de burlas.

—Mira,—observó Leopoldo,—que no se trata de otro lance en que equivocarte puedas, y que yo te llevaré derecho al jabalí sin cometer la torpeza del bárbaro barbero de Elche.

—Eso pido, y mas que se hunda el mundo...

Y saltando de la lancha reuniéronse á Leopoldo

do y entraron por el jardin, cuya reja solian dejar abierta por la seguridad que ofrecian las impetuosas aguas del Segura.

Siguiéronles por ella el Barbudo y su cuadrilla; pero en vez de enderezar el rumbo á la casa del coronel, saltaron por unas tapias de los mismos verjeles, las cuales correspondian á cierta callejuela; y haciendo largos rodeos, al efecto de no llamar la atencion de rondas ni patrullas, encamináronse al apartado sitio á donde dirigíanse desesperados y vengativos los enemigos encarnizados del generoso oficial, que por un movimiento de natural hidalguía salvó los dias del Barbudo.

XIII.

CONCLUSION.

Rogaba entretanto, á la incierta luz de aquella noche semi-opaca, el infortunado Portoceli á su cariñosa amiga que, abandonando los patrios lares, se decidiera á correr por extraños climas el peregrino vaiven de la fortuna.

—Está visto,—decíale,—que no hay que esperar socorro alguno de los que influencia tienen en tu suerte... tu padre te abandona á la codicia de logreros parientes, á par que estos te entregan á la ambicion de Leopoldo: ¿quiéres que logren al fin sus inícuas tramas, y que te enlacen con el que me hace perseguir de comprados asesinos?

—Lo que quisiera,—respondió Julia,—es poderle llevar á las plantas de mi padre á que se

convenciesese, ¡oh Rodrigo! de tu imponderable mérito. Te aseguro que si algo podia hacerme faltar á las obligaciones de hija y al pundonor de doncella recatada, seria la noticia de los terribles encuentros que acabas de sufrir por causa mia. ¿Creeríasme tan insensible que no hubiese derramado amargo llanto con la noticia del inminente riesgo que últimamente corriste?

—Pero es tambien muy recia cosa que nuestra falta de resolucion, sea en el sentido que fuere, haya de causar la muerte de personas inocentes. En caso de que al fin no te resuelvas á rendirte á mis clamores, no me cabe mas arbitrio que ir á perecer en otros climas, tanto para calmar tu desazon como para no dar márgen á nuevos crímenes.

—¿Y no seria uno muy grave,—observó Julia mirándole tiernamente al trémulo fulgor de la luna,—que me dejases bajo el obstinado yugo de crueles perseguidores? ¿Es culpa mia que se levanten maléficos genios en derredor de nosotros para sembrar á nuestras mismas plantas mil asechanzas y ardides?

—Pero sí lo es que por intempestiva pusilanimidad no las burlemos, y que no disolvamos la nube sin embargo de presentarse tan inficionada y turbia. No, Julia; no puedo resistir por mas

tiempo la falsa posicion en que me ponen mis desgraciados amores... Echado de mis banderas, perseguido de asesinos, reducido para sostenerme á la amistad del Barbudo... ay de mí!... donde quiera que me vuelvo no hallo sino obstáculos á mi honor, lazos de mano traidora, y lo que es mucho mas sensible, aparentes borrones á la limpieza de mi reputacion y mi conducta.

—Oh! no te desesperes, único amigo mio... yo te aseguro un cariño eterno por débil recompensa de tanto mérito...

—¡Eterna infamia, dirás!—gritaron á deshora saliendo de entre las ruinas y arrojándose por las espaldas al turbado Portoceli.—¡Eterna infamia!... —repitió Leopoldo apareciendo como una fantasma sobre el medio tronco de una columna, y alentando desde allí á los suyos al efecto de que no se amilanasen en aquel súbito acometimiento.

—No lo sueltes, Crispin, que en ello te va la vida,—gritaba al ver que los esfuerzos de Rodrigo iban á librarlo en breve de sus encarnizadas uñas;—no lo sueltes, bárbaro... ¿Para cuando aguardas echar mano al puñal y abrirle un boqueron de ocho puntos?

Al mismo tiempo el lacayo y el ayuda de cámara forcejeaban por llevarse á Julia, á pesar de sus lastimosos ayes y fervientes súplicas.

Penetraba con ellas el llagado corazon de Portoceli, y convirtiéndole en una fiera indómita dábanle tan rabiosa pujanza, que sin debilitarse por la sangre que corria de una herida que el asesino le abriera en la espalda, pudo al fin desasirse de sus garras, sacar la espada y esgrimir-la contra el ya turbado bandolero.

—A él!... á él!...—proseguia Leopoldo;—ahí lo tienes desangrándose ni mas ni menos que el mal rocin de un picador á la segunda cornada... Pero, ¿dónde está D. Judas?... Sal con todos los demonios, envenenador público... mira que como me desoigas,—añadió rechinando los dientes,—héte de mandar hervir en una caldera de aceite por ese mismo Crispin que tanto desea zurrarte los hijares.

—Aquí estoy, señor,—dijo D. Judas saliendo de su escondite armado de una tremenda navaja;—aquí estoy para picarle la retaguardia, como ese racimo de horca no se duerma y nos comprometa á todos.

Y diciendo y haciendo iba dando ligeras vueltas en torno de Portoceli, al efecto de matarlo á traicion.

Sus taimadas embestidas, los ataques de Crispin, la herida que empezaba á incomodarle y el suelo embarazoso de las ruinas, tan contrario pa-

ra él como favorable á las traidoras acometidas de sus enemigos, hacian que, siendo muy desigual la lucha, empezase á ceder á pesar de la rabiosa desesperacion con que los acuchillaba.

El vocerío puso en alarma la habitacion del Conde; levantóse, gritó, y no hallando en parte alguna á su hija, acudió con sus criados provistos de armas y de teas al sitio de la mortal refriega.

Al verlos Leopoldo venir azuzó con mas encono á Crispin contra Portoceli, y dió orden á los demás de arrastras corriendo á Julia á donde alcanzarla no pudiesen los socorros de su padre; pero al ejecutar el atroz mandato, una voz de jalto! brusca y reciamente pronunciada por el Barbudo, cortó el impulso de su accion, y no les dejó otro recurso que esconderse entre los mismos escombros.

Iluminábanlos ya las hachas de viento de los criados del Conde, quien al tropezar á la primera ojeada con el Barbudo y su cuadrilla creyóse perdido, y aún ordenó á los suyos que no lo exasperasen con quimérica é inoportuna resistencia.

El cuadro que presentaban entonces tantas gentes allí reunidas no podia ser mas original y pintoresco: los secuaces de Jaime con sus desalmados rostros y variados trajes formados en semicírculo, tenian como prisioneros á todos; Julia,

á quien soltaron sus raptos desde que se vieron acometidos por la espalda, habia corrido á ampararse de Portoceli; apoyado éste en una columna, sin color en el rostro, con la espada en la mano y medio desmayado por la herida, ofrecia un espectáculo que á la par excitaba la curiosidad y el interés; el Conde se adelantaba en medio de todos mirando con ojos desencajados á su hija, dudando si era culpable ó inocente, y quienes fuesen sus defensores ó sus verdugos; Leopoldo se tapaba el colérico semblante con la única mano que le quedaba; revolvía Crispin los ojos como aquellas aves nocturnas que no pueden sufrir la luz; y presentando el cirujano un aspecto hipócrita y compungido, miraba al soslayo todo aquel diluvio de pasiones, pintadas en individuos de tan diferente esfera, y dejaba asomar en sus móviles y descoloridos labios su maligna y atraidora sonrisa.

Reinaba en tanto un silencio general; nadie se atrevía á romperlo, porque nadie sabia á punto fijo á quién dirigirse, hasta que el Barbudo, despues de haber recorrido con penetrante vista las fisonomías de todos, dió algunos pasos hácia el Conde y empezóle á hablar en los siguientes términos:

—Libre estais, señor; no he venido con mi gen-

te para atropellar vuestra casa, antes bien, con el fin de salvar á vuestra hija. Vedla amparándose del que sincera y caballerosamente la ama, contra la desatinada ambicion de ese perverso que tanto pugna por perderla.

Sorprendióse el Conde de ver en estas breves razones el distinto objeto que llevaban el Barbudo, Leopoldo y Portoceli; y empezando á traslucir algo de la verdad, volvióse hácia Moncadí y díjole que se defendiera de las imputaciones que aquel hombre acababa de echarle en cara.

—Cómo se ha de defender,—exclamó Jaime,—cuando á mi presencia le acusan las maldades de ese cirujano hipócrita y el desalmado carácter de ese bárbaro á quien no hace mas que dos horas descolgaron del patíbulo.

—Pues esto, honrado Jaime,—dijo D. Judas sin dejar la amable risita,—celebrarlo debieras como á milagro de mi arte y muestra del aprecio que hago de tu cuadrilla.

—¿Figuraríaste quizás, enmascarada víbora, que ignoro el objeto que te llevaba á ese acto de generosidad supuesta?... Harto conozco la víctima que destinabas á su brazo.

—Pero antes de acusar á nadie, bueno fuera, amigo Barbudo, que escuchases mis descargos...

—Míralo,—prosiguió el bandolero señalando á

D. Rodrigo;—míralo, y acuérdate de cuando en vez de asegurar el golpe contra su garganta...

—Lo que yo miro, Jaime el bueno,—interrumpió el cirujano para cortar sus revelaciones,—es que ese amigote tuyo se va desangrando á toda prisa...

—Oh Dios!—exclamó Julia reparando entonces en la herida:—socorrámosle, padre mio; no permita V. que espire por nuestra desidia, habiéndose opuesto él solo á que me arrebatasen de los paternos hogares.

—Si realmente es como dices, ¿qué dificultad he de tener en auxiliarle?

—Dadme, señor, exclamó Leopoldo, que pueda hablar sin la barrera de las amenazas de esta gente, y se conocerá en breve quién es el verdadero enemigo de vuestra casa.

—En efecto,—interrumpió D. Judas,—seria preciso, para que fallara con imparcialidad el señor Conde, que pudiésemos alegar nuestra defensa sin miedo ni recelo alguno.

—¿Pues no te lo concedo yo, cautiva criatura? Pero defiéndete ante mí, que sé y puedo probar tus maldades, no con quien las ignora y ha vivido muy ageno de sospecharlas.

—Toda vez,—observó el Conde,—que Jaime da á Vds. completa seguridad para poner en claro

el legítimo objeto que les trajo, ¿á qué viene el vano y sofístico raciocinio con que quieren desentenderse de su propia defensa?

—A no haber acudido V. y ese buen hombre,—añadió Julia,—¿quién sabe á qué apartado y sombrío lugar me llevasen esas gentes por mandado de Leopoldo! Porque D. Rodrigo, único apoyo mio en todas estas persecuciones, mi único defensor en el asalto de esta noche, herido y acosado de todas partes, no era posible resistiese por mas tiempo á tan viles é insidiosos enemigos.

Algo penetrado el Conde de la verdadera máquina de todos aquellos enredos, acercóse á don Rodrigo, agradecióle su socorro y mandólo introducir en su propio palacio.

Ordenaba al mismo tiempo Jaime á sus secuaces que asegurasen á Crispin, á Leopoldo y á D. Judas; y enteraba brevemente al Conde de todos sus engaños y ardides, no menos que de la intercesion del de Berganza, para que, si llegaba el caso, apoyara tambien la súplica de su propio indulto.

Con notorio pasmo estuvo oyendo el padre de Julia la veraz y complicada relacion que le hacia el bandolero, quien no descuidó depositar en sus manos algunas cartas que se habia reservado de la correspondencia de Leopoldo y D. Judas, por

las que no solo se hacia patente la ambicion y el vengativo encono que ambos llevaban en tal enlace, sino el infernal proyecto de enagenar las potencias de aquella jóven angelical y dulcísima.

Agradecido el noble señor á la manifestacion de tan importantes verdades, prometióle su amistad, proteger á Portoceli, escribir al duque para atestiguar tan generoso comportamiento, lograrle el indulto y no perdonar medio de que castigada saliese la conjuracion armada por aquellos hombres sin ley contra su ilustre familia.

Instóle para que corriese entretanto á buscar asilo en los montes, y despidióse de él sin hacer caso de las almibaradas frases de D. Judas, de los gruñidos de Crispin, ni del ensañado rencor y atravesados ojos con que lo miraba Leopoldo.

Dejó Jaime este último en la ciudad, exigiéndole palabra de desistir de sus empeños contra los dos amanes, y llevóse á Crispin y al facultativo de Elche, tanto para castigar las alevosías del primero y las hipócritas trazas del segundo, como para tener un medio de perder definitivamente á Leopoldo si tan osado fuese que quisiese perseguir todavía á los que habian sido hasta entonces víctimas de su ambicion y arrogancia. Co-

braron estos peregrinos lances repentinamente en Múrcia una publicidad tan desmedida, que nadie hablaba de otra cosa que de la constancia de Julia, del valor de D. Rodrigo, de la envenenada condicion de Leopoldo y de la gratitud y generosos rasgos del Barbudo. No hubo persona que no se interesase en la suerte de los dos amantes, y el Conde de la Carolina, ya para halagar la honesta inclinacion de su hija única, ya tambien al efecto de reparar los males que ocasionara á Portoceli, accedió al voto general y uniéndolos con asistencia y aplauso de la nobleza mas escogida del reino. En lo mas brillante del festín pidió el Duque de Berganza, uno de los esclarecidos personajes que asistían á él, permiso para presentar un amigo á quien se habian desdeñado de convidar; y dándoselo el Conde, salió del salon y volvió á entrar al instante trayendo de la mano al sonrojado Barbudo.

Alegráronse unánimemente al verlo, como gentes sabedoras de lo mucho que debían los novios á su honradez y esfuerzo; y así que oyeron de la boca del Duque que S. M. se habia dignado concederle el indulto, prodigáronsele vivas, felicitaciones y aplausos, invitándole de mancomun á que se aprovechase de la clemencia del soberano para vivir en honrado y pacífico retiro.

Prometiólo Jaime con muestras de mucha cortesía y agradecimiento; y si bien se pasó corto espacio hasta volver á capitanear los bandidos de la Sierra, haciéndose notoriamente ingrato á la real clemencia, aguijoneáronle ocultas y peregrinas desazones, que acaso tendremos lugar de desenvolver algun dia en otra novela del mismo tono. Baste decir, respecto de la presente, que nunca se ha visto turbada la felicidad de los nuevos esposos, al paso que Leopoldo Moncadí, perdido su brillante prestigio y sin poder seguir la carrera de las armas, tuvo que devorar en silencio la afrenta públicamente rebibida.

Mandó Jaime colgar á Crispin en la misma horca que le destinara la justicia, dándole de este modo el merecido castigo, y restituyendo aquel cadáver al solemne fallo del tribunal y á los sagrados fueros de la vindicta pública.

Por lo que hace al facultativo de Elche, pudo escapar, como tan artero, de sus uñas; pero tuvo á bien recoger velas é irse á tomar parte para su seguridad en los movimientos revolucionarios de otros reinos. Al mismo tiempo indemnizaba el ministro á D. Rodrigo de las vejaciones que le hizo sufrir, honrándole como á militar benemérito; y bien que se retiró del servicio para únicamente dedicarse al consuelo de su padre y de su

esposa, está seguro el gobierno de hallar en cualquiera ocasion un vasallo en él pronto á ensalzar las banderas de su patria, no solo con el sacrificio de sus haberes, sino con el esfuerzo de su diestra y con los recursos de su admirable pericia.

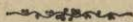
FIN.

FRANCISCO DE P. JORDAN, EDITOR.

ANDRÉS,

POR

CÁRLOS RUBIO.



CADIZ.

TALLERES TIPOGRAFICOS DEL EDITOR,
Enrique de las Marinas, 5 y 7.

I.

El viajero.

Las mejores acciones son muchas veces peligrosas... Frecuentemente fallan los cálculos del sábio y los del insensato se cumplen.

Versos de Solon.

Las leyes de la educacion deben de ser diferentes en cada gobierno. En la monarquía deben tener por objeto el honor, en la república la virtud y en el despotismo el miedo.

Montesquieu.

La revolucion española encierra una gran leccion política, porque es, por decirlo así, una revolucion inversa, es acaso la única en el mundo en que el hecho ha sido anterior á la idea, la alteracion física anterior á la moral, es aunque parezca paradógica la expresion del efecto anterior á la causa. La guerra de la Independencia habia producido el desquiciamiento y la ruina de la so-

ciudad anterior, el peligro comun habia igualado todas las clases, y todos los españoles se habian llamado hermanos para alistarse á la sombra de una misma bandera. Pero esta era la igualdad del miedo, no la de la conviccion, el huracán habia doblado los árboles, pero sin troncharlos, y naturalmente debian de volver á levantarse con violencia despues de la tempestad. En aquellos momentos unos cuantos hombres que vivian por la inteligencia en un siglo posterior se reunieron en medio del campo de batalla (toda España era un campo de batalla) y sobre un monte de sangrientos cadáveres, y armas rotas y ensangrentadas levantaron la ara sagrada de la libertad. El sentimiento que les guió fué bueno, casi sublime, aprovechando las circunstancias intentaron traducir la revolucion francesa, excepto sus horrores, convertir una monarquía despótica en república popular sin verter una gota de sangre. Su intencion es su gloria, su fé los absuelve. Pero los efectos no correspondieron á sus deseos. Los intereses contrarios á la nueva política existian aun en todo su vigor; el pueblo la ignoraba y tenia de ella una idea muy imperfecta, que el uso no ha justificado todavia enteramente y por eso, cuando el mas ingrato de los reyes vino de nuevo á ocupar su trono.

Sobre huesos de héroes levantado encontró un partido numeroso que le ofreció devolver á su centro de oro el esplendor perdido, por eso hubo oleadas de gente que mecían al del nuevo tirano y le arrullaban cantando:

Vivan las cadenas
Muera la nacion.

Por eso los mismos partidarios del nuevo código político limitaban de día en día sus libertades, y tratando de acomodarle á las costumbres y á los intereses creados, ofrecían el extraño espectáculo de unos artífices menguando su obra. Por haber querido adelantar la revolucion habían hecho que España la diese á luz enfermiza y sin esperanzas de vida; intentando educar al pueblo le habían desmoralizado. A ningun otro país ni á ninguna otra época se podría aplicar mejor aquella máxima de Sismondi que dice «que la libertad es semejante á los vinos generosos, que embriagan á los que no están acostumbrados á beberlos,» máxima tan poética como filosófica, que al mismo tiempo que el pensamiento de un político es la frase de un artista, ó por mejor decir, de un poeta.

¿Pero acaso la filosofía, la ciencia madre es mas que la poesía? ¿La poesía es otra cosa que la

filosofía en su traje de gala?

A esta inversion de la marcha revolucionaria, se debe tambien el fenómeno tan importante como poco apreciado de que en España la mujer sea en general monárquica y absolutista; y finalmente, á esta inversion se debe que, cuando Fernando VII, olvidando la historia, pidió á Francia auxilio para sojuzgar al pueblo que le habia dado su trono luchando á muerte contra la Francia, las heridas aun mal cicatrizadas, no manasen sangre de nuevo y resonase en las rocas de nuestros montes el eco de los clarines franceses, sin que les respondiese el grito de guerra de los españoles. El desconcierto interior habia gustado á España mas que la lucha exterior. La enfermedad quebranta mas que el combate. Nuestra política se habia convertido en un combate de fieras sobre la presa; las ambiciones se llamaban partidos, y principios las palabras huecas.

Todo vá por grados en la naturaleza: la luz esclarece poco á poco las sombras para no quebrar las pupilas débiles: los que quisieron acelerar el dia de la libertad le atrasaron. Su buen deseo los absuelva, pero no nos exime de padecer los fatales resultados de su falta de prevision.

Cuando terminada la guerra de España que inspiró una oda tan bella á Víctor Hugo, tan mo-

nárquico entonces como hoy socialista, las tropas francesas volvían orgullosas á su país, en una posada próxima á Vitoria, quizá la venta de Armetra, se apeó una noche un viajero envuelto en una capa negra y que se cubría el rostro con un sombrero del mismo color, dejando solo ver entre el embozo y el ala dos ojos negros y brillantes como los del lobo hambriento en la noche de los bosques.

El haberse apeado de una especie de bombé, coche peculiar á los médicos de aquella época, pero muy poco á propósito para viajar, llamó la atención de algunos arrieros y mozos de mulas que estaban ocupados en arreglar sus cargas en el zaguan y bajo el cobertizo de la posada.

Supúsose en general, que el viajero sería algun médico de Vitoria, que volvería á su casa de alguna visita á las cercanías y se habría detenido á pedir alguna cosa.

Esta idea fué tambien la de un mozo del meson, que con desacostumbrada oficiosidad le salió al encuentro preguntándole si se le ofrecía alguna cosa, en una gerga nueva, producto churrigueresco del eclecticismo filológico peculiar á los vizcainos.

—¿Ha llegado,—preguntó el desconocido con voz ronca, como de quien desea ocultar una emo-

cion profunda,—ha llegado aquí una señora jóven, morena, cabello castaño, que viaja con un oficial francés, jóven también?

—¿Doña Isabel Mejía?

—No sé su nombre.

—¿Una jóven morena con un lunar en la juntura de la boca?

—Sí.

—Esa es Doña Isabel; siga Vd. la escalera de la derecha, y en el piso principal está su cuarto, es el núm. 2.

—Bien, gracias; haga Vd. entrar el coche, pero que no desenganchen, porque voy á partir al momento.

—Bien, señor.

—Una palabra. ¿Está con ella su... el oficial!

—Nó; hace un momento que fué á tomar órdenes.

—Gracias.

El desconocido siguió la direcccion indicada, y subiendo al piso principal, llegó á un pasillo guarnecido de puertas numeradas que se estendia alrededor del patio, y pronto encontró el número 2.

Allí se detuvo un momento como para tomar fuerzas. Su mirada era febril y vacilaba como un convaleciente.

Se desembozó y se quitó el sombrero para enjugar con un pañuelo blanco las gruesas gotas de sudor que corrían por su frente.

Empezaba á entrar en el otoño prematuro de una vida gastada por el pensamiento y el deseo comprimido; esos dos cánceres que corroen las constituciones de hierro, mas pronto que la crápula y el juego, enfermedades innominadas, desconocidas á la medicina, que atacan á la vida en su esencia, exacerban los nervios, y reducen al hombre á una existencia larga quizá, pero que no es en suma sino una lenta y penosa agonía. Enfermedades vulgares, hoy tan vulgares como una peste, y que han carcomido y enervado á la España entera.

Su frente ancha, abovedada y audaz, marcada por arrugas, trazadas por ideas ó sentimientos constantes, estaba adornada por una larga, negra y rizada cabellera, que anunciaba cierta fuerza salvaje en la pasión, según los fisónomos.

Negros eran también sus ojos, cuyo brillo hacían resaltar sus espesas y fruncidas cejas, su nariz aguileña y afilada por la punta, y sus labios delgados anunciaban su ambición y su habilidad.

Sus pómulos salientes resaltaban mas por la extrema delgadez de las mejillas, coloreadas fuer-

temente como todo lo restante del rostro, de un tinte semejante al del orin del hierro.

Todo él estaba adornado de cierta belleza varonil, pero asustaba.

Adivinábase á primera vista que en su furor no debía retroceder ante un crimen, y que uniendo la fuerza del león á la astucia de la zorra, su venganza debía ser implacable.

Para mejor inteligencia de la escena siguiente, conviene hacer una breve reseña biográfica de este personaje misterioso.

Llamábase D. Andrés Valbuena, y era hijo segundo del viejo baron de Riodulce, que arruinado por una vida bacanal que habian arrastrado mas demonios que los de Santa María Magdalena al oir proclamar á la constitucion la teoría de la igualdad ante la ley, habia arrancado el escudo de la puerta de su casa, habia roto su ejecutoria, echando sus letras de adorno como aleluyas á los muchachos que pasaban por la calle, y se habia declarado liberal, por ver si con el cambio de opinion cambiaba tambien de fortuna. Pero sus sucesores no correspondieron á sus deseos, y poco despues murió democráticamente en un hospital, donde le enterraron tambien democráticamente, entre dos que en otro tiempo habian sido sus criados.

Su hijo, tan ambicioso como pobre, sin mas estudios que las lecciones de lectura, escritura y gramática que le daba un anciano fraile Francisco, se mantenía de la sopa del convento que su padre había anatematizado tanto, esperando la hora de ser emperador como Napoleon, ó por lo menos ministro como Alveroni.

Él también anatematizaba los conventos, aunque no porque le moviese ninguna consideración política ni social, sino porque como la mayor parte del vulgo, repetía los sueños del amo de la gallina de los huevos de oro de la fábula, y deseaba matar la gallina.

Andrés no pertenecía al vulgo, sin embargo, sino por la ley de la fortuna. Su cabeza, fértil en pensamientos y vigorosa para el análisis, dotada de una memoria extraordinaria, era apta para concebir los mayores planes, y su corazón osado bastaba á ponerlos en ejecución.

Estaba educado por la miseria, y la miseria en la infancia rompe las almas débiles y acerca las fuertes. La suya se había templado como una espada de Toledo.

Aquella águila sin alas, que sentía anhelante rugir en torno suyo la tormenta, lloraba de desesperación por no poder subir á posarse sobre las nubes en que fermentaba el rayo.

Pasaba las noches estudiando á la luz de la lámpara monástica, en libros prohibidos que extraía de la biblioteca del convento, con las mismas precauciones con que los niños roban al pájaro vigilante los huevos de su nido.

Su erudicion confusa, incompleta, se revolvía en su mente como el caos en el espacio antes que le fecundase el supremo *fiat*.

Sus ambiciones se despertaban una por una á la voz de sus nuevas ideas, y sus deseos se iban congregando poco á poco, y formando una especie de sistema. Entonces soñaba sus sueños de oro. ¿Quién no los ha soñado? Se veía rico y ensalzado en salones como los de los cuentos de las *mil y una noches*, sonreído por el amor y dueño del poder.

Era un semidios en la tierra el resultado de la combinacion de Napoleon y Sócrates, Homero y Maquiavelo, Crespo y el Cid, Demóstenes y Don Juan Tenorio.

Pero á estos sueños seguía un despertar muy triste, en un desvan en que penetraba la lluvia en el invierno, los insectos en el verano, y en que solía no haber un pedazo de pan duro para saciar el hambre del futuro dueño del mundo.

Entonces, como sucede siempre, la reaccion que sucedía á la fiebre era tan lánguida como

violenta habia sido aquella, y el niño ambicioso lloraba como Luzbel, y gemia en prosa la elegía que escribió en verso *Gilvert* en la cama del hospital.

Entonces le parecia imposible dar un paso en la vida, porque para él, como para todos los jóvenes, no habia medios, y habia de ser todo ó nada, creia que no tenia mas que dos caminos por donde la muerte pudiera llevarle: el del trono ó el del hospital.

En 1815, habiendo muerto su mentor, que trataba de hacerle fraile, entró Andrés en casa de un abogado como escribiente, se enamoró de una doncella de la casa, llamada Inés y se casó con ella, siendo su luna de miel la época mas feliz de su vida, pues dormidas sus ambiciones en brazos del amor, y asegurada su modesta existencia, no deseaba nada, ni siquiera deseos, y comprendia la felicidad eterna é igual, sin ser monótona, de los bienaventurados.

Pero toda felicidad humana pasa pronto, y mas que todas, la felicidad del amor; los jóvenes esposos agotan su fuente, como los sedientos peregrinos el manantial que encuentran en el desierto.

Llegó la hora triste en que Andrés é Inés comenzaron á pensar en derechos y deberes, y en

que cada uno de ellos comprendió que el papel del hombre y el de la mujer eran diversos, que cada sexo tenia distinta esfera... antes no conocian mas que un deber, el de amar; un papel, el de amante; y una esfera, la del amor.

Inés volvió á buscar las confidencias de sus amigas, donde juzgaba á su marido, y confesaba que distaba algo de ser un ángel, y Andrés buscó amigas en cuya compañía no se acordaba nunca de su mujer.

Sin embargo, así hubieran podido ser felices largos años, quizá toda la vida. La esposa mas feliz oculta una lágrima amarga en el corazon; el esposo mas fiel olvida algunas horas al dia á su esposa lejos de su casa, y se entrega á pensamientos que no formula el amor.

Entonces sigue al deseo una amistad basada en la gratitud; á los placeres de la comida deseada del hambriento, siguen los placeres de la sobremesa del harto, acaso menos vivos, pero tambien menos egoistas; y dos esposos que se separan en la primavera, pero que no cometen faltas graves, vuelven á reunirse en el invierno á la llama del amor doméstico, y se perdonan recíprocamente, conociendo que cada uno de ellos tiene alguna parte en las faltas del otro, y sobre todo, que los dos son pecadores, y ninguno de los dos

tiene derecho de arrojar la piedra.

La verdadera causa del divorcio moral de los dos esposos, fué un cambio de fortuna. El abogado, en cuya casa estaban, murió y les dejó una pequeña renta, todo lo que Andrés deseaba para desplegar sus alas.

No teniendo ya necesidad de trabajar para vivir, comenzó á vivir para enriquecerse; se mezcló en empresas comerciales, que favoreció la suerte; llegó hasta establecer una fábrica de hilados en Cataluña, y cuando el año 1820 se proclamó de nuevo la Constitucion, fué elegido diputado. ¿Quién le hubiera conocido entonces? Su aspecto, sus maneras, sus ideas, todo habia cambiado en él. No habia en Madrid quien vistiera mas elegantemente, y el tocador de su esposa costaba menos tiempo y menos dinero que el suyo. Nadie mas aristocrático en sus maneras, mas esquisito en sus gustos, mas delicado en su conversacion. Sus frases, trabajadas como las joyas francesas, símbolos de la nacion que los produce, que solo aprecia las formas, corrian de uno en otro salon, y eran aplaudidas en todos; pasaba por hábil en política, la mas difícil de las ciencias, pero tambien aquella en que es mas fácil pasar por doctor, gracias á la escasez de hombres que la poseen; y tenia enemigos mortales, la prueba mas segura de su superioridad.

Pero la fortuna no habia educado á su mujer. Es cosa digna de ser observada que la mujer, cuya aptitud para la observacion de los detalles tanto nos admira, se adapta menos que el hombre á los cambios de estado; ¿será porque un orgullo irreflexivo la impida confesarse á sí misma que no es perfecta desde que llega á cierta edad?

¿Será que su espíritu de observacion sea efecto de su género de vida y no una facultad innata como se cree?

Acaso sea por estas dos causas reunidas; pero el hecho de que trato ha sido observado tan universalmente, que ha quedado como proverbio la frase de «No os caseis de soldado si quereis llegar á general.»

Andrés lloraba la grosería de su mujer, que unida á él como el grillete al forzado, revelaba en todas partes su condicion primera.

Mil veces al oirla pronunciar una frase inconveniente, á pesar de que todos fingian no oirla, él se ruborizó adivinando las burlas de que habia de ser objeto en la tertulia despues de su partida.

Trató de amonestar á Inés y la presentó á otras damas como modelo. Inés lloró y se encendió en celos contra las otras damas.

Desde entonces la paz huyó del hogar domés-

tico, y á la amorosa efusion de la luna de miel sucedió una reserva de hielo, un divorcio moral, mas penoso por el recuerdo de la anterior felicidad. ¡Es tan triste vivir en los mismos lugares en que se ha conocido la ventura, atormentado por las mismas personas que nos han hecho venturosos!

Estos sentimientos, depositados en el fondo de los dos esposos, crecieron, se desarrollaron y produjeron un aborrecimiento mortal que maduraba de dia en dia, invisible para ellos mismos.

Unidos de por vida, cada uno necesitaba para ser feliz la muerte del otro, efecto demasiado comun de la indisolubilidad del vínculo matrimonial, y cada uno, sin querer perder un ápice de sus derechos, trataba de acortar y de debilitar sus deberes.

Inés era aún fiel á su esposo, pero mas bien por falta de ocasion que por consideracion á sus juramentos, y así, cuando la ocasion se presentó, no vaciló en dar el último y mas terrible golpe á su cadena.

Cuando la invasion francesa, Inés, absolutista, porque su esposo era constitucional, se relacionó con varios oficiales franceses, se enamoró de uno de ellos, y partió con él para Francia, abandonando á su esposo y á su hija, á quien aborrecia porque era la hija de su esposo.

A pesar de que tanto se dice en el teatro «Una madre siempre es madre,» y que el público aplaude siempre que se dice, una madre es algunas veces Medea.

Andrés, cuando supo la fuga de su esposa, hizo correr la voz de que marchaba á recojer el último suspiro de una parienta suya, moribunda, y corrió tras ella, no pudiendo alcanzarla hasta cerca de Vitoria.

Delante de la puerta de su cuarto vaciló un momento en su resolucion, su antiguo amor dió en su corazon la última llamarada, pero se apagó al momento dejando en torno el silencio y la oscuridad de las tumbas.

Todo habia pasado, el amor y el ódio. Solo quedaba el egoismo pensador.

Andrés abrió la puerta y entró.

II.

La partida.

Odio á esta mujer; pero no la hubiera hecho daño. Ha sido culpable, tanto peor para ella, porque es preciso que sea castigada. No valgo mas que ella, es posible, pero morirá. Es necesario.

Victor Hugo—Angelo.

La habitacion de Inés era pequeña, sucia y desamueblada como lo son todas las habitaciones de las posadas españolas que no han adelantado un paso desde Cervantes hasta Moratin y desde Moratin hasta nosotros.

Inés, sentada junto á la mesa en una silla de pino, tenia en la mano una gramática francesa, pero su imaginacion vagaba indudablemente en otras regiones; aquel estudio no era un sacrificio impuesto por el amor, sino por la coquetería.

El ruido de la puerta la sacó de su distraccion; volvió la cabeza y al ver aparecer á Andrés mudo,

inmóvil como la sombra de Bancuo, lanzó un grito de horror que se heló en sus labios, abriéronse sus ojos desmesuradamente, palideció su rostro, hizo un movimiento instintivo y nervioso para levantarse y volvió á caer sin fuerzas en su silla. Su vida se habia suspendido, ó al menos la mitad de su vida, pues mientras la parte activa se anudaba en su mente, la parte pasiva se aumentaba con el miedo. No podia pensar, pero podia sentir, y quedó mirando á su esposo ofendido con los ojos del reo que vé al verdugo afilando su hacha.

Andrés se adelantó lentamente con los brazos cruzados sobre el pecho y dijo con voz lenta y mas solemne á causa de su emocion:

—Inés, no grites, seria inútil porque nadie te escucharia, además de que yo no vengo á hacerte ningun mal, ni siquiera á darte quejas. Entre ambos todo ha concluido. Eres libre y yo tambien; la voluntad nos unió y la voluntad nos desune. No tengo pues derecho para darte quejas, y si alguno tengo lo renuncio. Hay palabras que no puede pronunciar un marido ni para acusar. No se trate pues de nosotros.

Las palabras de Andrés habian empezado á caer lentas en el oido de su esposa, como sonos lúgubres, pero sin sentido; poco á poco, pasado el

primer momento de terror, la razón de Inés se fué aclarando y empezó á comprender.

Andrés prosiguió:

—Si hubiéramos sido solos no te hubiera perseguido: es bastante ridículo un marido que persigue á su mujer: á enemigo que huye puente de plata, dijo sonriendo dolorosamente; pero no somos solos, tenemos una hija que mañana será grande, que me preguntará por su madre y á quien no quiero tener que responder: «tu madre era una mujer perdida.» No quiero que mi hija se avergüence de su madre.

—¡Andrés! exclamó Inés irritada, recobrando sus fuerzas de pronto, al impulso de su orgullo ofendido.

—Cálmate, la dijo desdeñosamente Andrés; esto no es una comedia y conviene que cada cosa se llame por su nombre.

—Pero...

—¡Silencio!

La voz de Andrés vibró con tal imperio, su magnética mirada, semejante á las que algunas veces han empleado los domadores para subyugar al león, se clavó con tal fuerza en los ojos de Inés que la anonadó por un instante. Después de una pausa, Andrés prosiguió:

—Yo no quiero que mi hija se avergüence de

su madre, yo no quiero que nadie culpe á mi hija de faltas que no ha cometido. Tu culpa permanece aun oculta bajo el velo del misterio; he cubierto las apariencias. Has venido á dar el último adios á una parienta moribunda y yo, de tenido por asuntos graves no he podido seguirte hasta el día siguiente de tu partida. Esa es la historia que he arrojado al mundo, como un hueso á un perro; él lo roerá y quedará satisfecho. Si alguno abrigase una duda, la desecharía al vernos volver unidos.

—Abajo hay un coche. Sígueme.

—¡Jamás! antes moriré, esclamo Inés que vislumbró el porvenir de lágrimas y de vergüenza que se la ofrecía.

—Vendrás y no morirás, soy tu marido y lo mando.

—Vd. lo ha dicho, nada hay de comun entre nosotros, nuestros lazos se han roto.

—Los que nosotros habíamos formado, no aquellos con que nos había sujetado el mundo. En mi casa viviremos separados. No nos dirigiremos la palabra sino delante de gentes y seremos enteramente extraños el uno al otro; pero esto, solo nosotros lo sabremos, el público nos creerá en paz y nos tomará por dos esposos modelos. Todo lo que se necesita es que vivamos bajo un mismo techo, y eso será.

—No, no será; cree Vd. intimidarme porque soy mujer y débil, pero...

—¿Tienes quien te defienda?

—Sí.

—Lo sabia. Si viene antes de que me sigas, en cuanto llegue á esa puerta morirá, dijo Andrés mostrando una pistola.

Inés sintió frio hasta la médula de los huesos.

—Creo que le amas, quiero creerlo, dijo Andrés; en ese caso debes seguirme para salvarle la vida. Ven.

Inés no contestó sino rompiendo á llorar y ocultando su rostro entre las manos. Su posicion era desesperada; no podia resistir de ningun modo á su esposo, y obedecerle, era condenarse á un martirio horrible.

La víctima que los salvajes queman á fuego lento por los piés, sufre menos, porque su martirio solo dura algunas horas; pero el pesar de tener constantemente delante de sí á una persona cuya mirada nos avergüenza, cuya presencia es un remordimiento que asesina en años, es un infierno anticipado.

¿Qué mas hace la conciencia que presentar al culpable la imágen de su delito? ¿Y no se han visto criminales endurecidos que afrontaban tran-

quilos el cadalso, y se estremecían ante el cadáver de su víctima?

El porvenir que Andrés preparaba á su esposa culpable, era el antiguo tormento del parricidio, que consistía en atar al verdugo con la víctima, y enterrarlos juntos. ¿Pero cómo evitarlo? ¿Andrés no era el legítimo juez? ¿No tenía además la fuerza?

—Vamos, repitió Andrés, enjuga tu llanto que picaría la curiosidad de los que nos vieran salir, y sígueme. ¿Creo que no querrás obligarme á usar la fuerza?

Y diciendo esto, la oprimió con sus dedos el brazo como con una tenaza.

Inés cedió al dolor y lanzó un quejido, levantándose, pero sin andar, y con el propósito firme de quedarse allí.

En este momento, el viento trajo á su oído una voz gascona que entonaba en el patio una canción francesa.

—Él! exclamó Inés lanzando un grito de alegría, como el del náufrago que toca la orilla.

Andrés, en silencio, amortilló su pistola y se colocó enfrente de la puerta, mostrando tal decision en su rostro, que Inés se arrojó á sus piés exclamando:

—Nó, nó, te seguiré, te seguiré!

Inés no amaba á su raptor, pero el pensamiento de presenciar su asesinato la espantaba hasta hacerla delirar.

—Cálmate, pues, la dijo su esposo, y sígueme.

Y dejando sobre la mesa una carta abierta, tomó del brazo á Inés y salió.

Inés parecía un cadáver; ni veía, ni sentía; cedía á la fuerza que la arrastraba, como la rama cede al viento. La pesaba lo que hacía, sin encontrar en sí fuerzas para tener voluntad.

Habiendo llegado á la puerta, Andrés hizo poner el coche, subió en él solo con su esposa, dió una moneda al mozo de la posada, y partió.

Cuando el oficial francés subió á su cuarto, halló solo sobre la mesa una carta abierta que decía:

«Querida esposa, mañana llego, sé que tu viaje ha sido inútil, porque tu prima ha muerto antes de tu llegada; pero te queda el consuelo de que no has llegado tarde por falta de diligencia.

Tu esposo y tu amante,

ANDRÉS.»

—El diablo me lleve, exclamó el oficial arrojando esta carta sobre la mesa, si comprendo una palabra; lo único que parece claro es que se va con su marido, pero parece que estaban de acuerdo: ¿si habré sido juguete de alguna burla?

III.

Un crimen.

Andrés y su esposa caminaban solos y silenciosos como dos enemigos que van á trabar un duelo á muerte.

Inés fortalecía su odio con el pensamiento de la tormentosa vida que su esposo la preparaba; vida de dolor mudo, que, como una enfermedad vergonzosa, debia callar hasta la muerte; su porvenir terminaba en dos crímenes, el suicidio ó el asesinato.

Aquella alma tan tímida comenzó á comprender que alguna vez un crimen puede ser una necesidad vital y una muestra de virtud, pues si hubiera sido cínica del todo, su porvenir se lo hubiera presentado menos triste.

Los dolores con que la amagaba eran hijos de su orgullo, que, aunque la mas pequeña de todas, es una virtud, del respeto que á pesar de todo profesaba sin saberlo ella misma á su esposo, y este respeto era una virtud tambien.

Andrés meditaba tambien un crimen. El matrimonio era para él una cadena hacía demasiado tiempo, y trataba de representar una escena del *Médico de su honra*, arreglada á las costumbres y las creencias del siglo XIX.

Quería hacer por egoismo lo que Don Gutierrez por honor, y este rasgo pinta la revolucion intelectual de España en el espacio de los siglos, revolucion verificada principalmente desde la guerra de la Independencia. El *Médico de su honra* es hoy irrepresentable, porque el público no le comprendería, y el crimen de Andrés será comprendido de todos.

Descontada la conciencia, para cometer un crimen en nuestro tiempo basta tener habilidad para pasar á través de la red de las leyes, y esto es muy fácil, porque la ley es inmutable, y el criminal tiene toda su vida para estudiarla, meditar sus faltas, y hallar su talon vulnerable.

Nuestros legisladores hacen leyes, pero no se acuerdan de educar á los pueblos, como nosotros no educamos á nuestros hijos, porque lo único

que conviene educar en ellos es el sentimiento, y le desconocemos: no se quejen, pues, los gobiernos de que los pueblos les salgan malos; los hijos son siempre la obra de sus padres.

La noche estaba tempestuosa y el viento, rugiendo entre los bosques, fingía los lamentos y las carcajadas de un sarao infernal.

La pajiza luz de los tardos relámpagos iluminaba los campos desiertos, dibujando en ellos los árboles, las cabañas y las peñas como seres fantásticos, como espectros aterradores ó ridículos congregados á la voz del trueno.

El agua caía á torrentes, y como el coche en que viajaban los dos esposos era abierto, sus vestidos estaban calados, pero ni uno ni otro lo sentía. Andrés, sin embargo, observaba con disgusto la tempestad, diciendo en su interior: en esta noche no hay nadie en los bosques y necesito comparsas para mi comedia; el cielo la concede un día de vida. En cambio mañana...

Se sonrió satánicamente y se recostó en un rincón del coche, arropándose en su capa.

Poco despues, sintiendo tiritar á Inés, y creyendo que seria de frio, la ofreció su capa con suma cortesía.

—No, gracias, dijo Inés; no tengo frio. Tenia fiebre.

Antes de amanecer se detuvieron en la venta de Ayatanes y tomaron para los dos un mismo cuarto, en el cual hizo Andrés poner buena lumbré. No habia mas que una cama y Andrés se la cedió á su esposa, guardándola el sueño sentado en una silla y sin perderla de vista mas que mientras se desnudó, en cuyo espacio se volvió de espaldas. Él mismo la secó los vestidos á la lumbré, dejando que los suyos se secasen sobre el cuerpo.

Al dia siguiente volvieron á ponerse en camino, siempre solos y siempre silenciosos.

El tiempo seguia malo, no salió el sol en todo el dia y las ráfagas de viento solian venir cargadas de lluvia.

Inés empezaba á combinar un plan, y se mostró mas amable con su esposo, á quien dirigió algunas palabras, y Andrés la contestó con galantería.

En el meson donde se recogieron por la noche, tomaron algun alimento por primera vez despues de un dia de camino y llegaron á sonreirse.

Inés se obstinó en que su esposo se acostase, queriendo cederle la cama; pero él no lo aceptó, y al fin convinieron en echarse los dos vestidos.

A la mañana siguiente parecian dos amigos, y la ventera los tomó por recién casados: prueba clara en su situacion, de que se odiaban á muerte.

Así prosiguieron hasta avistar á Búrgos, creciendo de día en día su intimidad y procurando cada uno representar lo mejor posible su papel, sobre todo delante de gente. Las personas que los veían en el camino y en las ventas ó posadas en que descansaban, se admiraban ó se reían de su ternura de arroyo. Un viejo arriero, oyendo en una venta que eran marido y mujer, respondió:

—Es imposible, deben ser dos amantes fugitivos; se quieren demasiado para estar casados.

Para entrar en Búrgos tenían que pasar por el puente del río Almarza, á cuya orilla había varios campesinos y cazadores. Había también un pescador de caña, ese ser que, según una frase ya vulgar, empieza en un anzuelo y termina en un hombre; espadaña de la orilla, que los dioses debían convertir en papamoscas, ó en ostra por lo menos.

La mañana estaba hermosa, aunque algo fría.

Inés se había dormido, y Andrés, arrebuñado en su capa, fingía también dormir. Su coche era el mismo con que habían empezado el viaje, y venía lleno de lodo y muy maltratado.

Los campesinos, al verle, soltaron una franca carcajada.

—Qué te parecen aquellos tortolitos que viajan en bombé? dijo uno.

—Que su coche me vendria pintiparado para espantar los pájaros de mi era, respondió otro.

El pescador no dijo una palabra, absorto en la contemplacion de la corriente.

—¡Pero, Dios mio! exclamó una mujer, van dormidos y el coche corre hácia el rio.

—Si fuera á suceder una desgracia...

Dos hombres se lanzaron á detener el coche, y llegaban á poca distancia de él, cuando vieron á los dos viajeros á quienes habian despertado sus voces, asustados y pidiendo favor á gritos. Andrés estaba en extremo pálido y parecia no acertar á manejarse; dió dos briosos latigazos al caballo y tiró de la rienda con tal fuerza que la rompió.

El caballo, que instintivamente se habia detenido á la orilla, volvió entonces á correr y se lanzó en el rio.

—Ya cayó! exclamó la mujer que habia permanecido junto al pescador de caña.

—Cierto! dijo este creyendo que se trataba de su pesca; siento la caña pesada, y á través del agua se me figura ver...

Tiró de la caña, y sacó... un zapato viejo muy claveteado y muy roto.

Mientras tanto, los campesinos se arrojaban al agua para salvar á los viajeros.

Andrés apareció sobre el agua un momento. Nadaba, aunque mal, y hubiera podido salvarse; pero mirando en torno suyo volvió á hundirse, sin duda en busca de su esposa. Dos veces apareció sin ella, y dos veces volvió á buscarla.

Sacáronle casi ahogado los campesinos. A su mujer tambien se la sacó... pero muerta.

Andrés se lanzó sobre su cadáver, lloró, gimió como un niño, la estrechaba entre sus brazos sollozando, la besaba con locura; todos temian que hubiese perdido la razon. Representaba la última escena del papel de Don Gutierre. Lo que habia sucedido era un secreto entre Dios y él.

Solo Dios habia visto su pensamiento al fingir amor á su esposa, para tener testigos en su favor en todos los transeuntes; solo Dios habia visto su pensamiento cuando fingiéndose dormido dirigia el coche á la corriente, y desbocaba al caballo fingiéndose asustado. Solo Dios sabia que en el fondo del rio habia dejado voluntariamente á su mujer, subiendo él á respirar, y bebiendo vida con el aire al aparecer sobre el agua.

Él, hijo de una era materialista, habia suprimido su conciencia. Hecha esta supresion, el ser criminal ó no, cuando el interés impulsa al crimen, es asunto de habilidad.

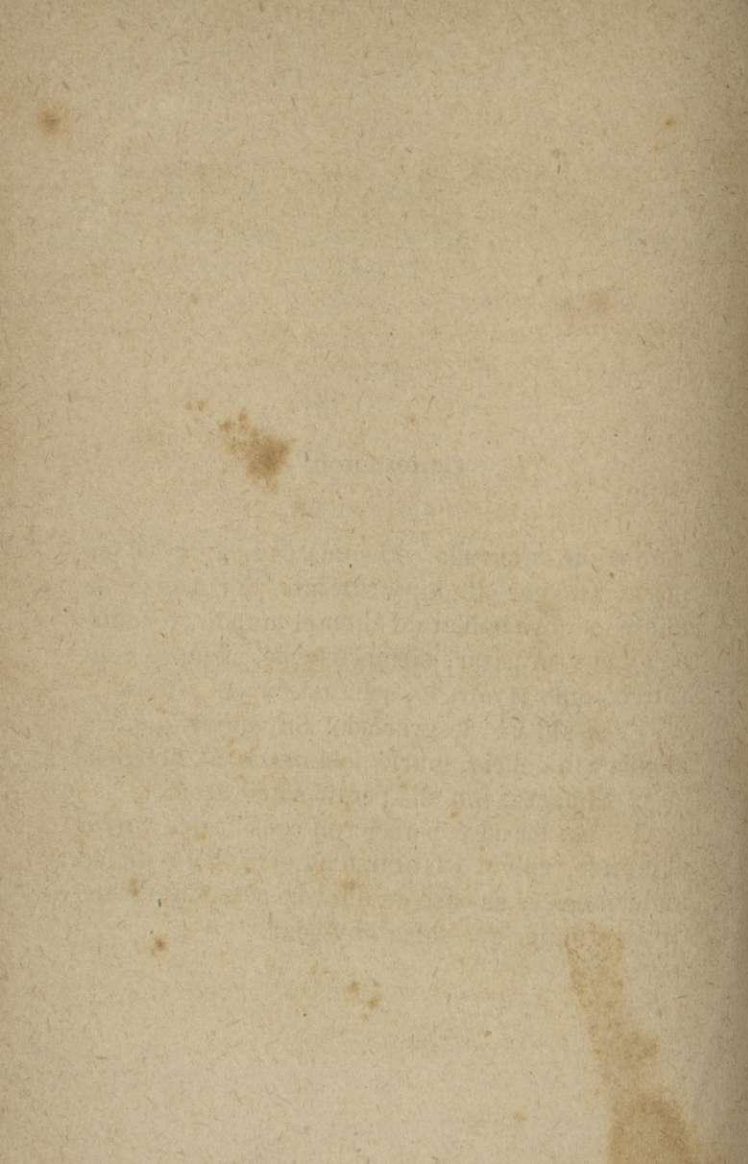
IV.

Conclusion.

Inés fué enterrada con suma pompa, y su esposo vistió por ella hipócrita luto. Por mas de un año no se oyó hablar de él en el mundo, y cuando se le veia pasar, siempre triste, siempre pensativo como Manfredo, solian decir las gentes:

—Ved ahí un desgraciado! Su mujer, á quien amaba con delirio, murió delante de él, ahogada en el Almarza; con ella perdió su corazon.

Al cabo, los años parecieron consolarle, volvió al mundo, volvió á lanzarse en el piélago de las ambiciones, y se casó de nuevo; pero sin advertir á su mujer que sabia enviudar.



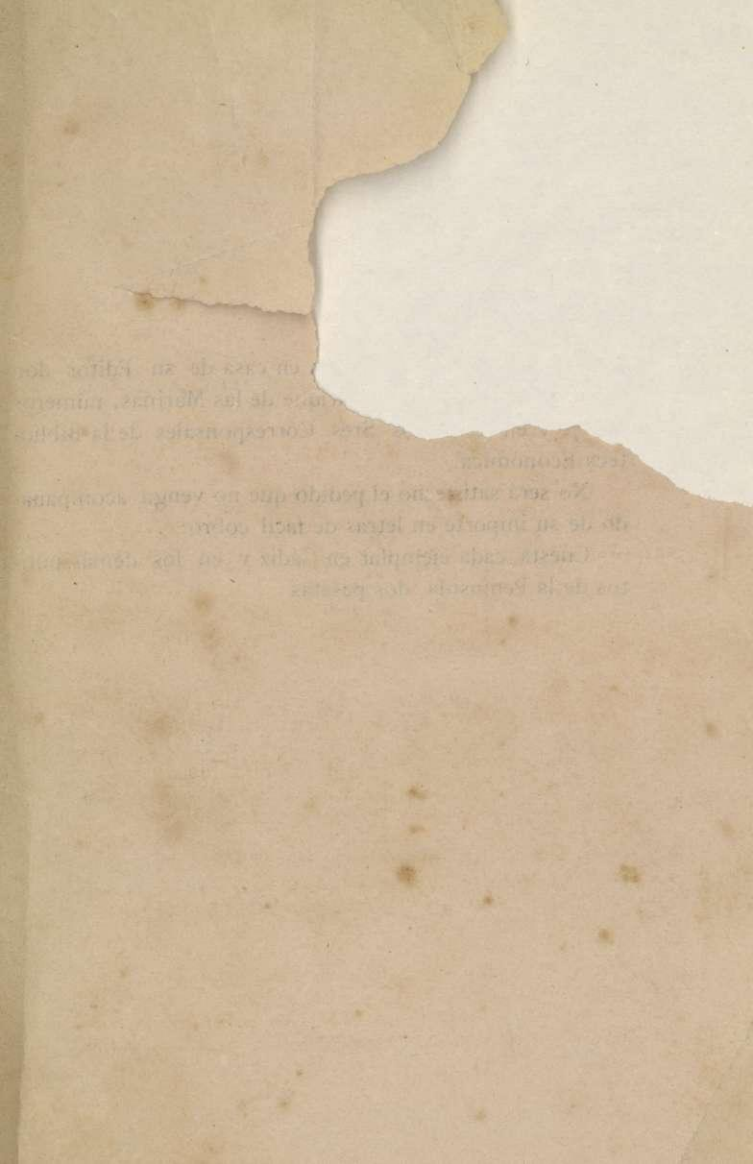
CASA EDITORIAL DE D. FRANCISCO JORDAN.

ENRIQUE DE LAS MARINAS, 5 Y 7, CÁDIZ.

OBRAS PUBLICADAS QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA CASA
Y EN LAS-DE SUS CORRESPONSALES.

Actas de las Sesiones del Congreso Regional de Ciencias Médicas celebrado en Cádiz: un tomo en 4.º español con mas de 940 páginas.	56 rs.
Artículos Escogidos , por D. Alfonso Moreno Espinosa: un tomo en 8.º español á la rústica. . .	6 »
Anillo del soldado (El) , drama en tres actos y en verso, original de D. Luis Abarzuza. . .	8 »
Año Biográfico (El) ó Semblanzas de 366 personajes célebres , por D. Alfonso Moreno Espinosa: un tomo en 4.º mayor.	48 »
Bachiller de Salamanca (El) , por M. Lessage: dos tomos 8.º español, á 4 rs. uno	8 »
Bandido de Londres (El) , Ana la Imbecil , Un Drama en Chaumont , Los crímenes de una Reina : estas cuatro novelas forman un tomo en folio en	22 »
Coplas Callejeras , por D. Alfonso Moreno Espinosa. Un tomo 8.º mayor con 328 páginas. . . .	12 »
Colecciones de poesías por la Sra. Biedma y los Sres. Moreno Espinosa, Alvarez Espino, Búrgos, Gillis, Garcia, de Dios: un folleto en . . .	2 »
Cetro y el Puñal (El) , por D. Ceferino Suarez Bravo, y Judith ó El Palco de la Opera , por D. Eugenio Scribe. Un tomo en 8.º mayor, con mas de 256 páginas conteniendo estas dos novelas	8 »

Disertaciones y discursos , por D. Romualdo Alvarez Espino; un tomo de 343 pág. 8.º mayor.	12 rs.
Diamante del Comendador (El) , por Ponson du Terrail. Un tomo 8.º comun, con mas de 280 páginas.	8 »
Dama del Lago (La) , por Sir Walter Scott, y El Espíritu del Hogar , por D. J. M. de Andueza. Un tomo en 8.º mayor, con mas de 264 páginas conteniendo estas dos novelas.	8 »
Estudio de los materiales usados en la Marina , por el Ilmo. Sr. don Salvador Ceron, ingeniero de montes. Un tomo en 4.º mayor con más de 650 páginas é ilustrado con 75 grabados.	60 »
Entre mi muger y yo , comedia en un acto, por don Romualdo A. Espino.	4 »
Gran Artista y la Gran Señora (La) , por don Pascual Riesgo: novela española en 3 tomos 8.º español. á 4 rs. uno.	12 »
Historia moderna de la música , para uso de las alumnas del Instituto flarmónico de Santa Cecilia, por D. Romualdo Alvarez Espino.	9 »
Industria forestal agrícola , por el Ilmo. señor Don Salvador Ceron: un tomo en 4.º de mas de 400 páginas.	20 »
Jaine el Barbudo , por D. Gregorio Perez de Miranda. Un tomo en 8.º comun, con 256 páginas de lectura.	8 »
Musa Popular , por D. Alfonso Moreno Espinosa: un tomo en 4.º español.	6 »
Miscelánea periodística , por D. Romualdo Alvarez Espino; un tomo 8.º mayor.	12 »
Novelas escogidas filosóficas de Voltaire: Cuentos y Satiras por el mismo autor, en verso castellano; consta de 6 tomos en 8.º español la coleccion, á 4 rs. uno.	24 »
Pilluelo de París (El) , por Pedro Zaccane, dos tomos 8.º mayor, con mas de 488 páginas de lectura, á 8 rs. tomo.	16 »
Polizonte (El) , por Alejo Bouvier, un tomo 8.º mayor, con 288 páginas de lectura.	8 »



en casa de su Editor do
que de las Marinas, número
7, y en los Sres. Corresponsales de la Biblio
teca Económica.

No será satisfecho el pedido que no venga acompaña
do de su importe en letras de fácil cobro.

Cuesta cada ejemplar en Cádiz y en los demás pun
tos de la Península, dos pesetas.





